

Jean-François Bayart

# ÁFRICA EN EL ESPEJO

COLONIZACIÓN, CRIMINALIDAD Y ESTADO



Jean-François Bayart

# ÁFRICA EN EL ESPEJO

COLONIZACIÓN, CRIMINALIDAD Y ESTADO

ſe

UMBRALES



# ÁFRICA EN EL ESPEJO

*Colonización, criminalidad y Estado*

*Jean-François Bayart*

---

Traducción de *Juan José Utrilla*



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

Primera edición, 2011

Primera edición electrónica, 2012

Capítulo 1: publicado originalmente como “Africa in the World: A History of Extraversion”, *African Affairs* (2000), 99, pp. 217-267. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. D. R. © 2000, Oxford University Press

Capítulo 2: publicado originalmente como “Le crime transnational et la formation de l’État”, *Politique Africaine* (2004), 93, pp. 93-104. Esta traducción se publica por acuerdo con *Politique Africaine*.

D. R. © 2004, Éditions Karthala

Capítulo 3: publicado originalmente como “Les très fâché(e)s des études postcoloniales”, *Sociétés politiques comparées* (2010), 23, pp. 1-12. Esta traducción se publica por acuerdo con el autor. D. R. © 2010, Jean-François Bayart

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.  
Empresa certificada ISO 9001:2008



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios:

[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0856-7

Hecho en México - *Made in Mexico*

# UMBRALES

Colección dirigida por  
Fernando Escalante Gonzalbo y Claudio Lomnitz

Sucede con frecuencia que lo mejor, lo más original e interesante de lo que se escribe en otros idiomas, tarda mucho en traducirse al español. O no se traduce nunca. Y desde luego sucede con lo mejor y lo más original que se ha escrito en las ciencias sociales de los últimos veinte o treinta años. Y eso hace que la discusión pública en los países de habla española termine dándose en los términos que eran habituales en el resto del mundo hace dos o tres décadas. La colección **Umbrales** tiene el propósito de comenzar a llenar esa laguna, y presentar en español una muestra significativa del trabajo de los académicos más notables de los últimos tiempos en antropología, sociología, ciencia política, historia, estudios culturales, estudios de género...

## Prólogo

Recuperar el proyecto de una sociología histórica del Estado; para eso sirve este libro y eso hay que aclararlo antes de hacernos cargo de preguntas simples como ¿por qué África?; ¿quién es Jean-François Bayart? O de otras más complicadas, como ¿no bastaba ya con los estudios poscoloniales, los estudios subalternos, y los que se acumulen en lo que resta del año? Es preciso recordar el sentido de aquel proyecto, ya que en las condiciones actuales del debate público muchos han creído que es posible desentenderse de los grandes temas de la tradición sociológica para comprender a las sociedades de la periferia del mundo. Y es que hoy circulan ofertas intelectuales para todos los gustos: para los espíritus prácticos está el paradigma de la “buena gobernanza”, donde siempre habrá alguna receta para “conseguir el arreglo institucional correcto” que será el inicio de la senda del desarrollo. Bien sea con énfasis en las instituciones, en la elección racional, o en una combinación habilidosa de ambas, con el beneplácito de las instituciones financieras internacionales y con la excusa de que basta con teorías de alcance medio, parecería que no hay problema público que no pueda ser comprendido por ese paradigma.

Para quienes, en cambio, prefieren ver el mundo a partir de una idea de la dignidad humana, están diferentes variantes del neocontractualismo, que en el campo jurídico se ordena desde los derechos humanos, y en el de la política desde el consenso democrático. Para ellos bastará con una dosis de “voluntad política”, combinada con otra de “cultura cívica”, para hacerse cargo de cualquier cosa. No hay que ser enemigo de la democracia, ni de los derechos humanos, ni de la idea de que las políticas públicas sean eficientes, para reconocer que las imágenes del mundo social que nos ofrecen esos dos paradigmas son insuficientes para dar cuenta de la complejidad de la cuestión del Estado. Si algo nos ofrece la obra de Bayart, es la prueba de que en la tradición sociológica, con todos sus ires y venires, podemos reconocer y hacernos cargo de esa complejidad.

El tema que aparece en primer plano en los textos aquí reunidos es el de la dependencia, y no por un afán de solidaridad con los pueblos oprimidos, sino como resultado de una estrategia para comprender el lugar de África en el mundo. Constatamos que hay una enorme diversidad en las modalidades de la dependencia, y aun así quedamos convencidos de que ésa sigue siendo una categoría fuerte para caracterizar el lugar que unas sociedades ocupan respecto de otras en el orden mundial. Con todo, lo más importante en la mirada de Bayart es la ruptura con la mirada estructuralista que ha dominado en las principales versiones de la teoría de la dependencia. Cuando se renuncia a la idea de que la dependencia es un tipo de relación universal, que resulta de manera ineludible del funcionamiento de un “sistema”, se hace posible comprender el modo en que las sociedades periféricas han contribuido de manera activa a producir su propia dependencia. Esto podrá resultar incómodo para quienes sólo pueden ver en la dependencia una relación entre víctimas y victimarios; pero para una parte importante de la sociología contemporánea eso equivale simplemente a utilizar el concepto de *agencia* en el análisis de cualquier proceso social. Parece sencillo, pero el resultado es una imagen mucho más verosímil del modo en que se ha construido, y se transforma, la condición de dependencia de las sociedades africanas.

En forma paralela a la cuestión de la dependencia, y como otra cara del mismo fenómeno, está el tema de la formación del Estado. Tema que, insistimos, ha sido opacado por la urgencia de “resultados” y por la fascinación por el consenso social que han impuesto, como platillos principales —y a veces únicos— de las agendas de investigación, a las políticas públicas y la democracia. Mientras nuestra reflexión sobre las sociedades contemporáneas no vaya más allá de esos dos temas, por importantes que sean, seremos incapaces de reconocer la compleja y riquísima textura de lo que solemos denominar con la majestuosa, y casi siempre engañosa, categoría del Estado.

Lo primero es la historicidad del Estado, cuya comprensión es posible solamente cuando una disposición para el trabajo empírico se combina con una vocación para dialogar con los clásicos. No hay duda de que el espacio donde ello es más fructífero es el de la sociología histórica, que es una combinación siempre difícil. Por un lado, involucra a una parte del mundo de los historiadores, aunque no la más vistosa y reconocida, o sea la que se ha esmerado en mirar los procesos de formación del Estado como una

cuestión siempre abierta: los Estados no se crean de una vez y para siempre, sino que están sujetos a un constante proceso de (trans)formación. Sobre todo, los Estados no son sólo producto de los pactos a los que pueden llegar actores relevantes en momentos estelares (como el de la aprobación de una constitución). La formación del Estado se da también por esa infinidad de pequeños encuentros (en un control fronterizo, en el arreglo que resulta de una movilización social, en el deslinde de una propiedad): ese universo incommensurable (pero teóricamente inteligible) de prácticas e interacciones que producen el “efecto Estado”.

Por otro lado, está la recuperación de esa parte de la reflexión sociológica que ha querido dialogar con la historia, desde Max Weber hasta Reinhard Bendix, pasando por Norbert Elias y Barrington Moore Jr. Nuestro autor se suma a esa lista con el cometido de estudiar el Estado en una periferia, ahí donde muchos pensarían que, simple y sencillamente, no hay Estado. El tema de la reconstrucción histórica de la formación del Estado, como problema sociológico, se enfrenta con un enorme obstáculo en las condiciones del debate actual: a propósito de las llamadas transiciones democráticas, el pensamiento dominante tiende a definir al Estado solamente por su distancia respecto del ideal democrático y, más recientemente, del Estado de derecho. Parecería que estamos dispuestos a reconocer que la guerra, el pillaje, la piratería y otros tantos fenómenos desagradables fueron factores importantes en la formación de los Estados nacionales, pero que eso habría sido parte del pasado, y suponemos que los Estados contemporáneos podrían ser resultado única y exclusivamente del consenso democrático.

Sin negar que ese consenso pueda ser un hecho real, que forma parte de los fundamentos sociales del orden estatal, incluso en lugares tan “improbables” como Sinaloa, Bucaramanga o Brazzaville, es preciso reconocer que los arreglos de carácter criminal siguen siendo parte del Estado tanto en África como en Dinamarca o el Reino Unido. No faltan, en el momento actual, conjuras para etiquetar esos fenómenos como anomalías, y esas conjuras abarcan desde el concepto de “poderes fácticos”, en América Latina, hasta el de los “escándalos” en Europa y los Estados Unidos. Cuando calificamos como escándalos los arreglos criminales que se producen en el orden estatal contemporáneo de los Estados centrales, lo que hacemos es poner a circular la idea de que ellos no son más que las excepciones que confirman la regla. Cualquiera que sugiera, como lo hace

Bayart, que esos arreglos son elementos constitutivos del Estado contemporáneo, se expone a ser ridiculizado como portador de una “teoría de la conspiración”, a la manera de Naomi Klein y tantos otros. Pero lo cierto es que la calidad del análisis pone a Bayart en otra categoría: la de los investigadores que se atreven a entrar en terrenos espinosos y obtener de ellos tesis pertinentes sobre el modo en que se organiza el mundo de hoy. Una parte importante de este estilo de investigación es el método comparativo, que permite observar la dimensión criminal de los Estados centrales de hoy, no como justificación de lo que ocurre en la periferia, sino como prueba de que muchas veces es una de las caras del mismo proceso.

Es verdad que nuestro autor se reivindica a sí mismo más como “comparatista” que como “africanista”, y que por ello la relevancia de sus textos radica, en gran parte, en que nos ayudan a pensar, bajo nuevas categorías, las distintas modalidades de inserción de las sociedades periféricas en el orden mundial; pero también es cierto que para el mundo de habla hispana es importante contar con análisis informados sobre el África subsahariana. En primer lugar, y para no olvidar lo más obvio, sus textos sirven para superar las dos miradas que dominan el sentido común sobre África: la que no ve más que víctimas y la que no ve más que culturas incorregiblemente inferiores. Una vez más, una aproximación sociológica es el método para salir de los lugares comunes, ya que muestra que no existe nada parecido a una “esencia africana”. Las calamidades que han sufrido muchos de esos países aparecen como resultados inteligibles de procesos sociales cuya lógica está a la vista: más que una interacción entre dos conjuntos homogéneos (sociedades nacionales africanas *versus* sus respectivas sociedades metropolitanas) lo que vemos son estructuras sociales que son constantemente coproducidas por actores ubicados en diversas posiciones, que utilizan los recursos de ambas en arreglos que no son homogéneos ni inmutables.

En segundo lugar, y para proponer un análisis sustantivo que remplace a los lugares comunes, Bayart acuña el concepto de “estrategias de extroversión” para designar al conjunto de prácticas por medio de las cuales las sociedades africanas compensan muchos de sus déficits “movilizando recursos derivados de su (posiblemente desigual) relación con el ambiente externo”. Véase su obra pionera *L'état en Afrique. La politique du ventre*, París, Fayard, 1989.

Podemos reprochar al autor que no ofrezca una definición mínimamente elaborada de ese concepto. Sin embargo, en el análisis que nos ofrece queda claro que con él es posible dar cuenta de un universo de prácticas que revisten gran interés, ya que es a través de ellas que se (re)producen tanto las características del campo político en cada sociedad como su articulación con el mundo a su alrededor.

Las cinco estrategias de extroversión propuestas por Bayart ameritan una discusión a fondo; lejos de emprender esa discusión aquí, creo que basta con señalar que las mismas incluyen desde el uso oportunista de recursos de los países centrales (y de los organismos financieros internacionales) hasta la adopción (muchas veces sincera) de los modelos culturales de Occidente. Entre la gran variedad de fenómenos que consigna está uno que muy rara vez se menciona en la bibliografía académica, ya sea por ignorancia o porque echa a perder el cuadro que se ha adoptado previamente. Me refiero al uso engañoso que frecuentemente se hace de los créditos de los organismos financieros internacionales. Para ninguna de las narrativas dominantes sobre el Banco Mundial (es decir, tanto para sus defensores como para sus detractores) queda bien reconocer que los Estados nacionales suelen hacer un uso “no ortodoxo” de los créditos.<sup>[\*]</sup> Aun así, es una de tantas estrategias de extroversión a las que se recurre desde los Estados africanos, y de la cual hay que hacerse cargo, si se quiere tener una imagen completa de la relación entre ellos y su entorno global.

Finalmente, vale la pena destacar, en el tercer ensayo incluido en este volumen, su debate con los estudios poscoloniales. Para algunos lectores en América Latina el texto podrá suscitar la incomodidad de sentirse atrapados en un pleito que no les corresponde. Y ciertamente, algo de intriga académica parisina se destila en el ensayo. Sin embargo, en él encontramos una de las posturas más importantes en un debate que no deberíamos ver como ajeno. Si queremos recuperar el horizonte de la dependencia para comprender el lugar de las sociedades periféricas en el mundo, tendremos que pasar por un debate en torno al poscolonialismo.

En suma, los textos de Bayart nos ofrecen, al mismo tiempo, una descripción sociológicamente densa del modo en que se produce el Estado en África, y el despliegue de un método sumamente sugerente para estudiar ese mismo proceso en otras partes del mundo.

*Antonio Azuela*

---

[\*] Cualquiera que haya visto de cerca el modo en que se usan los recursos del Banco Mundial sabe de los esfuerzos que tiene que hacer su burocracia para disimularlo. Fue sólo en la segunda mitad de los noventa cuando el Banco comenzó a hablar de corrupción (*the “C” word*) aunque, claro está, no como un problema suyo, sino de “los países”.

# 1

## África en el mundo: una historia de extroversión

A menudo se dice que el África al sur del Sahara es el limbo del sistema internacional, existente sólo en los límites externos del planeta que habitamos. Pero, también de acuerdo con una opinión muy difundida, es improbable que África sea el limbo en el sentido de la teología católica, es decir, un lugar en que las almas se están preparando para la redención. “África ha permanecido aislada de todo contacto con el resto del mundo; es la tierra de oro, para siempre apretándose en sí misma, y la tierra de la niñez, apartada de la luz de la historia consciente y envuelta en el negro manto de la noche”, escribió Hegel.<sup>[1]</sup> La abundante literatura producida por periodistas y académicos que se refieren *ad nauseam* a la marginación del subcontinente, o a su “desconexión” aun cuando sólo sea “por ausencia”,<sup>[2]</sup> no hace más que reproducir la idea de Hegel de que esta parte del globo es un “enclave”, que existe en “aislamiento” debido a sus desiertos, sus bosques y su supuesto primitivismo. Para quienes suscriben esta escuela de pensamiento, la difusión de la guerra como modo de regulación política durante aproximadamente la última década es señal de que el día de la salvación todavía está lejos. La evidencia la ofrecen esos terribles mensajeros, los mutilados sin manos producidos por la guerra en Sierra Leona, el dantesco infierno del genocidio de tutsis ruandeses en 1994, o la difusión de la pandemia de sida, siniestra compañera del conflicto, que está diezmando a aquellas poblaciones que la guerra había perdonado.

No obstante, si hemos de quedarnos con la metáfora del limbo, es ante todo en un limbo del intelecto donde se ha concebido tan simplista visión de la relación de África con el resto del mundo. Pues el subcontinente no es ni más ni menos que una parte del planeta, y no tiene ningún sentido suponer que, para citar a un ex gobernador colonial francés,<sup>[3]</sup> lleva una “existencia

tradicional protegida del mundo exterior, como si fuera otro planeta”, que absorbe pasivamente el choque de haberse vuelto dependiente de otras partes del mundo.

## La dependencia como modo de acción

África, considerada en una visión de la historia de la *longue durée*, nunca ha dejado de intercambiar tanto ideas como bienes con Europa y Asia y, después, con América. La antigüedad del cristianismo en Etiopía, la difusión del islam en sus costas, el establecimiento de colonias austronesias en Madagascar, y patrones regulares de comercio con China, la India, el golfo Pérsico y el Mediterráneo, son pruebas todas ellas del grado en que África oriental y meridional estuvieron integradas, durante siglos, en los sistemas económicos premodernos de lo que los especialistas solían llamar el Oriente. Ni siquiera el Sahara ha sido nunca ese “océano de arena y desolación” que J. S. Coleman afirmó que era la razón del “aislamiento” del África negra.<sup>[4]</sup> Por el contrario, el desierto, hasta finales del siglo XIX, fue un importante eje comercial y cultural, una vía de transmisión de oro, mercancías, esclavos, y del conocimiento y la fe musulmanas. A partir del siglo XV la costa atlántica fue abierta al comercio con Europa y con América. En opinión de autores como M. G. S. Hodgson, J. Lippman Abu-Lughod, K. N. Chaudhuri y Jack Goody, y especialmente Andre Gunder Frank, ya existió un sistema económico mundial antes de la expansión comercial capitalista de Occidente. Si esta hipótesis es correcta, entonces África fue, ciertamente, un elemento de tal sistema, a pesar de que Frank parece mostrarse bastante reticente al respecto en su trabajo reciente.<sup>[5]</sup>

Una opinión clásica —si hemos de creer en la importante obra de E. R. Leach en antropología, o de R. H. Lowie, O. Hintze y M. Weber en sociología histórica— es que relaciones como las que las sociedades africanas mantuvieron con su entorno fueron cruciales para la constitución de su política interna, aun si los efectos de esta conexión entre las dos esferas de lo interno y de lo externo variaron de un lugar a otro y de una época a otra. Además, el carácter desigual y asimétrico de las relaciones entre África, por una parte, y Asia y Europa, por la otra, que se acentuó a partir del decenio de 1870 y culminó en la ocupación militar del continente,

no excluye la posibilidad de que África haya desempeñado un papel activo durante todo este largo proceso de reducción a un estado de dependencia. Hace unos 10 años arriesgué la idea de que “los principales actores de las sociedades subsaharianas han tendido a compensar sus dificultades en la autonomización de su poder y a intensificar la explotación de sus dependientes recurriendo deliberadamente a las estrategias de extroversión, movilizando recursos derivados de su relación (posiblemente desigual) con el medio externo”. Éste se convirtió así en “un importante recurso en el proceso de la centralización política y la acumulación económica”, y también en la vía de las luchas sociales de actores subalternos desde el momento en que intentaron adueñarse del control, así fuera en formas simbólicas, de las “relaciones con el exterior en las cuales fundamentan su poder los que dominan la sociedad”. En pocas palabras, “aquí los africanos han sido agentes activos en la *mise en dépendance* de sus sociedades, a veces oponiéndose a ellas, y otras veces uniéndoseles”, de tal modo que se volvió un anacronismo reducir esas estrategias domésticas a simples fórmulas de “nacionalismo” o, de hecho, de “colaboración”.[6]

Este enfoque, diametralmente opuesto a la teoría de la dependencia popularizada por las obras de Walter Rodney y Basil Davidson, ha sido considerado provocador en ciertos lugares, y ha generado tanto críticas como malentendidos.[7] No obstante, cualesquiera que sean los puntos de interés planteados por esas críticas, hasta ahora no parecen haber sido de una naturaleza que pudiese refutar la hipótesis de que, por una parte, las estrategias de extroversión forman una línea constante a lo largo de toda la historia del mundo,[8] ni que el sometimiento pueda constituir una forma de acción.[9] En otras palabras, no es parte del presente argumento negar la existencia de una relación de dependencia entre África y el resto del mundo; de lo que se trata es de considerar el hecho de la dependencia mientras se evitan los serpenteos de la teoría de la dependencia. Éstas son dos cuestiones enteramente distintas.

Piénsese lo que se piense de esta proposición, los debates entre historiadores nos permiten apreciar hoy, mejor que antes, la diversidad que ha caracterizado este aspecto de las relaciones internacionales al sur del Sahara, y a veces relativizar la importancia de la relación con el medio externo en la estructuración de las sociedades africanas. De este modo, la opinión clásica de A. G. Hopkins, según la cual la transición del tráfico de esclavos al comercio llamado “legítimo” produjo una “crisis de adaptación”

que afectó a la mayor parte del África occidental desde comienzos del siglo XIX, no parece tomar debida cuenta de la diversidad de trayectorias económicas que actúan entre las sociedades de la región y, en especial, las diferencias entre las de la costa y las del *hinterland*. Esta teoría ciertamente saldría beneficiada de un uso más riguroso de la cronología, pero también de una apreciación más sutil de la naturaleza de diversas sociedades políticas, diversos tipos de actores, de actividades y de empresas, y una comprensión más profunda de las interrelaciones entre las zonas costeñas y las del *hinterland* del África occidental.<sup>[10]</sup> Ante todo puede decirse que si el hecho de que la economía mundial, considerada en la *longue durée*, constituye un sistema, no significa que sólo “importa la estructura”, como pretendieron hacernos creer los teóricos de la dependencia encabezados por Immanuel Wallerstein y Andre Gunder Frank.<sup>[11]</sup>

Recientes investigaciones demuestran que, por el contrario, dentro del contexto del sistema económico mundial las relaciones sociales de producción —por no mencionar siquiera las diversas prácticas culturales asociadas con ellas— están esencialmente vinculadas con circunstancias locales. Así ocurre, por ejemplo, si consideramos las condiciones exactas en que mercaderes, misioneros y soldados extranjeros interactuaron con “nativos”, o la situación con respecto a la salud y la sanidad, como la influencia de la malaria, la fiebre amarilla, la enfermedad del sueño y la tifoidea.<sup>[12]</sup> Más aún, nuevas investigaciones subrayan, con mayor claridad que antes, hasta qué punto los africanos han participado en los procesos que han conducido a la inserción de sus sociedades como socios dependientes en la economía mundial y, en último análisis, en el proceso de colonización.

Tenemos que reconocer que la participación africana en el tráfico de esclavos fue voluntaria y bajo el control de africanos que tomaban las decisiones. Esto no ocurrió sólo en el nivel superficial del intercambio cotidiano, sino incluso en niveles más profundos. Los europeos no poseían medios, ni económicos ni militares, para obligar a los dirigentes africanos a vender esclavos,

afirma John Thornton, antes de pasar a examinar la contribución de los cautivos exportados a América al surgimiento de una civilización transatlántica.<sup>[13]</sup> En vena similar, intermediarios de África occidental en el comercio de aceite de palma impusieron a sus socios comerciales británicos sus propias convenciones comerciales, al menos durante los dos primeros tercios del siglo XIX.<sup>[14]</sup> Semejante autonomía de acción por parte de los mercaderes africanos fue facilitada por el hecho de que las condiciones de

intercambio fueron favorables al subcontinente durante unos dos siglos, desde cerca de 1680 hasta 1870, antes de volverse contra él a finales del siglo XIX.<sup>[15]</sup>

Además, la colonización como término genérico abarca una gran variedad de situaciones históricas, dependiendo, por ejemplo, de si la ocupación militar fue violenta o se efectuó por medio de alianzas locales; de si fue seguida o no por la rápida llegada (o, como en Angola, la muy posterior llegada) de colonos blancos, quienes a su vez tenían una gran diversidad de antecedentes y clases sociales; o de si la ocupación militar fue seguida por asentamientos debidos a diásporas exteriores, como de indios y libaneses; o de si la colonización duró más de un siglo, como en las Cuatro Comunas de Senegal y en el Cabo Occidental, o si fue extraordinariamente breve y transitoria, como en el *hinterland* de Angola. Otros factores variables incluyen si la colonización tomó su inspiración administrativa y política de las ideas británicas de monarquía y gobierno, o de las nociones francesas de la república y del Estado jacobino, o del modelo portugués de corporativismo. Algunas colonias experimentaron dos oleadas de la fase “primaria” de colonización, a menudo considerada como el periodo de mayor coerción, como resultado de la devolución de la soberanía de una potencia europea a otra, especialmente después de la primera Guerra Mundial, como ocurrió en Ruanda, Burundi, Camerún y Togo,<sup>[16]</sup> o incluso fueron el escenario de un conflicto armado entre rivales europeos, como en Tanganyika, donde, se dice, la primera Guerra Mundial ocasionó la muerte de un millón de civiles. Otros factores incluyen saber si una colonia estuvo marcada por rivalidades entre diversos representantes de la dominación imperial, como administradores civiles y misioneros, o entre intereses agrarios e industriales, como en Kenia, o entre diversas comunidades blancas, como en Sudáfrica, donde llegaron incluso a un enfrentamiento militar entre sí. Los ejemplos y las permutas forman legión.

Sea cual fuere el caso particular, la operación de un régimen colonial fue acompañada por una considerable movilización de las sociedades a las que mantenía sometidas, ya fuese porque la política del gobierno coincidía con las estrategias de diversos actores indígenas y fuera efectivamente adoptada por éstos, o porque iba contra los intereses de dichos factores locales, dando origen a una resistencia más o menos directa. Por ejemplo, los bakongo utilizaron el sistema colonial para mantener y extender su influencia económica, mientras que los fang lo utilizaron para convertir un

modelo marcial de sociedad (que ya no era viable en vista del nuevo orden político) en una forma particularmente sólida de actividad económica. Los songhai y los zerma se valieron del régimen colonial para defenderse contra los tuareg y los peul. Los baluba y los bapende, evadiendo la presión de sus vecinos los chokwe, lograron cierta prosperidad en el nuevo orden. En Camerún, los bassa probaron medios militares tratando de oponerse a la penetración alemana, ya que ésta amenazaba con socavar su posición de intermediarios comerciales entre la costa y el *hinterland*. La respuesta de las sociedades africanas al *big bang* de la primera imposición de la colonización también difirió de un grupo social a otro y de una región a otra, según los intereses en cuestión y la manera en que se desarrollaban los acontecimientos: “No hubo [...] una única ‘respuesta’ de Ruanda a la invasión colonial”, observa, por ejemplo, Catharine Newbury, mientras subraya que la gama de las reacciones no se puede reducir a una simple dicotomía entre los hutu y los tutsi, y que a veces tanto los primeros como los segundos siguieron estrategias que enfrentaban a una facción, una provincia o una categoría social contra otra.[\[17\]](#)

Esta variedad de reacciones es tal que la relación de un antagonismo radical entre colonizador y colonizado, que dan por supuesto los críticos intelectuales del imperialismo y que está implícita en la propia lucha política, inevitablemente tiende a desaparecer de la visión analítica. La creación de una relación de dependencia, seguida por la ocupación de sociedades africanas, fue un proceso que avanzó a pasos cortos, por pasajes casi inadvertidos, por medio de alianzas inestables —como lo ha demostrado Frederick Cooper en el caso de Zanzíbar—[\[18\]](#) tanto como por la metaviolencia de la conquista.

## Estrategias de extroversión

Locación (*terroir*) y acción: éstos parecen ser los dos conceptos clave por medio de los cuales podemos tener esperanzas de captar la ambivalencia, la diferenciación y el dinamismo de la relación de África con el resto del mundo. Desde este punto de vista, sigue siendo heurístico el paradigma de la estrategia de extroversión, en el meollo de la cual se encuentran la creación y la captación de una renta generada por la dependencia y que

funciona como matriz histórica de la desigualdad, la centralización política y la lucha social. Huelga decir que a este respecto no todas las trayectorias históricas son, de hecho, las mismas. El caso del reino de Madagascar y el de la costa de Angola, por ejemplo, parecen ser, ambos, extremos.<sup>[19]</sup>

En primer lugar, recientes investigaciones de la historia de la colonización confirman el grado en el cual quienes fueron colonizados participaron, ellos mismos, en este proceso, y corroboran el efecto de sus acciones sobre la propia situación colonial, sobre los colonizadores y hasta sobre la metrópoli. En su sobresaliente análisis del “triste valle del capitalismo colonial” en Kenia, Bruce Berman y John Lonsdale demuestran, así, que las fuerzas que constituyeron el Estado colonial y las relaciones de producción coloniales no fueron en absoluto “externas” a la sociedad que estaba siendo colonizada.<sup>[20]</sup> A una conclusión similar llega Frederick Cooper cuando identifica “un espacio limitado de mutua inteligibilidad e interacción” entre los burócratas coloniales y los trabajadores nativos: “La política europea es tanto una respuesta a las iniciativas africanas como una ‘resistencia’ o ‘adaptación’ africana lo es a las intervenciones coloniales”.<sup>[21]</sup> Además, hoy se reconoce en general que la experiencia social de la colonización fue compartida por sus actores tanto blancos como negros, y estuvo imbuida por toda una serie de “refracciones” o “reverberaciones” entre África y Europa. En muchos aspectos la experiencia fue un verdadero “laboratorio de modernidad” para las sociedades industriales, ya que fue un medio por el cual llegaron a formular una denuncia moral de la influencia corruptora de las ciudades y de sus barrios bajos, y a identificar los peligros planteados por la formación de una clase obrera, a través de la cual surgió un ambiente victoriano basado en nociones de domesticidad y de intimidad. La legitimidad simbólica de la corona, la creación de nuevas tendencias en las artes y las ciencias, el desarrollo de nuevas técnicas pastorales de conversión o reconversión cristiana, la introducción de la raza como factor en la definición de la ciudadanía y de la inmigración, el desarrollo de una tradición autoritaria y tecnocrática de reforma, por ejemplo, en la planeación de las ciudades,<sup>[22]</sup> son otras tantas muestras de semejante efecto. Resulta significativo que al mismo tiempo la investigación hecha por los especialistas en Asia haya tendido a concluir, de manera notablemente similar, que existió una relación entre colonizador y colonizado que equivale a una forma de relación “dialógica”.<sup>[23]</sup>

Más aún, los acontecimientos de los últimos 10 años tienden a corroborar la idea de que los nativos que detentan el poder y otros actores políticos emplearon las imposiciones externas como instrumento. Éste fue un fenómeno ya perceptible (como lo fue durante toda la época del tráfico de esclavos y de la propia colonización) en la movilización nacionalista, en el modo en que se administró la independencia y en las posiciones diplomáticas adoptadas por los Estados africanos en los asuntos internacionales durante la Guerra Fría o como reacción al conflicto árabe-israelí.<sup>[24]</sup> Por otra parte, la última década no ha hecho nada por refutar el diagnóstico bastante sombrío que fue formulado a finales de los ochenta, en el sentido de que “han desaparecido los espejismos de la revolución y la democracia”.<sup>[25]</sup> En cambio, la misma década ha presenciado una exacerbación y una radicalización de las estrategias de extroversión, como lo ha hecho cada vez más evidente el fracaso de los programas de ajuste estructural que han estado en boga desde 1980, así como la forma en que este fracaso ha destruido la perspectiva de una acumulación primitiva de capital por medio de la explotación extrema de fuerzas productivas locales, especialmente por medio del trabajo. En contra de una opinión vastamente sostenida, la oleada de agitación prodemocracia de 1989-1991 fue causada menos por la caída del muro de Berlín o por el discurso de François Mitterrand en la Cumbre Franco-Africana celebrada en La Baule en junio de 1990, o por la presión de organismos de cooperación internacional, que por el resurgimiento de antiguas expectativas y movimientos sociales ya añejos, capaces de reafirmarse, una vez más, en cuanto las organizaciones internacionales moderaron su apoyo a los regímenes autoritarios. Otras influencias importantes incluyeron la caída del presidente Bourguiba en Túnez, la introducción de un sistema de partidos múltiples en Argelia después de los motines de octubre de 1988, la liberación de Nelson Mandela en Sudáfrica y el contagio causado por la organización de una Conférence Nationale en Benín. Sin embargo, este desahogo del sentimiento popular pronto fue contrarrestado por las estrategias adoptadas por quienes detentaban el poder, que estaban decididos a restaurar sus regímenes autoritarios mediante una astuta combinación de destreza y brutalidad.

Aquellos que tenían el poder en sus manos y que fueron capaces de restaurar sus posiciones ante tales demandas populares disponían de un buen número de cartas de triunfo. Controlaban las fuerzas de seguridad que

podían usar y con las que podían abusar. Tenían los recursos financieros acumulados durante largos años de saqueo y de administración de las diversas rentas y comisiones generadas por su economía. Con estos fondos pudieron obtener el apoyo de algunos oponentes políticos clave, financiar la creación de una pléthora de pequeños partidos planeados para dividir a la oposición, y aplicar verdaderas “estrategias de tensión” provocando distintas formas de agitación, sobre todo en la forma de choques étnicos y agrarios en las zonas rurales. Y, en último lugar, fueron ayudados por la pusilanimidad de las potencias occidentales, las instituciones de Bretton Woods y hasta del Vaticano, todos los cuales hicieron sonar la trompeta de la democracia e incluso añadieron un componente democrático a las condiciones macroeconómicas inseparables de los programas de ajuste estructural, pero no se atrevieron a sacar las conclusiones lógicas de sus buenas intenciones, suspendiendo durante un periodo lo suficientemente largo su aportación de ayuda al desarrollo cuando no se respetaban estas condiciones democráticas.

Los caminos emprendidos por Togo, Camerún, Gabón, Zaire, Zimbabwe o Kenia desde 1990 hasta 2000 constituyen una ilustración adecuada de esta variedad de asuntos. En tales condiciones, se descarriló en gran parte toda “transición a la democracia”. En muchos casos en realidad quedó reducida a no más que una técnica de autoconservación por diversos *anciens régimes*, siguiendo la tradición de anteriores intentos de liberalizar a los partidos en el poder, como los que permitieron a Julius Nyerere, Jomo Kenyatta y (después de 1980) Félix Houphouët-Boigny debilitar a los “barones” de sus propios partidos, al obligarlos a someterse a elecciones competitivas, o bien que recuerdan el modo en que Léopold Senghor restableció un sistema de pluralismo en 1978, allanando el camino al presidente Abdou Diouf para legalizar un sistema completo de múltiples partidos en 1981 y ofrecer a la oposición lo que se denominó “la cantidad exacta de cuerda electoral para que ellos mismos se ahorcaran”.<sup>[26]</sup> En último análisis, no hubo abogados más decididos de la política multipartidista que los presidentes Mobutu o Biya, ya que, en el lapso de unos cuantos meses, cada uno fue capaz de organizar la creación de varias docenas de nuevas entidades políticas encabezadas por personeros que, en realidad, estaban al servicio presidencial, siguiendo la más pura tradición de la administración colonial. En semejante contexto, ayudada por las divisiones suicidas de tantos partidos de oposición, la transición al

multipartidismo no fue más que una hoja de parra para ocultar púdicamente a los ojos de Occidente el intensificado ejercicio de la *politique du ventre* de los regímenes autoritarios. Las pocas excepciones incluirían a Malí, donde el presidente Alpha Konaré ha procedido a enfrentarse, con impresionante obsesión, a las reformas económicas, a la reconciliación con los movimientos de disidentes tuareg y la democratización de las instituciones públicas y, tal vez, también a Benín, donde el retorno del antiguo dictador Matthieu Kérékou se efectuó por medio de las urnas en circunstancias de ejemplar legitimidad. Los otros pocos casos en que se realizó un auténtico cambio de gobierno a comienzos del decenio de 1990 pronto terminaron con el retorno de los antiguos demonios, como en Zambia, en la República Centroafricana, en Madagascar o, más trágicamente, en Congo-Brazzaville.

Podría sintetizarse diciendo que la democracia, o más precisamente el discurso de la democracia, no es más que otra fuente de rentas económicas, comparable a discursos anteriores como la denuncia del comunismo o del imperialismo en la época de la Guerra Fría, pero mejor adaptada al espíritu de la época. Es, por decirlo así, una forma del lenguaje *pidgin* que diversos príncipes nativos emplean en su comunicación con soberanos y financieros occidentales. Senegal, uno de los principales receptores de ayuda para el desarrollo en el África subsahariana, es un verdadero maestro en este juego de “hacer creer”. No resulta exagerado decir que la exportación de su imagen institucional, a pesar de las dificultades planteadas por los disturbios en Casamance, ha remplazado a la exportación de cacahuate. Pero el máximo premio a la duplicidad debe concederse al mariscal Mobutu, quien, en 1991, tuvo el descaro de pedir a los organismos de cooperación occidentales 207 jeeps, 217 equipos de comunicación de Motorola, 50 botes y 50 motores fuera de borda, aparte de otros varios requerimientos electorales, abasto de combustible y transportes aéreos, para permitirle organizar unas elecciones legislativas y presidenciales, ¡adelantándose así a los resultados de la Conférence Nationale!

En circunstancias de este tipo, el cuento de hadas llamado Democracia es un nuevo caso de lo que podríamos llamar el “transformismo” tan característico tanto del Estado colonial como del poscolonial.<sup>[27]</sup> Mientras sirve de instrumento de legitimación interna y de norma internacional, paradójicamente se ha convertido en herramienta de la “máquina antipolítica” que ha sido tan bien descrita por James Ferguson.<sup>[28]</sup> Contratando a los más brillantes intelectuales africanos, con los altos

salarios concedidos a los servidores civiles internacionales, celebrando las virtudes de la “sociedad civil” y del “buen gobierno”, y prodigando sus favores al servicio de esta causa, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en realidad se han ganado y han confinado a estas potenciales contraelites dentro de una “legítima” problemática del desarrollo, es decir, el llamado consenso de Washington. Al hacerlo, han puesto de su parte para promover una multilateralización de la revolución pasiva cuyo principal vector institucional y político es el Estado. En cierto sentido ésta fue la verdadera significación del modelo beninés de transición y de la victoria electoral de Nicéphore Soglo en 1990-1991: Soglo era un clon producido en las instalaciones del Banco Mundial en el 1818 de H Street, Washington, D. C., un delegado de la *akowé* o élite educada de Benin, capaz de mantener los frutos de la democracia a una prudente distancia de las comunidades rurales y de la generación más joven.<sup>[29]</sup>

A pesar de todo, la estrategia de la extroversión por medio de la democracia ha mostrado sus límites. En realidad, es incapaz de incorporar, ya sea económica o institucionalmente, en materia de educación o de ideología, a los grupos que acabamos de mencionar, a saber, los jóvenes y las comunidades rurales, pese a que estas dos categorías excluidas constituyen en realidad la mayoría de la población. Demasiado a menudo ha sido la guerra la que, en cambio, se convirtió en el vector de su movilización, y las imágenes de sanguinarios jóvenes guerreros en Chad, Somalia, Liberia, Sierra Leona, Ruanda o Kivu han adquirido una importancia paradigmática a este respecto. Pero los conflictos también se reproducen por medio de la extroversión, por ejemplo, en las extroversiones políticas y militares que ya fueron características de las guerras en Chad y Angola durante la década de 1970. La extroversión financiera puede adoptar la forma de ayuda financiera directa por parte de gobiernos amigos e instituciones multilaterales, como el Banco Mundial, el FMI y el Fondo de Desarrollo Europeo, todos los cuales han hecho contribuciones al esfuerzo de guerra ugandés en Ruanda y en Congo-Kinshasa desde 1990, bajo la forma de una ayuda estructural para el ajuste. Asimismo, puede presentarse como ayuda humanitaria, como alimentos o asistencia médica, con la consecuencia de que las ONG internacionales pasaron a engrosar las filas de los intermediarios entre el subcontinente africano y el resto del mundo, viéndose a menudo obligadas a pagar a emprendedores político-militares locales para obtener acceso a las sociedades o los grupos de

población a los que desean ayudar. La extroversión económica en tiempos de guerra ocurre cuando los costos de la guerra quedan cubiertos por las exportaciones, incluso del modo más burdo, de las materias primas de un país, ya sea petróleo, diamantes, minerales, madera, cosechas, ganado u otros animales. Alternativamente, los costos de la guerra pueden ser cubiertos, como ocurrió en Somalia, por la emigración y por el establecimiento de una nueva categoría de mercaderes basada en la diáspora.<sup>[30]</sup> La extroversión puede adquirir también una forma cultural, ya que los combatientes adoptan simultáneamente las cosmologías y las formas de representación simbólica de sus territorios o zonas locales — incluso en cuestiones de fe religiosa — y las figuras imaginarias de la globalización, por ejemplo tomando como héroe a Rambo y apropiándose mediante el pillaje de los bienes de consumo que de otra manera serían demasiado pobres para obtener.<sup>[31]</sup>

De manera tal vez más callada, la lucha casi guerrillera en los estados del delta de Nigeria, emprendida por varios autoproclamados “comités de resistencia”, o “comunidades”, formadas sobre la base de aldeas o de grupos étnicos particulares, que exigen dinero por su protección a empresas extranjeras a manera de compensación o de redistribución, es una forma del mismo proceso. Esta lucha particular es encabezada por los jóvenes, en el sentido africano de la palabra: personas que tienen preparación educativa pero no trabajo, que exigen pago de tributos a las compañías petroleras extranjeras, presionándolas permanentemente y sometiéndolas a ataques de comandos de unidades de combatientes endurecidos. Fenómenos similares ocurren en África en torno de los enclaves mineros y de plantaciones, como en Tanzania, donde los mineros artesanales están en guerra con los empresarios asiáticos que han sido los principales beneficiarios de la privatización de las minas de oro y de piedras semipreciosas.<sup>[32]</sup> Tales situaciones pueden convertirse en ocasión de pillaje en una escala tan grande que llegue a constituir un auténtico movimiento social. Las trágicas explosiones que ocurrieron en la estación del ferrocarril en Yaoundé, en agosto de 1998, o en el oleoducto de Jesse, cerca de Warri, en Nigeria, en octubre del mismo año, fueron las demostraciones más aterradoras de la importancia de dichos movimientos. En ambos casos, los accidentes provocaron la muerte de varios cientos de personas.

Las dos estrategias de extroversión que dominaron la pasada década — una de ellas en forma de democracia, la otra en forma de guerra —

corresponden bien al modelo preliminar que hemos sugerido y por el cual la soberanía, en África, se ejerce mediante la creación y la administración de la dependencia. La observancia de la Santísima Trinidad de la Reforma (ajuste estructural, democracia y buen gobierno) se ha filtrado a través de los objetivos de los detentadores del poder y aplicado en la reproducción de sistemas de desigualdad y de dominación, como ha quedado bien ilustrado por un estudio sobre la liberalización del comercio exterior, la privatización de las empresas del Estado y el proceso mismo de transición democrática. [33] Los organismos de cooperación se han mostrado incapaces de convencer a sus socios africanos de que sigan las prescripciones diseñadas para ellos. Antes bien, debido a la imposibilidad legal de renegociar la deuda multilateral, o por miedo a lo desconocido y por la obsesiva preocupación por la “estabilidad”, los donadores se han resignado a seguir patrocinando a los régimes africanos, salvándose ocasionalmente del ridículo mediante la suspensión temporal de créditos o de ayuda bilateral. Este juego, como el de las sillas musicales, fue llevado al extremo en el caso del mariscal Mobutu en 1990-1991, en el particular contexto creado por la Guerra del Golfo, en un momento en que Zaire estaba en condiciones de vender sus servicios diplomáticos a un precio excepcionalmente alto. Al mismo tiempo, la Santa Sede se aterró ante todo acuerdo de transición que hubiese llevado a la presidencia, así fuese interina, a monseñor Monsengwo, el arzobispo de Kisangani que presidía la Conférence Nationale de Zaire. En Togo, Camerún y Kenia, gobiernos occidentales e instituciones de Bretton Woods manifestaron su desaprobación pero sin poner en peligro sus intereses esenciales, a saber, el mantenimiento del régimen político existente, el mito del pago de la deuda y ciertos sólidos intereses comerciales y personales. Cosa más fundamental, la problemática del condicionamiento de la ayuda ha acelerado el proceso de creación de estructuras de poder dobles, que ya era uno de los rasgos sobresalientes tanto del gobierno colonial como del Estado rizoma poscolonial, el ejercicio sistemático del cual ha tenido el efecto de hacer que gran parte de lo que ocurre en África sea invisible para los de fuera. [34]

Los organismos de cooperación y las cancillerías occidentales se enfrentan con instituciones y nodos de poder que equivalen a un decorado de *trompe l’oeil*, y que hace ya tiempo dejaron de ser canales para el flujo de los recursos económicos y políticos más considerables. Toca ahora el turno a los organismos de cooperación de ser víctimas del engaño ejercido

por granjeros de Zaire o de Tanzania cuando establecieron falsas aldeas —“aldeas Potemkin”, se las llamaría en Rusia—, obedeciendo órdenes de establecer asentamientos consolidados, pero que ellos abandonaron en cuanto fueron inspeccionados oficialmente. En un país como Senegal, la capital administrativa, Dakar, parece haberse ido convirtiendo progresivamente en el cuerpo astral de Touba, la ciudad santa de la hermandad Mouride, y la capital del fraude y del contrabando. Las sociedades políticas africanas se dividen entre, por una parte, un *pays légal*, una estructura legal que es el centro de atención de los donadores multilaterales y de los Estados occidentales, y, por otra, un *pays réel*, donde se ejerce el auténtico poder. En casos extremos, esta duplicación puede conducir a la existencia de una estructura oculta que rodea o hasta controla al ocupante oficial de la silla presidencial, casi como una junta de directores que nombra a un presidente ejecutivo para aplicar sus decisiones. En los últimos 10 años esos cuerpos extraoficiales han desempeñado un papel clave al absorber los beneficios de las economías nacionales y planear y ejecutar estrategias de restauración autoritaria, como en el caso de Kenia, Camerún y Chad o, el más trágico de todos, en Ruanda, de 1990 a 1994. Los organismos de cooperación son singularmente impotentes ante esos acontecimientos. Resulta revelador que sus equivalentes y socios institucionales, los ministerios de economía y de finanzas o de asuntos extranjeros, tengan escaso poder real en comparación con el que esgrimen los jefes de Estado y quienes los rodean, y que tengan muy pocas opciones aparte de hacer gestos que pasan por “reforma”, “apertura” y respetabilidad neoliberal en general. Precisamente en un intento por adaptarse a esta realidad Francia ha personalizado hasta el extremo su política hacia África; las consecuencias son hoy visibles para todos. Y valiéndose de esos intermediarios de “sombra”, los empresarios y operadores asiáticos han podido lanzar una ofensiva económica que se beneficia de la liberalización y la privatización sin preocuparse en lo más mínimo por la “transparencia”.

Por su parte, la guerra ha hecho posible que los Estados recuperen una parte de la soberanía que perdieron al quedar sometidos a los condicionamientos de los organismos de cooperación. La estrategia genocida de la restauración autoritaria, seguida por la derrota del poder hutu en Ruanda y la caída del mariscal Mobutu en Zaire, han puesto de manifiesto cruelmente los límites de la influencia ejercida por Francia, único país europeo que aspira a tener una verdadera política continental

hacia África. Pero si el periodo de 1994 a 1997 constituyó una consumación simbólica del fracaso del tradicional enfoque francés, podemos preguntarnos si los acontecimientos de 1998 no constituyeron una derrota similar para el patrocinio estadunidense en la región. Hoy es evidente que los “nuevos líderes” a quienes se confió la política de los Estados Unidos hacia África tuvieron, en realidad, sus propios intereses. El Departamento de Estado estadunidense y el Pentágono han demostrado ser incapaces de mantener el control de la coalición antisudanesa que habían reunido, financiado, armado y aconsejado, y no pueden impedir que sus supuestos clientes se ataquen unos a otros. Eritrea y Etiopía se han hecho la guerra, así como también Uganda y Ruanda, después de volverse inicialmente contra el hombre al que habían instalado en el Congo-Kinshasa, Laurent-Désiré Kabila (suponiendo, claro está, que no fue Kabila el que traicionó primero a sus aliados al no cumplir sus obligaciones para con sus patrones). La conmoción generalizada ante el fiasco de Somalia en 1993, la difusión de la guerra por todo el Cuerno de África y el África central, constituye un triunfo de la política sobre los condicionamientos económicos y financieros, sobre los ingenuos intentos de reforzar la capacidad de África para mantener la paz y sobre la intervención directa de las grandes potencias.

## La historicidad de la extroversión

La insistencia en el papel central desempeñado por las estrategias de extroversión en la forma en que se articula la relación entre el África subsahariana y el resto del mundo ofrece tres ventajas, pese a los inevitables límites impuestos por este modelo y los matices que resultan apropiados siempre que se dirige la atención a una situación histórica particular.

En primer lugar, estamos mejor preparados para comprender la calidad específica, en un periodo largo de tiempo, de las trayectorias históricas propias de África en comparación con las que podemos observar en Asia, desde Japón y China hasta el imperio otomano. La hipótesis de la extroversión nos permite identificar en los Estados poscoloniales al sur del Sahara una forma nueva de una civilización particular, utilizando esta última palabra en el sentido que le dio el historiador Fernand Braudel, que sin duda es discutible. Braudel consideró que una civilización es una

entidad “de larga e inagotable duración”. Característicos de la civilización del África subsahariana, en este sentido de la palabra “civilización”, son la cultura oral, un desarrollo bastante débil de las fuerzas de producción, una extensa actividad agrícola y pastoral en la que no se usa la tenencia de la tierra con escrituras privadas, un grado bastante limitado de polarización cultural y social, y un grado limitado de acumulación económica y de centralización política, las cuales se han basado en gran medida en el control de los beneficios económicos que surgen de la dependencia del medio exterior, más que en la explotación intensiva de quienes viven bajo un sistema particular de dominación política.<sup>[35]</sup> Hoy, como en el pasado, África tiende a exportar sus factores de producción “en bruto”, ya sea la mano de obra que exporta como emigración, los recursos agrícolas o minerales que exporta en sistemas formales e informales, o el capital que es expatriado en forma de fuga de capitales y, acaso más raras veces, como pago de deuda. Las personas que administran esta desigual relación con el sistema económico internacional son capaces de derivar de él los recursos necesarios para su dominio interno. La danza que Laurent-Désiré Kabila ejecutó con diversos intereses mineros durante su campaña de 1996-1997 fue casi una caricatura de esta tendencia. Las empresas extranjeras, que los teóricos de la dependencia considerarían parte de una red de intereses imperialistas, en realidad fueron engañadas más a menudo por el príncipe con el que negociaban. No obstante, este príncipe en particular difícilmente le dio un uso idóneo a los recursos que había adquirido. Con respecto a los diamantes, por ejemplo, no hay duda de que habría sido más lucrativo para Kabila trabajar directamente con De Beers y no con los comerciantes supuestamente independientes que, en último análisis, terminan vendiendo sus piedras a De Beers, y que en realidad son poco más que intermediarios.

Encontramos todas las características de una estrategia de extroversión, patética cuando no francamente trágica, en el caso de Angola, efectuada por las vías de la deuda y de la guerra. Por medio de la guerra, la MPLA, heredera de las élites esclavistas de los siglos XVIII y XIX y descendiente sociológica de quienes más íntimamente colaboraron con el régimen colonial portugués en el siglo XX, mantiene el control de las ganancias que pueden derivarse del comercio petrolero. El partido en el poder de Angola llegó al grado de obtener la protección cubana para las concesiones de petróleo de los Estados Unidos, en uno de los episodios más extravagantes de la Guerra Fría. Por medio de la deuda, la MPLA financia su *fuite en*

*avant* política, no sin obligar a sus acreedores, incluso el Fondo Monetario Internacional y, en buena medida, las Naciones Unidas, a pagar caro este privilegio, cuando se enfrentaron a una reanudación de las hostilidades militares en diciembre de 1998.<sup>[36]</sup> Las similitudes entre esta economía política y la del lado angoleño del pasaje del Atlántico medio del siglo XVIII, estudiadas por J. C. Miller, son verdaderamente preocupantes.<sup>[37]</sup>

Huelga decir que la observación de continuidades de esta índole no debe oscurecer los auténticos cambios que ocurrieron durante un siglo de colonización, descolonización y globalización. La dominación y la acumulación de capitales han sufrido un cambio, tanto de escala como de tipo. Un índice de esto es la modificación de la naturaleza de la guerra misma, que se ha convertido en una empresa de carácter parcialmente urbano y que muestra un grado considerable de refinamiento tecnológico. Para los fines de este trabajo, ésa no es la cuestión principal; resulta más significativo que la perpetuación de un régimen de rentas externas y de subexplotación interna, disfrazado de instituciones políticas modernas, forme un contraste con el tipo ideal que puede derivarse de la trayectoria histórica de Asia, la cual, como ya lo hemos notado, se encontró en el epicentro de una verdadera economía mundial mucho antes de la llegada de los portugueses. A partir del siglo VII, el periodo de ascenso de la dinastía T'ang en China y el nacimiento del islam, hasta el siglo XVIII, cuando la British East India Company se apoderó de Bengala, la provincia más rica del imperio mongol, es posible discernir un ciclo coherente cuyos contornos incluyen la expansión del islam, la difusión de un modelo político religioso indio por todo el sureste de Asia, la unificación de migraciones e invasiones chinas, turcas y mongolas, y la mediación comercial de poderosas diásporas y sociedades nómadas.<sup>[38]</sup> A partir del siglo XV los avances comerciales logrados por Europa, que utilizó su plata americana para comprar “un asiento y luego, incluso, todo un vagón de ferrocarril, en el tren asiático”, según palabras de Andre Gunder Frank, durante largo tiempo no fueron más que un fenómeno marginal que no parece haber alterado, antes de comienzos del siglo XIX, la estructura de la dependencia de un modo ventajoso para Europa.<sup>[39]</sup> Este ciclo asiático de 13 siglos se fundamentó en la aplicación de una presión fiscal, obtenida, donde fue necesario, con un determinado ejercicio de coerción, que no tenía equivalente al sur del Sahara durante el mismo periodo. Estas circunstancias prevalecientes en Asia permitieron cierto grado de integración del mercado, el crecimiento de

ciudades y la centralización política a una escala impresionante. La trayectoria asiática está simbolizada por los esplendores de tres grandes imperios, los de los Ming, los otomanos y los mongoles, y quedó reflejada en la preeminencia a largo plazo de vastas metrópolis, verdaderas ciudades universales que se adelantaron a los tiempos, como Constantinopla, Damasco, Bagdad, Delhi o Beijing. En contraste, “podría decirse que la contribución más distintivamente africana a la historia humana fue precisamente el civilizado arte de vivir juntos, en forma bastante pacífica, *sin Estados*”.<sup>[40]</sup>

Es importante que no se interprete mal esta comparación. Decididamente no es nuestra intención postular una teoría ingenua de la evolución histórica cuyo objetivo fuese establecer una jerarquía de las sociedades según estén más o menos “desarrolladas”, y ni siquiera comparar punto por punto dos trayectorias radicalmente distintas. Las economías de las tierras al sur del Sahara fueron lo bastante diversas como para que fuese posible identificar entre ellas algunos rasgos característicos del modelo asiático; por idéntica razón, los países asiáticos no desconocían los enfermizos atractivos ofrecidos por las estrategias de extroversión, ni de la “administración por delegación” de parte de los Estados interesados por gobernar en forma barata. De manera similar, la crisis que recayó sobre los Estados asiáticos, dragones y tigres, en 1997, debe advertirnos de los riesgos de sacar conclusiones precipitadas sobre el nexo entre el espectacular crecimiento de décadas recientes y un largo periodo de su historia.<sup>[41]</sup> Esto es así especialmente si resulta que la reciente crisis financiera asiática no es sólo coyuntural sino estructural, y pone de manifiesto las contradicciones de la propia estrategia asiática de acumulación.<sup>[42]</sup> Otro corolario es que no se puede excluir el hecho de que el África subsahariana pueda pasar a una órbita distinta, por ejemplo mediante una intensificación de las relaciones sociales de producción como resultado de la presión demográfica. Sin embargo, debe decirse, con respecto a esta última sugerencia, que las dos economías que tienen el mayor potencial para semejante revolución copernicana —Nigeria y Sudáfrica— no dan señales de estar tomando este camino y están presenciando una inquietante fuga de capitales, en uno de los casos por medio de una feroz práctica de depredación, y en el otro so pretexto de la globalización de sus mercados financieros.

Sea lo que fuere lo que reserva el futuro, el paradigma de la extroversión parece estar captando la *dinámica* de una dependencia que, sin duda, es la realidad del África subsahariana. Esta dependencia es un proceso histórico, una matriz de acción, más que una estructura, como suele concebirla la teoría de la dependencia, valiéndose de una metáfora que implica inmovilidad.

Otra ventaja del paradigma sugerido en estas páginas es que evita una distinción estéril entre la dimensión interna de las sociedades africanas y su inserción en el sistema internacional. (Semejante distinción está de hecho implícita en el tema y el título del presente ensayo.)<sup>[43]</sup> La interacción entre África y el resto del mundo no puede considerarse como una relación, ya que África en ningún sentido es ajena al mundo. Antes bien, la calidad es orgánica; es consustancial con la trayectoria histórica de África. Además, considerar el asunto en términos de una relación es ir en contra del meollo de uno de los aspectos fundamentales de la globalización, proceso que se sitúa en la interfaz de las relaciones internacionales o transnacionales y los procesos internos de las sociedades políticas. Al mismo tiempo, es perfectamente concebible que este vínculo orgánico entre las dimensiones “interna” y “externa” de las sociedades pueda haber cambiado de naturaleza a consecuencia del modo en que los intercambios globales se han vuelto más intensos, han aumentado en velocidad y en tamaño, y han adoptado las características de un sistema auténtico, como lo sostienen los teóricos de la globalización. Sea como fuere, esta sustancia orgánica se encuentra en el corazón mismo de la producción política y cultural de las sociedades y del modo en que los sistemas económicos globales se han construido a lo largo de siglos o aun durante milenios. Si seguimos el camino tomado por Leach, podemos aceptar que esto puede decirse de las sociedades segmentarias así como de los grandes imperios multiculturales del pasado.

Desde luego, no es posible disociar la historia del África subsahariana durante el siglo pasado de los efectos de la globalización que ha estado tejiendo activamente su trama social desde la expansión comercial europea del siglo XV y, más específicamente, desde el siglo XIX, que sin duda fue un periodo crucial. Podemos reconocer que estos hechos fueron mucho más complejos de lo que durante mucho tiempo se supuso: no obstante, el paso del tráfico de esclavos a un régimen de un comercio llamado “legítimo”, la conversión al cristianismo, las fuerzas de atracción y de destrucción ejercidas por las economías esclavistas del océano Índico y del valle del

Nilo, los procesos de invención de la modernidad tanto mediante la “invención de la tradición” como por la vía de la apropiación de prácticas culturales extranjeras y, por último, la formación de identidades étnicas en interacción con el Estado colonial, son el fundamento sobre el cual se formó el paisaje social africano al término del milenio.

Las trayectorias de extroversión han producido un grave problema de representación y de legitimidad política en los Estados contemporáneos, o al menos en algunos de ellos. Una vez más, Angola constituye un ejemplo extremo. El partido en el poder, el MPLA, está dominado por élites de razas mixtas y asimiladas, que se formaron en el crisol del comercio transatlántico y cuya visión fue poderosamente influida por la muy temprana multilateralización de la dependencia. El grande y abrumador problema del MPLA es que tiene que gobernar a todo un pueblo, cuando habría preferido con mucho concentrarse simplemente en el saqueo de petróleo y de diamantes. A ojos del MPLA una de las ventajas relativas de la guerra (mientras no termine en el lado perdedor) es que aplaza indefinidamente la desagradable perspectiva de establecer realmente una democracia, como lo piden los organismos de cooperación. Sin duda a muchos lectores les parecerá que plantear así las cosas es una exageración cínica. Pero ¿qué hechos concretos se pueden argüir contra semejante análisis? ¿No saboteó el MPLA el proceso de paz iniciado en Lusaka en noviembre de 1994 con un celo tan sólo igualado por el de la UNITA? ¿No incluye esta explicación la desvergonzada explotación de los recursos del país por medios militares y el consumo de los frutos de su venta en algunos de los suburbios más agradables de Johannesburgo, Ciudad del Cabo o Lisboa? ¿Ha aplicado el MPLA alguna medida de política social o económica que haya aliviado, así sea ínfimamente, la suerte de la población general, sometida a una vida de miseria, al riesgo permanente de ser mutilada o reclutada por la fuerza al servicio militar?

De manera similar, en Guinea-Bissau la secuencia histórica de la colonización, de la movilización nacionalista y, desde 1986, de la liberalización económica seguida por su gemelo político, ha servido en primer lugar a los intereses de las élites de razas mixtas y “compradoras” que a menudo tienen sus orígenes familiares en Cabo Verde, y de sus aliados pepel. Esto se ha hecho a expensas del campesinado del *hinterland* del país, pese al hecho de que fue este último grupo de población el que aportó al PAIGC la mayor parte de sus combatientes durante la guerra de

liberación del país. El motín encabezado por el general Mane en junio de 1998 expresó la frustración de muchos de aquellos veteranos de la guerra de liberación a quienes pidió apoyo, pero también de muchas personas balante en general. Pueden observarse contradicciones de este tipo entre las élites de las costas y los grupos del *hinterland* en la mayoría de los Estados africanos que tienen costas en el Atlántico. En Senegal esta brecha fue cerrada en un sentido político, durante los cincuenta, gracias al triunfo electoral y a la habilidad política de Léopold Sédar Senghor y a la mediación de las hermandades musulmanas. En otros lugares —ejemplos de ello son Costa de Marfil, Ghana y Camerún— la diferencia entre las costas y el *hinterland* se ha vuelto menos aguda a resultas de factores demográficos, o por la influencia de alianzas políticas hegemónicas realmente nacionales, o porque en el pasado el comercio internacional tendió a eludir esa parte de la costa y no creó una clase comerciante tan bien definida. Sin embargo, la distinción entre la costa y el *hinterland* sigue siendo un factor importante en la lucha por el control de los recursos en países como Gabón, Benín, Togo, Liberia, Sierra Leona y Guinea, aunque, en el caso de los tres últimos, el antagonismo entre las redes económicas de los mandingas y otros grupos es de mayor importancia, y las élites criollas terminaron a veces por intervenir en un proceso de asimilación mutua con élites de las zonas del *hinterland*, como lo ha mostrado Stephen Ellis con respecto a los amérigo-liberianos.<sup>[44]</sup> La irrupción de élites militares en la vida política poco después de la independencia, la economía política de la democratización y las estrategias de la restauración autoritaria que la han acompañado, así como la explosión de la guerra civil, a menudo ocurren en contra de los trasfondos históricos que muestran notables similitudes. Resulta tentador interpretar la guerra civil de Congo-Brazzaville a lo largo de lineamientos al menos parcialmente similares, hasta el punto en que unos de sus protagonistas —los bakongo de la región del Pool y sus aliados— tienen una larga participación histórica en el comercio transatlántico y en la interacción en el sentido más lato.

¿Significa esto que sólo las sociedades de la costa atlántica, con gran experiencia en el comercio atlántico, se enfrentan a ciertos problemas de representación y de legitimidad como resultado de su historia de extroversión? De hecho, el mismo punto sigue siendo válido cuando se aplica a la costa oriental de África, por ejemplo, en forma de las relaciones entre Zanzíbar y Dar es Salaam, o en la costa de Kenia y, más

dramáticamente aún, en el África central. Las recurrentes crisis políticas que han estallado en Chad y en la República Centroafricana durante décadas giran en torno de relaciones sociales cuya forma surgió en la segunda mitad del siglo XIX, en el contexto más general de la economía esclavista del valle del Nilo. Uno de los puntos en cuestión en el conflicto entre Zaire y el Congo desde 1996 es la devolución de esta enorme zona a la órbita económica del océano Índico, por vía de las actividades depredadoras de los ejércitos de Uganda y Ruanda, proceso que hoy ha sido puesto en entredicho por la ruptura entre Laurent-Désiré Kabila y sus patrocinadores iniciales, por el crecimiento de una forma de nacionalismo racista congolés que es violentamente antitutsi, y por la insurrección de las milicias mai-mai en Kivu.

Estos factores revelan hasta qué punto puede demostrarse que la afirmación hecha por la escuela de la dependencia y por partidarios de una clase particular de sociología histórica, en el sentido de que la falta de legitimidad del Estado en África se debe a la falta de una apropiada base social y cultural, al origen importado de sus instituciones y al supuesto fracaso de su adaptación, se basa en postulados incorrectos. Los actuales conflictos no se deben a una fundamental falla de construcción que desde entonces haya deformado la relación entre el Estado y la sociedad, sino más bien a una larga ósmosis entre las dos esferas. Las pugnas y guerras políticas contemporáneas de África no son las consecuencias de una ruptura radical —la colonización— sino que son sintomáticas de una línea histórica de continuidad, a saber, una práctica de extroversión. No son expresión de la marginación de África dentro de la economía mundial sino de unas dinámicas más antiguas (o bien, ocasionalmente, de algunas nuevas) generadas por la forma de su inserción en esta economía universal.

### La deficiente evidencia del estereotipo hegeliano

Estas cuestiones son importantes porque las hipótesis que hoy están más en boga en los círculos académicos, políticos y periodísticos adoptan como hechos establecidos dos afirmaciones de dudosa validez. Éstas son, primero, que el África subsahariana está siendo marginada económicamente

y, segundo, que, por lo tanto, el subcontinente se ve sometido a una decadencia política que está socavando los fundamentos del Estado, ya debilitados por los efectos corrosivos de la globalización.<sup>[45]</sup>

Desde luego, no faltan estadísticas para demostrar que África está perdiendo o ha perdido gran parte de sus mercados tradicionales, con la notable excepción del petróleo; que su mísera producción industrial se ha desplomado; que atrae poca inversión directa del extranjero; que su infraestructura marítima y de aviación se halla en un estado lamentable; que sus redes de comunicación y de banca se encuentran en una situación similar. No obstante, estos datos, además de ser relativos y de excluir, a menudo, las cantidades considerables de negocios efectuados en circuitos económicos informales o hasta criminales, no son suficiente prueba, en sí mismos, para concluir que el subcontinente está divorciándose del sistema internacional. África sigue siendo una parte del sistema mundial a través de toda una gama de formas de interrelación o intercambio; en particular por medio de la ayuda para el desarrollo, privada y pública, que recibe, aun si ésta va disminuyendo en la actualidad, por medio de sus todavía considerables exportaciones de productos primarios; por medio de la importación de bienes de consumo y duraderos; por medio de su deuda externa e interna (esta última, a menudo, debida a empresas extranjeras); por su recepción de portafolios de inversión en el caso de Sudáfrica o de inversión directa en otras partes, y por medio de emigración y remesas.<sup>[46]</sup> Hasta puede decirse que África ha diversificado sus relaciones económicas externas mediante el desarrollo del comercio con el golfo Pérsico y con Asia, a consecuencia de su actual crisis económica y de la devaluación en 1994 del franco africano, usado en 14 países del continente, que ha reducido la competitividad de los productos europeos en los mercados africanos. En vena más política, África ha visto devaluadas las rentas que puede adquirir por su posición diplomática, debido a la caída del imperio soviético y al proceso de paz en el Oriente Medio, pero, por otra parte, sigue estando en negociación permanente con los gobiernos donadores de las naciones industrializadas del Grupo de los 7 y las instituciones de Bretton Woods. Desde 1980 los programas de ajuste estructural y las problemáticas de la reforma y la condicionalidad han intensificado en muchos aspectos la profundidad de la inserción de África en el sistema mundial.

Así pues, resulta apropiado hablar, no de una marginación del subcontinente sino, antes bien, de la agravación de su dependencia o, en todo caso, de una transformación del modo en que se ha integrado al sistema internacional. Esto no excluye unas experiencias de desindustrialización o de regresión económica percibidas en términos de decadencia y de “desconexión”.<sup>[47]</sup> Desde este punto de vista, el factor crucial es la creciente privatización de las relaciones que África mantiene con el resto del orbe. Los Estados no africanos que solían desempeñar un activo papel diplomático o militar al sur del Sahara se han retirado de la lucha porque los intereses que intentaban defender o fomentar ya no son sobresalientes o se encuentran ahora fuera de su alcance (como en Rusia y Cuba), o porque le han perdido el gusto a una intervención directa en crisis o conflictos económicos, más profundos o más sangrientos de lo que lo fueron en el pasado. La mayoría prefiere valerse de intermediarios regionales, como Francia y los Estados Unidos, que han establecido programas destinados a fortalecer la capacidad de África para mantener la paz, a consecuencia del fiasco somalí de 1993 y de la tragedia de Ruanda en 1994. Aun así, no debemos dejarnos engañar por estas aparentes retiradas. Las cancillerías occidentales no han renunciado a su autoproclamado derecho de influir sobre el curso de los acontecimientos. Sencillamente, hoy prefieren actuar por medio de operaciones privadas, que incluyen compañías comerciales y organizaciones no gubernamentales, especialmente en los campos de la diplomacia, la ayuda técnica, la ayuda humanitaria, la inspección aduanal y hasta la defensa. Pruebas de ello incluyen el papel del MPRI en Angola en nombre del gobierno de los Estados Unidos, o de Sandline, que actuaba por el gobierno británico en Sierra Leona; la mediación de la comunidad católica de San Egidio en combinación con el gobierno italiano en las negociaciones de paz de 1992, en Mozambique, o más recientemente en los conflictos de Burundi, la República Democrática del Congo, el Congo Brazzaville y Casamance; la delegación de operaciones de ayuda de emergencia a las principales ONG, y el empleo de empresas como SGS y Veritas en lugar de los servicios aduanales en los principales puertos del golfo de Guinea.<sup>[48]</sup>

Más aún, cada vez más actores privados extranjeros se han hecho presentes en África exclusivamente con fines de lucro, y se han vuelto socios esenciales en las estrategias de extroversión implementadas por los que detentan el poder en cada región, mientras se mantienen fuera del sector

público o incluso al margen de la esfera de la legalidad. El tenebroso mundo de las compañías aseguradoras, de pilotos y mercenarios de las repúblicas de la antigua Unión Soviética, soldados cubanos que han regresado por cuenta propia al Congo-Brazzaville y a Angola, mafias de Europa oriental, del sur de Asia, de América Latina o de Marruecos, que hacen pingües negocios al sur de África; empresarios indios y pakistaníes, chinos o malayos que han logrado adueñarse de una parte del comercio de África con Europa: todos ellos son indicadores vivientes de que el subcontinente no está más centrado en sí mismo que en el pasado, como quisieran hacernos creer los neohegelianos. Para citar un ejemplo: durante los últimos 15 años África ha dejado su huella en uno de los sectores más lucrativos y arriesgados del comercio mundial, los narcóticos. Se ha vuelto el principal productor de mariguana del mundo, en gran parte gracias a Sudamérica, Lesotho y Swazilandia, y controla una parte importante del abasto de heroína al mercado norteamericano por medio de redes igbo, centradas en Nigeria.

Así pues, África, a su manera, participa en el proceso de globalización. Algunos de los hechos que a menudo se mencionan como prueba de su supuesta separación del mundo en realidad sirven elocuentemente para demostrar lo contrario. Así, algunos de los más sangrientos conflictos de África, con frecuencia predeciblemente interpretados como manifestaciones de su supuesto primitivismo, no pueden separarse de los altibajos de la economía global, como tampoco de ciertas prácticas culturales globales, algunas de las cuales ya hemos mencionado. Los jóvenes excavadores de diamantes en Balundu, en la frontera entre el Congo-Kinshasa y Angola, conciben el lucro monetario como si fuera una expedición de caza, idea congruente con una “dolarización” de la imaginación.<sup>[49]</sup> En 1992 los *mooryan* de Mogadiscio consideraban que estaban actuando en solidaridad con sus “hermanos” que por entonces se habían amotinado en las calles de Los Ángeles.<sup>[50]</sup> Las tortugas Ninja, pese a sus inocuos comienzos como caricaturas, se han convertido en los siniestros héroes de varias guerras, dando su nombre a milicias o a fuerzas especiales. *¡Ninjas en marcha con Obiang!* es uno de los himnos de batalla del movimiento juvenil oficial en la Guinea Ecuatorial. Las epidemias que periódicamente azotan África y que a menudo se han visto como símbolos de su caída en alguna región infernal del sistema internacional, en realidad son expresiones trágicas de su globalización, como lo fue la peste negra en la Europa medieval. La gripe

española, llevada de vuelta en barcos por soldados repatriados a finales de la primera Guerra Mundial, mató entre uno y medio y dos millones de personas en 1918-1919, mientras que durante la década de 1970 el transporte aéreo llevó el cólera a través de desiertos y océanos hasta el Sahel y el golfo de Guinea, que antes habían estado libres de esa enfermedad. África es el continente más gravemente afectado por la más “moderna” enfermedad de todas, el sida.

Hasta resulta razonable especular sobre si no hay alguna clase de conexión entre la “reinvención de la diferencia” que, según James Clifford, es una de las características de la globalización, y la lógica de la apropiación e instrumentalización que son características de las estrategias de extroversión. Ambas atestiguan el hecho de que los africanos son actores en su propia historia, siempre dispuestos a convertir los frenos externos en alguna creación nueva. En suma, pues, debemos tener cuidado de no confundir dos hechos distintos: el primero de éstos es la limitada extensión de la acumulación primaria en las sociedades africanas y, así, el grado limitado de su ingreso en la economía capitalista mundial, como ha quedado demostrado, fuera de toda duda razonable, por los historiadores.<sup>[51]</sup> Un segundo hecho es la marginación o desconexión de África en relación con la misma economía mundial o el sistema internacional, lo cual seguirá sin demostrarse mientras las estrategias de extroversión sean, en realidad, los medios de la integración de África en las principales corrientes de la historia universal por vía de la dependencia.

La idea de que algún tipo de decadencia política está corroyendo al subcontinente no resiste mejor el escrutinio. El hecho más destacado del último siglo fue el descubrimiento del Estado por sociedades que se habían caracterizado, como ya mencionamos, por “el civilizado arte de vivir juntos, bastante pacíficamente, *sin Estados*”.<sup>[52]</sup> Hasta cierto punto la globalización de África y el proceso de formación del Estado se han entremezclado, y el proceso se hizo evidente desde el momento en que las potencias europeas, encabezadas por Gran Bretaña, pasaron de una fase anterior de “un imperialismo de intención” a un “imperialismo de resultado”, en que semejante forma de control fue aplicada realmente durante la segunda mitad del siglo XIX. Por aquel entonces los gobiernos europeos creían haber identificado uno de los principales obstáculos a las inversiones en África en su falta de grandes entidades políticas centralizadas, y a la luz de esta percepción llegaron a ocupar militarmente regiones en las que no habían

logrado penetrar económicamente o, al menos, no tanto como lo desearan. [53] Sin embargo, sería erróneo sobreestimar la importancia de esta temprana fase colonial en el prolongado proceso de construcción de instituciones burocráticas y de un gobierno centralizado en África. En algunos lugares un rasgo del gobierno en el temprano periodo colonial fue, de hecho, la costumbre de delegar la soberanía política a compañías concesionarias, a veces durante periodos de décadas. El régimen colonial se basó por doquier, en gran parte, en la práctica de lo que Max Weber llamó “descarga”, y en el gobierno indirecto, incluso en territorios coloniales franceses. Además, vastos territorios fueron virtualmente abandonados a sus propios recursos durante todo el periodo colonial, como algunas partes de Sudán, Chad, la República Centroafricana, el Congo y Angola. Y hasta el final mismo del periodo colonial el régimen europeo se enfrentó a episodios de grave disidencia o resistencia, lo bastante a menudo como para que tengamos que matizar de forma considerable la idea comúnmente sostenida de que existió una *paix coloniale* o una *pax britannica*. El dominio colonial tuvo una duración extraordinariamente breve si la medimos por las normas de la *longue durée* histórica. Sin embargo, esto no legitima el hecho de considerar al colonialismo como un simple “toque” histórico, ya que la ocupación europea transformó radicalmente los recursos, los modos y las metas en todas las luchas sociales, sobre todo al introducir el dinero en todo ámbito de la vida social mediante la institución de derechos de propiedad privada, y al hacer de las armas de fuego un elemento central e indispensable de la tecnología militar y de diversos sistemas de coerción.

A pesar de los límites inherentes al sistema colonial de dominación, el proceso por el cual se transformó el Estado sigue siendo una de las tendencias más notables de la historia de África en el siglo XX. Poco a poco, deliberadamente o no, el Estado evolucionó como el espacio respecto al cual los otros principales actores de la colonización —misioneros, comerciantes e inversionistas— se definieron a sí mismos; tal fue la joya de la corona heredada a la hora de la independencia por los movimientos nacionalistas. Más aún, resulta sorprendente ver hasta qué punto el proceso de formación del Estado fue acompañado por la tendencia a la globalización, mucho más a menudo de lo que fue obstaculizado o refutado por la misma. Para tomar un ejemplo, la designación de límites coloniales, y acaso hasta el principio de demarcación exacta del territorio y la fijación de poblaciones en África, estuvieron directamente conectados con la

celebración de una conferencia multilateral en Berlín. En vena similar, el establecimiento de burocracias estatales y de mecanismos de acción estatal en tiempos coloniales, como sucesores de las antiguas compañías concesionarias (o bien, en el Congo Belga, de una soberanía privada), condujo a una inversión directa de metrópolis europeas en cuanto las autoridades coloniales comprendieron que la mayor parte de las colonias nunca podrían ser económicamente autosuficientes y que tendría que ocurrir una segunda fase, más intensiva, de ocupación colonial. Las sociedades africanas fueron obligadas por sus nuevos amos coloniales a participar en dos guerras mundiales y, asimismo, en muchas guerras de descolonización. A pesar del estilo individual del pacto colonial que unía un territorio africano particular con una metrópoli europea, en cada caso se pidió a las sociedades africanas que se abrieran más que nunca a los flujos comerciales y financieros de todo el orbe y, así, a fenómenos culturales transnacionales. Entre ellos se contaron dos movimientos eminentemente multinacionales: el islam y el cristianismo.

En la bibliografía ha quedado ya bien legitimado ver a los partidos nacionalistas, entre otras cosas, como actores en procesos más largos de formación del Estado. El nacionalismo a menudo llevó al poder a grupos sociales que antes se habían beneficiado con la historia —frecuentemente tensa y conflictiva— de colaboración con la potencia colonial, y con las oportunidades generadas por “la segunda ocupación colonial”, es decir, el renovado vigor del colonialismo de 1930 en adelante. Incluso donde los políticos nacionalistas no tenían esos antecedentes, los partidos nacionalistas emplearon para sus propios fines las instituciones políticas que habían sido establecidas por el Estado colonial, e hicieron todo esfuerzo posible por fomentar y extender la influencia de estas instituciones sobre las sociedades que ellos gobernaban. La moda del nacionalismo económico y de la intervención estatal, que fue tan marcada en las dos primeras décadas de independencia (a veces en forma grotesca, como en la campaña de zairenización de 1973), fue, en sí misma, una señal de continuidad con el Estado colonial, aun en los casos en que se hizo todo un alarde de rompimiento con el orden colonial, y en conflictos como la expulsión de los asiáticos de Uganda o, más insidiosamente, de Tanzania. La fase siguiente, la de liberalización económica introducida por las instituciones de Bretton Woods, no equivale a una completa inversión de la tendencia a la continuidad en la formación del Estado en África, ya que, como hemos

visto, los programas de adaptación estructural en realidad frecuentemente fueron manipulados o desviados de maneras que no amenazaran al sistema de economía política en que se fundamenta un Estado, así sea mínimo. Los grupos dominantes continúan empleando la política gubernamental como instrumento político para favorecer sus propios intereses. A este respecto, la privatización de empresas públicas a menudo resulta instructiva; en las raras ocasiones en que realmente ocurre una privatización, por lo general beneficia a quienes están en el poder, y que en años anteriores habían utilizado la misma empresa como fuente de lucro. Ahora pueden vender los mejores frutos de la empresa estatal a sus parientes o a sus testaferros. Considerados como partes de un proceso por el cual se forman estructuras de desigualdad social, el nacionalismo o el estatismo económicos y las políticas de liberalización económica no son más que dos aspectos de una sola realidad. Esta realidad es que la visión de un Estado que tiene la ambición de intervenir (*Polyceystaat*), que sirvió de modelo en el periodo inmediatamente posterior a la independencia, y el “Estado adelgazado”, tan caro a quienes apoyan el consenso de Washington, sirven, ambos, a los intereses del mismo grupo, definidos en general.

Al considerar estos asuntos, la principal dificultad es la idea misma de que existe un límite claro entre la esfera privada y la pública. Los historiadores han insistido desde hace largo tiempo en la interpenetración de estas dos categorías que, según nos dicen, se encontró en el meollo mismo de la génesis, primero, del Estado absolutista, y después de su sucesor representativo, ya fuese la Francia de Colbert o la Inglaterra de la supremacía *whig*.<sup>[54]</sup> Una ambivalencia comparable es un elemento clave en la *politique du ventre*, tal como ha surgido en el África subsahariana durante el último siglo.<sup>[55]</sup> El proceso que se ha llamado “privatización del Estado”, que está efectuándose bajo presión de las relaciones transnacionales de diversas índoles, de la política de identidad, de la globalización financiera y del triunfo de las fuerzas del mercado, ha sido descrito con menos precisión como la “retirada” o el “desplome” del Estado que como su recomposición, por la vía de un reordenamiento de los varios modos de gobierno.<sup>[56]</sup> En este sentido, la globalización es, simplemente, un elemento de la formación en curso del Estado. Tal fue el caso en décadas anteriores, bajo la influencia de las ideologías del socialismo o de la solidaridad del Tercer Mundo o del neokeynesianismo, que fue la política del Banco Mundial hasta finales de los setenta. Tal sigue siendo hoy el caso, paradójicamente, bajo la forma de

neoliberalismo. Se negocian bilateralmente programas de adaptación estructural entre los organismos de cooperación y los Estados africanos, prestando poca consideración al hecho de que los países vecinos puedan estar efectuando negociaciones bilaterales similares (o contradictorias). Ya hemos mencionado que tales programas en realidad sirven a las aspiraciones hegemónicas de grupos dominantes, al despolitizar la cuestión eminentemente política de la desigualdad social y someterla a procedimientos burocráticos, así como al provocar la multilateralización de la revolución pasiva que es la verdadera fuerza formativa del Estado en el África actual.

Tal vez algunos lectores nos concedan que este argumento tiene cierta lógica, pero se pregunten por los efectos de la guerra. Pues las guerras del África subsahariana se han vuelto instrumentos de regulación política y económica que median, cada vez más, en la relación del continente con el mundo, y cuya recurrencia parece comprometer la existencia misma de los Estados africanos. La última de estas proposiciones es la más discutible, ya que las guerras de África están haciendo surgir sistemas regionales de Estados, con un efecto comparable al que tuvieron las guerras en Europa en la primera mitad del siglo XX. Un sistema relativamente bien estructurado de alianzas y de hostilidades entre Estados está surgiendo en el Cuerno de África y en el África central y occidental, lo que resulta sumamente sugestivo desde este punto de vista. No hay razón para considerar inevitable que la guerra en África resulte ser a largo plazo la matriz del Estado, como lo fue en la historia europea, donde las necesidades de la guerra favorecieron la creación de Estados absolutistas con burocracias que operaban de acuerdo con principios racionales, el desarrollo de sistemas de presión y de extracción fiscal y, como último recurso, la democracia de masas. La comparación, aunque útil, no se puede llevar demasiado lejos, ya que en el caso europeo participó toda una gama de factores culturales y económicos diferentes. Pero, por lo mismo, tampoco hay razón para suponer que *no* ocurrirán desarrollos similares, ya que los conflictos son terreno fértil para las transformaciones sociales, a través de la migración, el confinamiento en campos de refugiados, la creación, por los detentadores del poder, de nuevos modos de imposición fiscal, y mediante la movilización de las mujeres, los jóvenes y las diásporas étnicas, cuyos efectos son impredecibles. Más aún, las principales guerras de África —con excepción de las de Katanga y Biafra— se comprenden mejor como

competencias por el dominio del Estado que como una amenaza a su unidad.<sup>[57]</sup> Aun si la actual guerra de la República Democrática del Congo, por ejemplo, terminara en cierto tipo de anexión de territorio, esto no invalidaría el principio de la existencia de un Estado, ya que serviría para robustecer la lógica de la territorialización política en que se cimentó el proceso de formación del Estado durante el último siglo. Semejante resultado también reforzaría el proceso de movilización nacional, tal vez en alguna clase de forma étnica o racial, que es central en los conflictos de la región de los Grandes Lagos de África.<sup>[58]</sup>

Una observación final al respecto: recordemos nuestro comentario anterior respecto a que una de las consecuencias de la difusión de la guerra ha sido la recuperación, por parte de los detentadores del poder en África, de una porción sustancial de la soberanía política que las condiciones anexas a los programas de ajuste estructural y al proceso de integración regional habían amenazado antes con poner fuera de su alcance.

Por lo tanto, parece plausible sugerir que existe una conexión entre la guerra y la formación del Estado, y que esto está avanzando de la mano con la globalización de África y nos desafía a explorar más plenamente, tal vez no la consustancialidad del desorden producido por el conflicto y un movimiento aparentemente contradictorio de institucionalización política, pero sí, al menos, la relación precisa entre estas dos tendencias. Si replanteamos el problema en términos más generales, una inferencia es que necesitamos explorar la naturaleza, personal y faccional, de las estrategias de extroversión (incluso en sus formas militarizadas) en el marco de lo que hemos llamado el “Estado rizoma”, y la relación de éste con el proceso de centralización burocrática o política. Las dos dimensiones pueden interrelacionarse, como quedó demostrado en una reciente investigación de la *microstoria* de la política local en Italia o por la obra de historiadores alemanes sobre la Guerra de los Treinta Años.<sup>[59]</sup> De ser esto así, el análisis necesita enfocarse en las contingencias y las experiencias cotidianas, en una forma que no excluya el hecho de que existen ciertas pautas de acción cuya importancia se vuelve obvia sólo si consideramos la historia en períodos más prolongados.<sup>[60]</sup> Son estas dos direcciones las que estudiaremos ahora, con miras a tener una opinión mejor informada sobre la historicidad de las relaciones entre África y el resto del mundo.

## Las instituciones sociales de la globalización

Si consideramos el primero de los dos puntos evocados en el párrafo anterior, resulta útil recordar que la formación del Estado al sur del Sahara, tanto dentro de sociedades locales como en sus tratos con el entorno internacional, ha sido un proceso totalmente aleatorio y hasta confuso. Las luchas sociales que constituyen el vector de la formación del Estado han ocurrido, en su mayor parte, dentro de territorios perfectamente localizados, cuya extrema fragmentación dificulta la vida a todo investigador que esté tratando de circunnavegar las metanarrativas de la colonización, la independencia y, de hecho, la dependencia. Frederick Cooper ha observado, con razón, que “dividir en periodos la historia de un continente tan grande y complejo es suponer que el mundo exterior no sólo es importante, sino determinante”.<sup>[61]</sup> La división ortodoxa de la cronología africana socava, por decirlo así, los rasgos más prominentes de la historicidad africana. Por otra parte, para cualquier investigador que aspire a reconstruir las condiciones históricas concretas de la inserción de África en el sistema internacional y las luchas sociales que de allí surgieron, mientras al mismo tiempo evita las minucias de la historia local, un enfoque realista consiste en estudiar las principales “instituciones sociales” (como las llama Weber) que han mediado en las relaciones entre África y el resto del mundo. Estas instituciones sociales incluyen, desde luego, al gobierno colonial, pero también, y acaso más importante, a los centros de intercambio, los lugares de negocios, las plantaciones, las minas, las escuelas, los hospitales y las misiones cristianas.

Aún más que el Estado colonial y su burocracia, cuyo verdadero impacto sobre las sociedades africanas a menudo fue bastante tardío y de alcance limitado,<sup>[62]</sup> las organizaciones y prácticas a las que hemos llamado “instituciones sociales” fueron las primeras transmisoras de la “subjetivación” en el sentido que le da Michel Foucault a este concepto: es decir, contribuyeron a “la producción de modos de existencia o de estilos de vida”,<sup>[63]</sup> y, así, a la “sujeción de individuos”, es decir, a “su constitución como ‘sujetos’ en ambos sentidos de la palabra”.<sup>[64]</sup> Por ello estas “instituciones sociales” pueden considerarse como matrices de la *politique*

*du ventre* y de sus estrategias de extroversión, siempre que estemos dispuestos a considerar que la *politique du ventre* es una forma de “gubernamentalidad”, definida, a su vez, como “el punto en que las técnicas de dominación de otros chocan con las técnicas del ego”.[65] Dichas instituciones sociales han ayudado a configurar los discursos, los procedimientos, las reglas y prescripciones, en pocas palabras las “tecnologías del poder”, que tienen al cuerpo humano como una de sus metas más importantes.[66] Así ocurre, por ejemplo, cuando cuerpos humanos son aprisionados, azotados, obligados a desempeñar trabajos forzados, cuando son deportados o ejecutados y, por idénticas razones, cuando son atendidos, educados, vestidos y remodelados. Es en este sentido que las instituciones sociales ocuparon un lugar primordial en el desarrollo de verdaderas “culturas del ego” que hicieron posible la “constitución del ego como ‘sujeto moral’ ”. También contribuyeron de esta manera a crear la noción de que el Estado colonial en realidad era poseedor del pueblo al que gobernaba. Como lo opuesto a la pereza —que los colonialistas consideraban una cualidad intrínseca del ser nativo—, se propuso la ética del trabajo, impuesta a los conversos religiosos y a los empleados asalariados mediante exhortos en las homilías y amenazas de azotes, hasta que la asimilaron internamente. Éste fue un elemento importante en el proceso de constituir la personalidad de millones de africanos.

Sin embargo, debemos estar en guardia contra el peligro de interpretar las instituciones sociales de la colonización en un sentido demasiado mecánico, y de no ver en ellas más que los mecanismos de lo que Foucault habría llamado una “sociedad de disciplina”, de naturaleza más o menos totalitaria. Pues la “microfísica del poder”, empleada por estas instituciones sociales con una buena dosis de coerción, ofrecía toda una gama de modos de subjetivación. Esta forma de quedar sujeto al poder también ejerció una positiva fuerza de atracción que ha sido muy subestimada, sin duda por razones de corrección política.

Al investigar los efectos de esta relación con el poder debe decirse inmediatamente que la colonización ofreció una experiencia de subjetivación a los propios europeos. Soldados, administradores, comerciantes y misioneros llegaron a adoptar ciertas posiciones, a consecuencia de sus propias ideas acerca de la sociedad metropolitana, que a menudo consideraron amenazada de decadencia por las fuerzas de la industrialización, el materialismo y el comunismo, y también a

consecuencia de aquello que percibían como primitivismo en los africanos, a quienes habían llevado un mensaje de emancipación por medio de la civilización. Pensaron que esta última les llegaría a través de las duras lecciones de la conquista. Hemos de añadir que la idea que tenían muchos colonialistas sobre su misión civilizadora a menudo no coincidía con la idea (nada favorable) que tenían muchos de los propios colonos acerca de la Europa que habían dejado atrás. Basados en este manojo de contradicciones, se constituyeron en “sujetos morales”, abrazando estilos particulares como el republicanismo de muchos administradores coloniales franceses, el estoico “catonismo” típico de los funcionarios británicos, o la vía de la redención como la comprendían los misioneros.<sup>[67]</sup> Entre las otras consecuencias, hubo efectos de reverberación o de refracción entre colonias y metrópolis, como hemos considerado brevemente, y toda una esfera de ambivalencia moral y política entre colonizadores y colonizados. La experiencia colonial ofreció a la gente de la metrópoli nuevos modelos de subjetivación, como los de la aventura espiritual del misionero o los ideales de quienes buscaban chicos para reclutarlos.<sup>[68]</sup> Las implicaciones políticas de estas transferencias no fueron nada desdeñables, por ejemplo, en la evolución del cristianismo, la movilización de la derecha política, especialmente en sus campañas contra la descolonización, y en una reconfiguración del nacionalismo en términos más generales. La equívoca posición adoptada por los colonos hacia aquellos de sus compatriotas que se habían quedado en Europa, así como hacia sus súbditos nativos —una mezcla muy particular que incluía la defensa de intereses imperiales, el desprecio a una metrópoli que a menudo parecía a la vez degenerada y pequeñísima cuando se la veía desde la perspectiva de África, junto con una condescendencia entrelazada con ingenuo entusiasmo romántico por el supuesto primitivismo de los africanos—, produjo un terreno fértil para toda clase de negociaciones en cuestiones de ética, cultura y representaciones de identidad. En este último caso, tales interacciones eran de naturaleza política. Involucraban a aquellos blancos que estaban viviendo en África en la misma medida que a los sujetos negros o de razas mixtas del imperio.

De hecho, hubo muchos africanos que se adhirieron con la mayor sinceridad a los estilos de vida que les ofrecía y a la vez les imponía el colonialismo. Negar el aspecto atractivo de estos nuevos estilos de vida equivaldría a renunciar a toda posibilidad de comprender cómo la ocupación europea fue capaz de durar tanto como lo hizo, las más de las

veces con recursos militares y administrativos patéticamente pequeños. Negar que muchos africanos adoptaron voluntariamente nuevos estilos de vida también sería insinuar que la colaboración de grandes fragmentos de las élites africanas locales se debió al más burdo interés egoísta o una completa alienación. Además, implicaría que los africanos que se convirtieron al cristianismo en realidad eran insinceros en su fe, o que fue totalmente falsa la devoción al servicio público de toda una cohorte de funcionarios jóvenes.

Por lo tanto, la *politique du ventre* y sus concomitantes estrategias de extroversión no sólo se relacionan con un régimen de acumulación económica y desigualdad social, sino también con lo que podríamos llamar una “economía moral”, en el sentido implícito en la obra de E. P. Thompson sobre la clase obrera inglesa y de Bruce Berman y John Lonsdale sobre los fundamentos éticos de la sociedad colonial en Kenia. Instituciones tales como la administración pública, la escuela, el hospital, el centro de intercambio, el lugar de negocios y la misión fueron incubadoras en que se plantó y cuidó un “sujeto moral”, y cuyas prácticas éticas y físicas llegarían a ser constituyentes de la nueva cultura pública, incluso en la regulación burocrática del Estado, la actividad económica, la expresión religiosa, la innovación cultural y la movilización política. Esta cultura naciente se expresó en términos de “colaboración” con el colonizador tanto como en términos de resistencia nacionalista o negociación.<sup>[69]</sup> Y, más precisamente, tales prácticas hicieron surgir nuevos estratos sociales que llegarían a ser los portadores (*Träger*), para emplear el término de Weber,<sup>[70]</sup> de tales “estilos de vida”, o que constituirían la “clase” que haría de estos modos de “subjetivación” o estilos de ser una “afirmación del ego”, para quienes prefieren la forma en que Michel Foucault conceptualiza dichas cuestiones.<sup>[71]</sup> Los catequistas, maestros de escuela, médicos, enfermeras, personal administrativo y empleados de compañías coloniales fueron las verdaderas “abejas obreras” de la colmena colonial, como lo serían después del movimiento nacionalista. Como asalariados, participaron en la creación de los fundamentos de la clase que hoy predomina en África, poniendo en marcha el proceso de acumulación primitiva de que dicha clase habría de beneficiarse.<sup>[72]</sup>

En otras palabras, la formación del Estado en el África subsahariana, considerada como elemento del proceso de globalización, se muestra inseparable del ascenso de un tipo humano (*Menschentum*) creado por una

conjunción de elementos de naturaleza tanto religiosa como económica,<sup>[73]</sup> un tipo de persona que funciona simultáneamente al definir una relación con Dios, una relación política con el resto de la sociedad, una estrategia de prosperidad económica y también una relación con el mundo exterior, compuesta de tendencias hacia la asimilación y a la vez al rechazo.<sup>[74]</sup>

La adopción por parte de los africanos de los “nuevos modos de vida” que se les ofrecían, por muy ambivalentes que fueran, siempre dio por resultado una reinterpretación o reinvención de estos modos de experimentar el mundo. Como ya se esbozó antes, éste fue un proceso que combinó la hibridación con una auténtica creatividad. El sometimiento al Estado colonial y a la *politique du ventre* que éste hizo surgir, y la sujeción a las prácticas económicas y culturales de la extroversión, fueron, así, de naturaleza heterogénea. Esto se debió especialmente a las numerosas contradicciones organizativas, religiosas, filosóficas, políticas, sociales y materiales que dividieron tanto a los colonizadores como a quienes los sucedieron en la detención del poder, que claramente seguían operando dentro del mismo sistema. Así pues, hubo claros límites al proceso de sujeción, hecho que tienden a olvidar tantas obras inspiradas por Foucault, en su obsesiva concentración en la “disciplina” en las situaciones coloniales y poscoloniales. La disidencia religiosa o la proliferación, por ejemplo en forma de una multiplicidad de iglesias independientes, sectas y movimientos proféticos, conflictos dentro de las iglesias de las corrientes principales, así como entre las mujeres frustradas en sus aspiraciones a un ascenso social; la juventud; los dignatarios de las iglesias que defendían sus privilegios, todos ellos combinados con las contradicciones de las pautas redistributivas de familias y aldeas y el surgimiento de una mentalidad burocrática; el conflicto entre las prácticas asociadas con la *politique du ventre* y los movimientos contra la corrupción, o entre la lógica de la soberanía y la de extroversión, más las contradicciones entre las concepciones étnicas y las universalistas de ciudadanía, son muestras claras de los límites puestos a los rigores de la disciplina colonial. Entre las consecuencias de estos tipos de choques de visión y de interés se contaron algunas importantes convulsiones, como la confrontación entre la visión liberal de la ANC en Sudáfrica, en una tradición que se remonta a la obra de misioneros no conformistas en el siglo XIX, llegados de la London Missionary Society, o la Wesleyan Methodist Missionary Society, y la concepción étnica de Inkatha y de varios dirigentes políticos en las

bantustas de Sudáfrica, que a su vez son un legado del imperialismo cultural que fue transmitido asimismo por esos misioneros.<sup>[75]</sup> También fueron numerosas las paradojas inherentes a cualquier “invención de la modernidad”.<sup>[76]</sup> Por ejemplo, la difusión de las prácticas burocráticas como instrumento de sujeción y como medio para administrar los beneficios generados por la dependencia fue en parte asegurada por la intermediación de movimientos políticos, sociales o culturales de protesta contra el orden colonial, como los danzantes beni de África oriental, los partidos políticos nacionalistas, o aquellas iglesias independientes nacidas de cismas en las iglesias misioneras originadas en Occidente. El proceso de “civilización” de los aborígenes de África muy a menudo consistió en tradicionalizarlos, asignándoles identidades o códigos étnicos de derecho consuetudinario en gran parte inventados.<sup>[77]</sup>

El resultado final de esta enorme complejidad es que la relación ideológica y cultural del África subsahariana con el resto del mundo es profundamente barroca. Opera reutilizando prácticas existentes o yuxtaponiéndolas, mediante procesos de sedimentación, transferencias de significado y la fabricación de identidades que después son consideradas auténticas.

Los efectos de la hibridación son tanto más ambivalentes cuanto que ocurren directamente en el ámbito de la imaginación. A este respecto, la relación de África y de ultramar continúa arraigada en la simple fantasía. A menudo encarna en mitos, como los danzantes *governor* de Beni, y el culto de posesión de los *hawka* entre los songhai y zarma de Níger, o de hecho en los cultos de Félix Eboué y del general De Gaulle en la antigua África Ecuatorial Francesa. Misioneros y médicos blancos fueron generalmente percibidos en relación con las potencias del mundo invisible, en tanto que el espectro de la hechicería nunca ha dejado de rondar en las experiencias sociales mediante las cuales África ha quedado insertada en el sistema internacional por medio de esclavitud, colonialismo, conversión cristiana, la penetración de economías capitalistas y los enfrentamientos políticos generados por la descolonización. Ocurrió así que, al expresar su opinión de que el Fondo Monetario Internacional era un “brujo” y no un “curador”, el taimado Julius Nyerere se aseguró de que sus argumentos contra el programa de adaptación estructural que las agencias de cooperación estaban tratando de imponer en Tanzania resultarían atractivos a la opinión pública.

[78]

El título de la obra ya clásica de Gérard Althabe sobre el Madagascar oriental (*Oppression and Liberation in the Imagination*) sería eminentemente aplicable, por lo tanto, a cualquier número de situaciones coloniales o poscoloniales.<sup>[79]</sup> Nos apresuraremos a añadir que el imaginario no debe interpretarse como aquello que es “irreal” sino, antes bien, como “el dominio en el cual lo real y lo irreal se vuelven indistinguibles entre sí”.<sup>[80]</sup> De este modo, la barroca relación entre África y el resto del mundo también ha sido mediada por la cultura material, en el meollo mismo de estrategias de extroversión y procesos de constitución del “sujeto moral”, tanto en la colonia como en la poscolonia. Las prácticas de consumo, lejos de equivaler a un proceso de occidentalización o de alienación, han capacitado a los actores locales para apropiarse de una modernidad originalmente importada, y, por ello, a efectuar una “reinvención de la diferencia” que es inherente al proceso de globalización.<sup>[81]</sup> La cristalización de ciertas imágenes políticas, el surgimiento de una “economía moral” que legitima la producción de la desigualdad social, la administración de la renta de la dependencia, en una palabra, la historicidad del África subsahariana, no puede considerarse si se la aparta de las prácticas materiales que median en la autorreflexividad de un individuo y, asimismo, en su relación con otros, y en primer lugar con las autoridades políticas, extranjeras o locales. Entre esas prácticas materiales se destaca la del vestido. La génesis de la *politique du ventre* a menudo fue asociada con conflictos que rodeaban el uso de ropa, pantalones o *shorts*, lo cual no significa que tales conflictos no fueran profundamente serios en sus implicaciones económicas, políticas y morales en general. En último análisis, la revolución social causada por la colonización y sus derivaciones poscoloniales ha sido tan sartorial como política o económica. Los *homines novi* que más se beneficiaron del segundo aire de la ocupación colonial a partir de 1930, que encabezaron movimientos nacionalistas durante las décadas de 1940 y 1950 y que finalmente tomaron el poder al llegar la independencia, hicieron este viaje asombroso vistiendo pantalones, o, más adelante sus propios ropajes neoafricanos. Ejemplos de estos últimos incluyen las vestimentas africanas de Kwame Nkrumah, el *sango* preferido por Félix Houphouët-Boigny, los “trajes políticos” de la élite de Congo-Brazzaville después de la revolución de 1963, y asimismo el *abacost* que lucía el mariscal Mobutu. A veces fueron remplazados por trajes y corbatas europeos, junto con espléndidos uniformes militares. Todos estos ropajes

fueron adaptaciones de las vestimentas tropicales de los funcionarios coloniales europeos y de sus diversos asistentes o catequistas.<sup>[82]</sup>

Las instituciones sociales que fueron los vectores de la *politique du ventre* se volvieron puntos clave en los conflictos asociados con la subjetivación, al mismo tiempo que actuaban como centros para la difusión de los bienes de consumo occidentales. De este modo, una corriente importante de la gran tradición misionera fue la suposición de que existía una conexión entre el desarrollo del comercio y la propagación del cristianismo. Durante la primera oleada de evangelización las misiones se mostraron muy preocupadas por distribuir objetos que equivalieran a contratos de implantación.<sup>[83]</sup> Huelga decir que no todos los misioneros fueron favorables a un nexo entre la difusión del evangelio y la comercialización de las sociedades a las que trataban de convertir. No obstante, las misiones se asemejaban en realidad a un “bazar”, como las describió Chatelain en Angola a comienzos del siglo XX: la imaginación cristiana también formó parte de una imaginación del consumo.<sup>[84]</sup> La “epifanía de la vida cotidiana” a la que se dedicaron los predicadores fue, en muchos aspectos, nada menos que una conquista por el consumo, cuyo objetivo primario era el cuerpo del nativo: “fue en el cuerpo donde la mercancía entró en contacto físico con el ego, y lo envolvió. Para una sensibilidad religiosa decimonónica [...] el trato del físico domesticado era un sacramento cotidiano. En limpiarlo, en albergarlo, en curarlo y en vestirlo se encontraba la esencia misma de la civilidad”.<sup>[85]</sup> En tanto era una cultura material localizada en un punto particular del tiempo, la empresa misionera era un proceso de formación de valores tanto económicos como morales. Y esto fue así porque era un vector del mercado y de la economía del mercado, y porque la conversión religiosa a la que aspiraba iba acompañada por otros efectos de conversión en diferentes esferas de las sociedades en cuestión, en los ámbitos tanto de lo invisible como de lo material.<sup>[86]</sup>

Un análisis efectuado a lo largo de estos lineamientos podría hacerse, con igual provecho, en aquellas instituciones sociales seculares que estuvieron asociadas con la colonización, ya que fueron fuentes de mejoría económica y a la vez de los ideales que acompañaban a la aspiración a esa mejoría. En general, el Estado importado, visto como la forma más importante de organización política vinculada con la globalización africana, frecuentemente echó raíces en la sociedad africana mediante prácticas o aun

mediante verdaderos rituales de consumo. Tales fueron los elaborados despliegues hechos por el rey Denis Mpongwe, en la costa de Gabón, o los bailes de disfraces celebrados por la alta sociedad de Merina en el Madagascar del siglo XIX, o los paseos dominicales de los ciudadanos de Brazzaville, tan bien descritos por un visitante a comienzos del siglo XX, y que fueron precursores de los *sapeurs* del decenio de 1980. Nuevos ejemplos incluyen las reuniones de la Asociación May Gul en Leopoldville que, durante la década de 1960, se volvió el lugar de cita sabatina de los ciudadanos que deseaban beber cerveza, con la camisa fuera de los pantalones, sin corbata, zapatos ni calcetines, en un alarde de afectación, o los movimientos de danza en que se imitaban los uniformes y las vestimentas del ejército colonial o de la administración colonial o, menos exótica pero no menos significativa, la celebración de ritos religiosos que ofrecían (y que siguen ofreciendo) una oportunidad semanal de ver y ser visto.<sup>[87]</sup>

A la luz de estos temas recurrentes de la historia social de África, resulta más fácil comprender, primero, el papel fundamental que llegaron a ocupar los bienes importados en su economía política<sup>[88]</sup> y, segundo, las normas de conducta que hicieron posible la adquisición no regulada de bienes de consumo hasta por grupos relativamente pobres de la población. Entre los ejemplos se incluyen los espectaculares saqueos tan a menudo efectuados por ejércitos o milicias victoriosos (o derrotados, para el caso), las incontables guerras civiles o, en tiempos de crisis política, el pillaje efectuado por multitudes de civiles, como en Kinshasa en septiembre de 1991, en Nairobi en agosto de 1982, en Banjul en 1981, en Dakar en 1988, en Monrovia en 1996 y en Freetown en 1997. Resulta más fácil comprender las casi frenéticas orgías de consumo de los mineros de diamantes, cuando tienen algún dinero por un hallazgo, en sus campamentos o en las ciudades perdidas que brotan en torno de las oficinas en que venden sus piedras preciosas. También se vuelve más fácil comprender la determinación con que algunos movimientos armados han impedido a sus guerreros, o a los civiles que estén bajo su dominio, tener acceso a bienes de consumo europeos, como en Congo-Leopoldville durante las rebeliones de 1964-1965, en Rhodesia durante la guerra de *chimurenga*, o en el norte de Uganda desde 1986. En este contexto, también podemos ver el lugar particularmente ambiguo asignado a los bienes de consumo en diversas representaciones de hechicería y en muchos movimientos religiosos

contemporáneos, como el pentecostalismo.<sup>[89]</sup> Estas prácticas de apropiación o de rechazo de la cultura material occidental y su concomitante economía moral parecen ser pautas de acción que pueden rastrearse a la *longue durée*. Por lo tanto, es esta gramática de extroversión y dependencia la que consideraremos a la luz de la experiencia de África en el siglo XX.

## La gramática de extroversión y dependencia

Sin pretender ser exhaustivos, nos resulta posible identificar seis importantes formalidades de acción que han recurrido constantemente en las relaciones de África con el resto del mundo durante el siglo XX. Son: coerción, engaño, fuga, mediación, apropiación, y su opuesto, rechazo. Cada una de estas seis formalidades ha hecho surgir tipos sociales que se implantan en la ronda de la vida diaria y que pueden adquirir una de cualquier número de identidades comunes en cualquier momento. Así, un soldado también puede ser un contrabandista, y un refugiado puede ser un saqueador, en tanto que ambos son consumidores. Un contrabandista también puede ser un devoto creyente religioso, y los profetas muy a menudo resultan falsos. Pero antes de examinar con mayor detalle el perfil de tales tipos sociales y la “gramática” de su acción, resultará útil repetir una vez más que sus acciones se efectúan al menos en dos dimensiones: la de lo visible y la de lo invisible, el mundo del día y el dominio de la noche. Esto no siempre es evidente para los de fuera que tienen tratos continuos con las sociedades africanas, que no siempre tienen conciencia del modo en que cada fenómeno o acontecimiento va permanentemente acompañado por su doble en otra esfera. Muchos observadores han tendido a considerar el dominio de lo invisible como algo frívolo o carente de importancia, como tema para el folclore, y nada más. También debe decirse que identificar una formalidad o una pauta de acción no implica tener un prejuicio sobre la orientación ética de tal acción, ni de su tenor. En el Congo, por ejemplo, de un alcohólico en las calles de Kinshasa y de una devota del movimiento Watchtower en la provincia de Equateur puede decirse que están entregados, ambos, a una forma de escapismo, pero uno de ellos está

haciéndolo en las tabernas de una gran ciudad y la otra en la austeridad de la selva tropical lluviosa y del movimiento cristiano por la templanza.

De las seis formalidades de acción que hemos enumerado, la más fácilmente detectable es la coerción. A este respecto, no se debe interpretar mal el presente ensayo, aunque intenta rastrear la historia de la dependencia de África sin caer en la existente teoría de la escuela de la dependencia. Sin duda la violencia ocupa un lugar central en la trayectoria histórica del África subsahariana, aun cuando el costo humano resulta pequeño comparado con las hecatombes que han caracterizado la historia de Asia y de Europa. Esto sigue siendo así aun si tomamos en cuenta las pérdidas demográficas causadas por la trata de esclavos del Atlántico y del océano Índico.

A algunos observadores les ha parecido que, en la antigua África, en realidad era más fácil privar a alguien de la vida que ponerlo a trabajar.<sup>[90]</sup> Fue esta visión la que Yambo Ouologuem trató de sugerir en una novela que causó un escándalo durante la década de 1960, *Le devoir de violence*.<sup>[91]</sup> Sea como fuere, la globalización de África ha amplificado mucho el lugar ocupado por la coerción en todo el repertorio de la acción política, porque la práctica de la coerción se ha aunado a la imposición de un control central y a la demarcación precisa de límites territoriales, en una escala antes desconocida. Al mismo tiempo, ha ido acompañada por una revolución tecnológica de los medios de coerción, sin que los nuevos Estados lograran institucionalizar nunca un monopolio legítimo de la violencia consiguiente. La búsqueda de hegemonía de los colonos fue un proceso basado en un ostentoso uso de la fuerza, tanto en el periodo de la trata de esclavos como en la coerción privatizada ejercida por las compañías concesionarias, así como en la forma de la violencia pública o semipública de la administración colonial y de sus auxiliares nativos. La práctica sistemática de la deportación o del exilio, los trabajos forzados, el uso de armas de fuego, los castigos físicos y la pena capital, la prisión y la muy autoritaria naturaleza de casi todas las instituciones sociales introducidas por la colonización, incluyendo misiones, escuelas, hospitales, minas y plantaciones, así como, desde luego, los campos de concentración o las aldeas “consolidadas” que se crearon durante la guerra de Sudáfrica y el surgimiento de los mau mau, todo ello nos recuerda que la ocupación colonial se efectuó por medios militares, aun si pronto encontró otras técnicas suplementarias de dominación. Por esta razón las figuras de mando ocuparon un lugar tan

prominente en los ritos de apropiación que ya hemos mencionado, como la danza de los beni y el culto de posesión *hawka*, o incluso en el habla cotidiana en que frecuentemente y en forma casi obsesiva se mencionan títulos como *patrón* o *jefe*, *amo* o *baas*. Muchas de las figuras evocadas en la política africana son claramente coercitivas. Algunos especialistas en Zaire nos han llevado a prestar atención particularmente a la gran propensión de los zairenses a identificar al Estado contemporáneo con la aterradora imagen de Bula Matari, creada en los primeros años de la penetración belga, y han notado también la popularidad de la pintura intitulada *La colonie belge*, la cual muestra una escena de trabajos forzados, en que se azota a nativos considerados perezosos bajo la mirada impasible de un administrador.<sup>[92]</sup> De manera similar, el sistema sudafricano del *apartheid* conservó hasta el fin su imagen de dominio puro. El dominio de la noche está lleno de florecimientos simbólicos que expresan la relación depredadora entre las sociedades de la antigua África y sus asociados extranjeros, como la sombra del tráfico de esclavos que ronda el tipo de hechicería conocido en Camerún como *ekong*.

Es significativo que el látigo, el instrumento de dominación por excelencia, a menudo sea tomado —parafraseando a Freud— como “una breve traslación” de la historicidad del África subsahariana en la conciencia de los pueblos que allí viven. Esto es más que un recuerdo histórico, pues la relación entre el individuo y el Estado a menudo sigue mediada por el dominio físico. Los azotes con látigo o con varas son algo frecuente en las estaciones policiacas y las prisiones, como lo son en los barrios populares de los pueblos africanos siempre que la policía efectúa algún tipo de operación. Lo mismo puede decirse de las principales instituciones sociales. Los niños de las escuelas primaria y secundaria pueden ser golpeados por sus maestros hasta que llegan a una edad bastante avanzada (en Togo, hasta que salen de la escuela secundaria), lo que a veces provoca verdaderas insurrecciones en las escuelas, como muy a menudo ha ocurrido, por ejemplo, en Kenia. El látigo también se emplea contra los estudiantes vistos como alborotadores, como en la Kenia del presidente Moi, en la Costa de Marfil de Houphouët-Boigny y en la Liberia de Doe, y hasta contra adversarios políticos a quienes un gobernante desea humillar, como a veces ocurre en Camerún o en el Congo del presidente Kabila. En ocasiones un ministro o un presidente administra en persona las palizas, como Léon Mba en Gabón, o Jean-Bedel Bokassa en la República Centroafricana, quienes,

ocasionalmente, se entregaron a tales actividades.<sup>[93]</sup> Algunos regímenes poscoloniales, en asuntos de coerción, hasta han convertido el legado colonial en política oficial, como en Mozambique, donde una ley del 31 de marzo de 1983 reintrodujo los azotes en público, que habían sido abolidos en 1975. En adelante serían aplicados en casos de “delitos contra la seguridad del Estado” y robo a mano armada. Las autoridades sostuvieron que “el aspecto repugnante de tales castigos no se debía en el pasado a los castigos mismos, sino al hecho de que eran un instrumento de la opresión colonial”, según el ministro de Justicia.<sup>[94]</sup> Las palizas son comunes y consideradas legítimas por su asociación con el concepto de autoridad parental como estaba constituida en los tiempos coloniales, y como la han reproducido los regímenes autoritarios desde la independencia. Como observó un administrador británico que prestaba sus servicios en Kenia en 1941: “Yo siempre trato a mis nativos como niños. Trato de ser benévolos con ellos y de aconsejarlos y dirigirlos, pero cuando la bondad no surte ningún efecto hay que hacer lo que hacen en las escuelas públicas, en los hogares y por todo el imperio: usar el látigo”,<sup>[95]</sup> conceptos sin duda compartidos por el gran flagelador presidencial, “Papá” Bokassa. Muy lejos de la esfera de la política y de la burocracia, el castigo corporal se aplica comúnmente a los niños en el hogar, a los aprendices en los talleres o hasta a los nuevos reclutas en las pandillas callejeras, que suelen ser azotados por sus jefes. Y lo que es aún más notable, los movimientos revolucionarios nacionalistas o armados que se han enfrentado a los ocupantes coloniales o a sus sucesores neocoloniales también han adoptado los métodos de sus enemigos. Líderes como Sekou Touré, Sylvanus Olympio o Jomo Kenyatta se valieron de la intimidación para movilizar a las masas. En Zimbabwe los combatientes de ZANU-PF infligieron castigos corporales a los aldeanos que según ellos se habían portado mal, y en Chad los combatientes de varias alas de Frolinat no necesitaron ninguna excusa moral para atacar brutalmente a las poblaciones que estaban bajo su dominio.<sup>[96]</sup> Y —lo peor de todo— los conflictos de Mozambique, Angola, Liberia y Sierra Leona han mostrado las medidas extremas a las que pueden recurrir los guerrilleros para reclutar muchachos y para contar al menos con el apoyo pasivo de los aldeanos, para saquear o simplemente para infligir terror por el terror mismo.<sup>[97]</sup>

La coerción es un medio de regular al Estado importado y de meter mano a sus recursos. También se encuentra en el meollo de la relación

diplomática de África con el resto del mundo. En algunos casos las potencias extranjeras se vuelven cómplices de la violencia del Estado africano mediante acuerdos de cooperación militar y policiaca, mientras que otras veces condenan esas prácticas con toda la ambigüedad y complejidad habituales en tales asuntos. Cuando el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, criticó abiertamente a Jean-Bedel Bokassa por azotar en público a unos ladrones, el presidente y futuro emperador (sin saber cuán atinada sería su respuesta) replicó: “¡Rufián! ¡Imperialista! Usted hizo cosas peores”.<sup>[98]</sup> Desde comienzos de la década de 1990 las crisis en los Grandes Lagos y en el Congo-Kinshasa han demostrado perfectamente que la dialéctica de la denuncia y el compromiso sigue siendo el modo predominante con el que Occidente considera el uso de la fuerza política en África, al mismo tiempo que países occidentales continúan aplicando esa misma fuerza.

Desde este punto de vista, es claro que el África subsahariana ha entrado hoy en una nueva fase de su historia. Sencillamente, el empleo de la fuerza ha adoptado una intensidad sin paralelo en la anterior historia africana, en forma de campañas técnicamente avanzadas de represión y de guerras ejercidas por profesionales, que son los vectores de nuevas categorías políticas, como la raza, y que hasta pueden llegar al genocidio. El nuevo estilo de coerción también puede adoptar la forma de desregulación (¿o posiblemente democratización?) del uso de la violencia, tanto en forma de movimientos armados colectivos como de una delincuencia más individual, facilitados ambos por la simplicidad de adquisición y el bajo costo de las armas de fuego. La iniciación en el uso de la tecnología moderna toma cada vez más la forma de un aprendizaje del uso de las armas, y no del empleo de herramientas o algún tipo de educación profesional. Azotes, tortura, masacres, expulsiones forzosas o la reorganización de poblaciones enteras, batallas, ataques, violaciones, saqueo y la confiscación de bienes, se han convertido en procedimientos comunes de la vida política, aplicados por figuras sociales bien establecidas, como soldados, guerrilleros, aduaneros, policías, asesinos, vagos o, simplemente, cualquiera que tenga una oportunidad de saquear.

Casi como cosa natural, la difusión y la intensificación de la coerción como parte integral de la extroversión y la dependencia de África han contribuido al desarrollo de otro patrón de acción: el ejercicio de la maña, o más precisamente de lo que los griegos llamaban *metis*, esa cualidad que le

permite a una persona “manipular fuerzas hostiles demasiado poderosas para enfrentárseles directamente, pero a las que se puede dar buen uso pese a su naturaleza hostil, en tal forma que sean útiles para nuestros propios fines”.<sup>[99]</sup> La frecuente aparición del mañoso en el folclore africano, y la idea de que el paisaje social está dividido en dimensiones visibles e invisibles, muestra lo antigua que es esta forma de acción. Quedó encarnada en las figuras de esos conquistadores, mitad históricos, mitad míticos, llegados de lejos, extranjeros y reyes beodos que tomaron el poder mediante el uso tanto de toda clase de subterfugios como valiéndose de la fuerza.<sup>[100]</sup> En nuestro propio tiempo el carácter verdaderamente híbrido de tantos presidentes representa la versión más moderna de semejante personaje. Pero así como la colonización fue en realidad una “derrota total”, como la consideró el filósofo camerunés Fabien Eboussi,<sup>[101]</sup> resulta fácil ver por qué este proceso inspiró la difundida práctica del engaño y la maña de todas clases, como siempre ocurre durante las ocupaciones extranjeras, doquiera que se produzcan. A este respecto, el África subsahariana difiere poco de Egipto, Italia, la anterior Checoslovaquia o, en realidad, la sociedad esclavista de los sureños de los Estados Unidos.<sup>[102]</sup> Los intentos de engañar al amo extranjero, a sus representantes y hasta a sus sucesores se convierten en la forma normal de conducta. Prueba de ello puede encontrarse en la bien arraigada práctica de los fraudes comerciales o en el uso de “aldeas Potemkin” que de diversas formas continúan construyendo los africanos para los ojos de los organismos de cooperación, así como lo hicieron en el pasado para satisfacción de los funcionarios de distrito. La ya vieja práctica colonial de edificar una aldea “demostrativa” exclusivamente para exhibirla a unos funcionarios tiene su equivalente financiero moderno en la “revisión” periódica y totalmente ilusoria de los actuales programas de adaptación estructural. Sin embargo, no se debe suponer que la maña de esta índole es, simplemente, la respuesta de una persona dependiente contra el hecho de su dependencia. En realidad, tales actividades tienen su lado positivo y cierto grado de autonomía, como puede verse en la perseverancia de esos picarescos individuos que son los auténticos pioneros del África moderna. Contrabandistas, buscadores de diamantes, cambistas, falsificadores y simples emigrantes encuentran siempre maneras de evadir las leyes, las fronteras y los tipos de cambio oficiales. Los jóvenes luchadores que consideran la figura de Rambo como la de un mañoso a la moderna,<sup>[103]</sup> o los muchos casos en que ciertos individuos se hacen pasar

por soldados y policías, o que en un momento dado actúan como agentes del orden mientras en otro causan el caos, como los notorios *sobels* de Sierra Leona, soldados de día y rebeldes de noche, todos ellos muestran un sentido de aventura casi ilimitado, que a menudo lleva consigo cierto grado de auténtico dinamismo social y económico.

En buena medida es mediante esos tipos sociales y sus prácticas que África se integra en el sistema internacional, como en las formas de la migración ilegal, el tráfico de drogas o el fraude. El fraude financiero conocido como “419”, una de las principales fuentes de moneda dura para Nigeria, la fabricación y circulación de dinares falsos en Bahreini por valor de más de mil millones de francos franceses, las actividades internacionales de un *seyman* como Donatien, que reclutó a un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores francés para actuar como cómplice suyo, y la importancia de cuestiones como la inmigración y los narcóticos en las sociedades occidentales, nos sugieren que no sólo se trata de delitos en pequeña escala. La pertinencia de esta observación resulta tanto más sorprendente cuanto que los gobernantes de África a menudo son los guías para engañar deliberadamente a sus socios extranjeros, con quienes negocian o establecen alianzas.

Más aún, la frecuencia con que se aplica la maña como forma de acción nos indica una de las características clave de las sociedades africanas: la negociabilidad, convertibilidad y maleabilidad de sus elementos constituyentes. Ya hemos observado que las sociedades africanas tienen una experiencia histórica de ello, en términos de su relación con el mundo invisible, la invención de la etnicidad y la conversión al cristianismo o al islam, por una parte, y la implantación del universo capitalista de la propiedad, el dinero y los bienes, por la otra.[\[104\]](#)

Directamente aliada con la maña viene la huida, estrategia que los débiles se ven más o menos obligados a adoptar ante los fuertes. Algunos historiadores (y administradores coloniales, para el caso) han identificado esto como una táctica frecuentemente empleada en las sociedades de la antigua África. El movimiento de esta índole convierte al Estado en un espacio político que es relativo y a la vez tenazmente disputado, en que regiones enteras o grupos de población escapan del dominio de las autoridades centrales sin subvertir o siquiera desestabilizar al poder central, como lo ha mostrado Karine Bennouf en su análisis del tráfico a través de las fronteras.[\[105\]](#) No obstante, la aventura está tomando un carácter más

trágico que antes, al ser motivada por conflictos muy violentos, y a veces adquiere la forma de emigraciones provocadas por campañas de limpieza étnica, como ha ocurrido con la mayor obviedad en la región de los Grandes Lagos, pero también en Kenia, Etiopía, Angola, Liberia o Sierra Leona. Quienes han tenido que recurrir a la huida —en este caso, como refugiados— se mantienen en contacto directo con el sistema internacional por vía de organizaciones humanitarias, iglesias y la prensa, y hasta por medio de intervenciones militares extranjeras, como ocurrió en Somalia en 1992-1993, o en Ruanda durante la operación francesa Turquoise, en 1994. En otras palabras, fugarse no equivale a desconectarse del mundo, como podría parecer a primera vista sino que, antes bien, constituye un modo de inserción o de reinserción en los asuntos mundiales y hasta de la globalización. Desde este punto de vista, las muchas y particulares formas de escapismo, como por medio del alcohol o de la droga, o la iniciación en una secta mística, en realidad no son excepciones a esa dinámica. El alcohol, las drogas y las creencias místicas a menudo son de origen extranjero. La diferencia principal es que estas formas de escape no están sometidas al notable grado de regulación institucional y burocrática que es característico de las fugas en masa y los campamentos para refugiados.

La cuarta de las seis pautas históricas de acción que hemos identificado está conectada, aún más evidentemente, con un mundo globalizado. La ocupación colonial requirió la intermediación activa de toda una gama de categorías sociales: esto se convirtió en una línea de continuidad entre el Estado colonial y el estilo precolonial de comercio (“legítimo” o no) y los “Estados comisionistas” precoloniales (como dice Martin Lynn). El apogeo de esto fue el sistema de gobierno indirecto que, en manos de lord Lugard, se convirtió en una verdadera doctrina. Pero la sombra imponente del gobierno indirecto cubrió toda una verdadera selva de brotes menores. Pues, más allá de los aristócratas o de las aristocracias seudotradicionales, las cortes y jefaturas que las potencias colonizadoras lograron atraerse, también las élites imperiales extranjeras o transnacionales desempeñaron papeles clave, como los asiáticos, goanos, brasileños, caboverdianos, krios y libaneses y, ante todo, la legión anónima de africanos catequistas, intérpretes, maestros de escuela, enfermeras, empleados y comerciantes que, en su diaria ronda de actividades, contribuyeron poderosamente a la forma concreta de clientelismo adoptada por el colonial “Estado rizoma”, así como a la consolidación de una economía política *rentier*, engrosando

así las fortunas personales de cualesquiera personas o grupos que fueran los “porteros” de este sistema. (Esto ocurrió incluso en el imperio francés, pese al hecho de que los sistemas tradicionales o casi tradicionales de poder fueron evitados por un sistema colonial orgulloso de su ideología republicana antifeudal, al menos hasta la primera Guerra Mundial.) A riesgo de caer en la repetición, podemos insistir en que estos fenómenos siguen ocurriendo hoy, y que los equívocos activos que siempre acompañan a tales papeles intermediarios, sobre todo cuando se adoptan en un contexto de dominación y de dependencia, fácilmente se prestan a las artes del engaño y de la maña. Tal vez se haya observado menos frecuentemente que uno de los grandes tipos sociales del África del siglo XX, el del profeta, que también es una figura de intermediación. Los profetas han servido notablemente para fomentar lo que los católicos llaman la “inculturación” de la importada fe cristiana y de muchos de sus ritos, y de la alfabetización en general, así como de las propias sagradas escrituras. Los profetas han hecho avanzar la organización burocrática de iglesias o de grupos religiosos e incluso, muy a menudo, del nacionalismo, en forma de una alquimia política que es fácil de observar en Congo-Kinshasa, Congo-Brazzaville, Zambia, Costa de Marfil, la República Centroafricana, la Guinea Ecuatorial o Kenia. De forma ligeramente distinta, puede decirse lo mismo de la práctica de los profetas, a veces bajo la forma del mahdismo, en las sociedades musulmanas del Sahel.

Ahora bien, el desarrollo de iglesias o de movimientos religiosos independientes es, junto con la guerra, una de las principales formas contemporáneas de movilización social en África. También es un medio importante por el cual el África subsahariana se integra en el sistema internacional, como en el caso de los nexos entre los predicadores evangélicos de Monrovia y los de la derecha religiosa en el Deep South de los Estados Unidos, o entre congregaciones de cristianos carismáticos en las comunidades de emigrantes ghaneses que viven en los Países Bajos y en su país de origen.[\[106\]](#) Una figura como monseñor Milingo, el ex arzobispo católico de Lusaka, puede parecer un modelo a este respecto, ya que fue capaz de efectuar una síntesis entre tres elementos: en primer lugar, el profetismo político de Simon Kapwepwe, un dirigente de la lucha nacionalista; en segundo lugar, la tradición histórica común en Zambia, cuya jefatura es atribuida a grandes curanderos, y en tercer lugar, el movimiento católico carismático universal.[\[107\]](#)

Todo esto nos lleva a nuestra quinta formalidad de acción. Ésta es la apropiación, tal vez la más difícil de rastrear en toda su complejidad. Los héroes anónimos de esta forma de acción son el niño de escuela ávido de conocimientos, el creyente religioso de las iglesias cristianas y las mezquitas musulmanas, los consumidores de bienes importados, los pacientes de hospitales y aquellos intelectuales para quienes la sordida política de universidades y de editoriales se ha convertido en una segunda naturaleza. Otros ejemplos son los músicos del Ejército de Salvación, las bandas de danza *highlife* o las orquestas de baile congolesas, el jefe de empleados que insiste en respetar los procedimientos burocráticos o, para el caso, todos esos importantes funcionarios gubernamentales y ministros de finanzas, absortos en la aplicación del ajuste estructural de sus economías nacionales que su jefe de Estado, un tránsito de primer orden, hace todo por estropear. “El asunto esencial son las formas en que los actos humanos se han ‘apropiado’ el universo en el cual existen y, al hacerlo, lo han transformado continuamente”, escribe Alf Lüdtke, padre fundador de la *Alltagsgeschichte*, citando los primeros escritos de Marx.[\[108\]](#) El análisis de esta forma de acción es claramente indispensable para cualquier entendimiento de los fenómenos que estamos analizando en el presente ensayo, y para todo intento de crear una teoría de la dependencia de África y su inserción en el sistema internacional que a su vez evite la actual teoría de la dependencia. Los fenómenos a los cuales nos referimos incluyen la importación de un nuevo tipo de Estado, la creación de un sistema político híbrido, el funcionamiento de la economía de *rentier*, y la estrategia misma de la extroversión, pero también la lógica por la cual las diferencias locales y culturales se reafirman dentro del contexto de la globalización. Las sociedades africanas han mostrado un apetito a veces voraz por asimilar cosas del exterior. Y sin embargo la sociología crítica de la dominación y la alienación nunca ha logrado explicar este apetito. La formidable demanda de educación y de prácticas religiosas, ropas, estilos musicales, alimentos y estilos de atención al cuerpo son buenos ejemplos.

En último análisis, las prácticas de apropiación, en gran parte por medio de actividades cotidianas como las antes enumeradas, han creado una base social lo bastante amplia para que algunos de los grandes conflictos de África tomen la forma de guerras civiles que, en parte, se relacionan con la competencia por el acceso a una cultura material, importada, con su inseparable economía moral, o el rechazo a tal acceso. En pocas palabras, lo

que está en juego en estas guerras es la subjetivación de los protagonistas. El historiador keniano B. O. Ogot tiene el mérito de haber mostrado esto en una muy temprana parte de sus escritos sobre el levantamiento mau mau, ante la prevaleciente retórica nacionalista.[\[109\]](#) En realidad, a menudo es difícil distinguir entre las prácticas de apropiación y sus opuestos, a saber, las prácticas de rechazo o de oposición. Como en las actividades de los saqueadores comunes, la violencia de los guerrilleros a menudo va dirigida a la adquisición de bienes de consumo y a su apropiación en el sentido marxista del término, como la “apropiación física”, la “conducta hacia el objeto”, que es equivalente a “una apropiación de la realidad humana”.

Podría ser que éstas, nuestras quinta y sexta formalidades de acción, sean en cierto modo las más importantes, aunque sólo fuera porque están casi inevitablemente vinculadas con todas las demás formalidades. De la misma manera en que un hombre armado trata de despojar de sus bienes a sus víctimas mientras asimila las formas simbólicas o la tecnología militar del mundo contemporáneo, así también el mañoso, el agente y hasta el refugiado operan en forma comparable. En gran parte a través de tales medios cobra vida una especie de práctica improvisada y creadora, y éste es el modo principal por el cual África administra su extroversión dependiente. En gran parte por esta razón, el análisis estructuralista ofrecido por la escuela de la teoría de la dependencia ha demostrado ser incapaz de penetrar en la historicidad de la dependencia. Pues la dependencia es una experiencia histórica en que los pueblos se crean a sí mismos como sujetos.

## Conclusión

“En África deseamos estudiar y les rogamos su ayuda para estudiar, para que podamos ser como ustedes.” El lunes 2 de agosto de 1999 esta patética petición formulada por “dos hijos de Guinea”, Yaguine Keita y Fodé Toukara, y dirigida a sus “Excelencias, miembros y dirigentes de Europa”, a quienes también mandaron sus “más cálidos y respetables saludos” de conformidad con los códigos de protocolo y eficacia que regulan la relación de la intermediación, nos ofrece un resumen brutal de las relaciones entre África y el Occidente.[\[110\]](#) En el manifiesto escrito por estos dos equivalentes aerotransportados de los “balseros”, que fueron encontrados

muertos en el tren de aterrizaje de un avión de Sabena, la aspiración de apropiarse de algo está claramente expresada en la forma de su anhelo de una “buena educación”. También podemos identificar, en su mensaje, una expresión de algunos métodos clásicos de extroversión para alcanzar esta meta, a saber, por medio de la emigración y un llamado a la ayuda internacional (“apelamos a su solidaridad y a su bondad para que vengan en ayuda de África”). Pero fue lo peligroso de su empresa y su fatal conclusión lo que más llamó la atención del público. Estos dos héroes picarescos, Yaguiine y Fodé, eran pioneros y “mañosos” al mismo tiempo. Murieron en su empresa, como tantos otros antes que ellos, como los que se ahogaron en el estrecho de Gibraltar o fueron arrojados a los tiburones del Atlántico por tripulaciones europeas ansiosas de no tener que pagar por su repatriación, o los que murieron asfixiados, en el curso de su expulsión, por oficiales de la policía tan brutales como torpes.

Decididamente, la historia de la extroversión del África subsahariana puede ser banal, pero no por ello es menos trágica. Las pasiones y el compromiso que continúa provocando, sobre todo en cuestiones de educación, adquisición material y ascenso social, hacen verdaderamente indecente la condescendencia de Sartre en su prólogo a *Los condenados de la tierra* de Fanon:

La élite europea se dedicó a fabricar una élite indígena; se seleccionaron adolescentes, se les marcó en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les introdujeron en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se adherían a los dientes; tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían ya nada que decir a sus hermanos...[\[111\]](#)

Desde luego, las guerras que han cundido por toda la zona al sur del Sahara son un vector de tipos de movilización política y social que sirven para debilitar la presencia y la influencia occidentales en la región. También en el ámbito intelectual, la moda actual tiende al nativismo, a modo de un Renacimiento africano, con consecuencias frecuentemente adversas para diversas formas de cooperación cultural y científica. No obstante, esas formas de rechazo también pueden ser modos de apropiación y de reinención, como lo fueron los movimientos nacionalistas en asuntos de instituciones estatales y en la imagen del Estado en los años que siguieron a la segunda Guerra Mundial, exactamente como lo son las iglesias independientes con respecto al cristianismo mundial. Hay todas las razones para suponer que la sed por Occidente sigue siendo considerable, y que no

se reducirá el número de personas que emprendan el camino de la emigración.<sup>[112]</sup> Europa y América del Norte tendrán que dar acomodo a esta corriente y tratar de sacar lo mejor posible de ella, en lugar de plantar nuevas barreras, convirtiéndose cada más en verdaderas fortalezas.

De otros factores surgen elementos de incertidumbre y hasta de incomodidad. En las actuales circunstancias políticas y económicas, ¿puede la extroversión engendrar algo que no sea la guerra, o el régimen general de engaño e ilusión ya presente en buen número de países, y que representa, en ciertos sentidos, una réplica contemporánea de los muchos efectos de mimesis característicos de las sociedades en los días del tráfico de esclavos? “IBB = 419” fue un eslogan cantado por los manifestantes nigerianos en junio de 1993, en un esfuerzo por comparar la dictadura militar del general Babangida y su falsa democratización con los fraudes que han hecho tanto por ensuciar la imagen de las empresas nigerianas.<sup>[113]</sup> En efecto, lo que Michel de Certeau llamó “hacer creer” se ha convertido en uno de los elementos centrales de la vida social en algunos de los países más prósperos del sur del Sahara.<sup>[114]</sup> La extroversión actual, como la pasada, no parece capaz de resolver los problemas de acumulación, representación y legitimidad que son habituales en África, para hacer de ellos “el mejor y más admirable amigo de otros”, frase utilizada en la visión de Yaguine y de Fodé.

Desde otro punto de vista, una ingenuidad utópica es un signo, entre muchos otros, de que los africanos no necesariamente se han resignado al modo de vida cínico y brutal en que las circunstancias históricas a menudo los obligan a vivir. Los movimientos religiosos a los que se adhieren en tan grandes números son vehículos de la búsqueda de un mundo mejor. Parece sumamente probable que ni el pentecostalismo en su implacable lucha contra Satanás, ni las diversas sectas con su esoterismo individualista, lleguen a ser respuestas creíbles o viables a las dificultades actuales. Sin embargo, sería erróneo excluir la posibilidad de que tales fenómenos sociales pudieran ser la señal de una formación más profunda de la idea de libertad y de justicia que, con el paso del tiempo, adoptara una forma política, y constituyera la base de un nuevo orden cívico. Vista desde este ángulo, la reinvención del modelo democrático importado de Occidente sigue siendo un modo posible de la actual historia de la extroversión. El precedente ofrecido por la India demuestra que tal proceso no requiere que las representaciones culturales liberales sean prevalecientes dentro de la

sociedad; es igualmente compatible con poderosos sentimientos de pertenencia a una comunidad particular, que la democracia puede, incluso, fomentar o crear, llena de desigualdades de estatus o de casta, con un alto grado de heterogeneidad cultural y con un bajo grado de centralización política.<sup>[115]</sup>

Más aún: la economía moral de la democracia no puede reducirse a la famosa cultura cívica, tan cara a Gabriel Almond y a Sidney Verba. También puede consistir en “una cultura de realización personal a través de mediación, negociación y flexibilidad”, como entre el *popolino* de Nápoles. <sup>[116]</sup> En otras palabras, la maña y la intermediación pueden volverse formalidades de la acción democrática y de la apropiación del modelo democrático. En opinión de Christian Coulon, éste es precisamente el tipo de conversión que ofrece un desafío al Senegal, cuyo “mito democrático”, inspirado por el estatismo y el jacobinismo, ahora ha tenido que admitir el aumento en importancia de otras figuras sociales, como el *fonctionneur* (funcionario, en wolof) o el *ku jäng ekool* (“el que ha estudiado en la escuela”), y especialmente el *gorgui* (el senegalés común, siempre en busca de un protector), o el *moodu-moodu* (el comerciante informal), el *marabout* y el “empresario comunitario”.<sup>[117]</sup> Por muy delicado que pueda ser en el marco de una crisis económica un conflicto cada vez peor en Casamance, la difusión de las guerras civiles en la región y la creciente autonomía política del ejército senegalés, tal vez no sea imposible renegociar esta nueva vuelta del camino. Al fin y al cabo, ¿no es Senghor, en la imagen nacional, el prototipo del “político astuto, maestro en el arte del acuerdo, la reconciliación y el patrocinio”, la versión política del *lëek*, la liebre del folcloré wolof, cuya astucia es legendaria?<sup>[118]</sup> La criminalización del Estado y de la economía tampoco es un obstáculo insuperable en el camino hacia la democratización del África subsahariana, si podemos juzgar por los ejemplos de Italia, Japón y la India.<sup>[119]</sup>

Vemos así que el futuro del África al sur del Sahara sigue abierto de par en par. Ni la dudosa condescendencia del afropesimismo ni las vanas fantasías del afrooptimismo ofrecen una interpretación satisfactoria. La única certidumbre acerca del futuro concierne a la inserción de África en el sistema internacional. Para bien o para mal, ésta continuará, y la globalización no se detendrá ante las costas de África, aun si las “disyunturas” inherentes a este proceso son tales que limiten algunos de sus efectos al sur del Sahara.<sup>[120]</sup> En estas circunstancias, resulta imperativo

reconocer que las cancillerías de los Estados miembros del Grupo de los 7 ciertamente prestan insuficiente atención a una parte del mundo cuyas dificultades les afectan en primera instancia. Pues la estrategia más predecible de los Estados africanos será la del parásito, situado en los intersticios de un sistema internacional cuyos actores son cada vez más “interdependientes” y en el que siguen en el papel del pariente pobre, obligado a vivir al día.<sup>[121]</sup> Más que nunca, el discurso sobre la marginalidad de África es un sinsentido.

---

- [1] G. W. F. Hegel, *Lectures on the Philosophy of World History* (segundo borrador, 1830), traducción y presentación de H. B. Nisbet y Duncan Forbes, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, p. 174.
- [2] D. C. Bach (coord.), “Afrique: La déconnexion par défaut”, *Études Internationales*, XXII, 2, junio de 1991.
- [3] H. Deschamps, “Préface”, en J. Binet, *Budgets familiaux des planteurs de cacao au Cameroun*, París, ORSTOM, 1956, p. 5.
- [4] J. S. Coleman, “The Politics of Sub-saharan Africa”, en G. A. Almond y J. S. Coleman (coords.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press, 1960, pp. 247-249.
- [5] A. G. Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998.
- [6] J.-F. Bayart, *The State in Africa. The Politics of the Belly*, Harlow, Longman, 1993, pp. 21-24.
- [7] Cf. especialmente C. Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, James Currey, Londres, 1996, pp. 40 y ss.; M. Mamdani, *Citizen and Subject. Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. 10-11; M. Chege, “Where the Goat Eats”, *Times Literary Supplement*, 9 de febrero de 1996, pp. 30-31; C. Clapham, “The longue durée of the African State”, *African Affairs*, 93, 372, julio de 1994, pp. 433-439; D. B. Cruise O’Brien, *Africa*, 59, 4, 1989, pp. 528-529; C. Coquery-Vidrovich, “Sous le signe du pragmatisme”, *Le Monde Diplomatique*, julio de 1989, p. 9; J. F. Médard, *Corruption and Reform*, 5, 1990, pp. 71-75; D. B. Cruise O’Brien, “Democracy and Africa”, *Economy and Society*, 23, 2, mayo de 1994, pp. 247-251.
- [8] J.-F. Bayart, *L’illusion identitaire*, París, Fayard, 1996, pp. 69 y ss., 80 y ss.
- [9] De este modo, A. Giddens asocia la autonomía y la dependencia a escribir acerca de una “dialéctica del control”, en A. Giddens, *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, Macmillan, 1979, pp. 76 y ss., p. 93, y M. Foucault define el poder como “una acción sobre acciones”, o como “un modo de actuar sobre uno o más sujetos que a su vez son actores, mientras sean capaces de acción”, en M. Foucault, *Dits et écrits*, 1954-1988, vol. IV, París, Gallimard, 1994, p. 237. El modo en que Foucault escribe acerca de “sujetar a la gente; es decir, convertirlos en ‘sujetos’ en ambos sentidos del término” (M. Foucault, *La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976, p. 81), se encuentra en el meollo del concepto de “gobernamentalidad” (*gouvernementalité*) en términos de la cual definimos la

*politique du ventre*, hasta el punto en que este último es un sistema de hacer sujetos. Véanse las referencias anteriores y, para un enfoque teórico, J.-F. Bayart, “Fait missionnaire et politique du ventre: Une lecture foucauldienne”, *Le Fait Missionnaire* (Lausana), 6 de septiembre de 1998, pp. 9-38.

[10] Cf. A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa*, capítulo IV, Londres, 1973. Para un buen sumario del debate sobre la “crisis de la adaptación”, véanse R. Law (coord.), *From Slave Trade to “Legitimate” Commerce. The Commercial Transition in Nineteenth Century West Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, y M. Lynn, *Commerce and Economic Change in West Africa. The Palm Oil Trade in the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

[11] Ésta sigue siendo la posición adoptada por A. G. Frank en su obra más reciente. Véase A. G. Frank, *op. cit.*, p. XVI.

[12] Cf., por ejemplo, F. Cooper, A. F. Isaacman, F. E. Mallon, W. Roseberry y S. J. Stem, *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, Madison, University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1993, especialmente los capítulos 2 y 3; P. D. Curtin, *Disease and Empire. The Health of European Troops in the Conquest of Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[13] J. Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2a. ed., 1998, p. 125 y capítulos subsiguientes.

[14] M. Lynn, *op. cit.*

[15] D. Eltis y L. C. Jennings, “Trade between Western Africa and the Atlantic World in the Pre-colonial Era”, *American Historical Review*, 93, 1988, pp. 936-959.

[16] Como observa R. Joseph en *Radical Nationalism in Cameroun. Social Origins of the UPC Rebellion*, Oxford, Oxford University Press, 1977, p. 25.

[17] C. Newbury, *The Cohesion of Oppression. Clientship and Ethnicity in Rwanda, 1860-1960*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, capítulo 4.

[18] F. Cooper, *From Slaves to Squatters. Plantation Labor and Agriculture in Zanzibar and Coastal Kenya, 1890-1925*, New Haven, Yale University Press, 1980, pp. 56-57.

[19] J. C. Miller, *Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade, 1730-1830*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988; F. Raison-Jourde (coord.), *Les souverains de Madagascar. L'histoire royale et ses resurgences contemporaines*, París, Karthala, 1991; S. Ellis, *The Rising of the Red Shawls: A Revolt in Madagascar, 1895-1899*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

[20] B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa*, Londres, James Currey, 1992, 2 vols. Cf. J. Lonsdale, “States and Social Processes in Africa: A Historiographical Survey”, *African Studies Review*, vol. 24, núms. 2-3, 1981, p. 191.

[21] F. Cooper, *op. cit.*, y F. Cooper, *Decolonization and African Society; The Labor Question in French and British Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. XII.

[22] Cf. especialmente J. Comaroff y J. Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, I, *Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa*; II, *The Dialectics of Modernity on a South African Frontier*, Chicago, University of Chicago Press, 1991 y 1997, y J. Comaroff y J. Comaroff, *Ethnography and the Historical Imagination*, Boulder, Westview Press, 1992; F. Cooper y A. L. Stoler (coords.), *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997; T. Ranger, “The Invention of Tradition in Colonial Africa”, en E. Hobsbawm y T. Ranger (coords.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 211-262; A. L. Conklin, *A Mission to Civilize: The Republican Idea of Empire in France and West Africa*, Stanford, Stanford University Press, 1997; G. W. Johnson (coord.), *Double Impact: France and Africa in the Age of Imperialism*, Westport,

Greenwood Press, 1985; P. Blanchard y N. Bancel, *De l'indigène à l'immigré*, París, Gallimard, 1999.

[23] Cf., por ejemplo, E. F. Irschick, *Dialogue and History: Constructing South India, 1795-1895*, Berkeley, University of California Press, 1994, y el análisis de estudios subalternos de F. Cooper, “Conflict and Connection: Rethinking Colonial African History”, *American Historical Review*, vol. 99, núm. 5, 1994, pp. 1516-1545.

[24] Z. Laïdi, *Les contraintes d'une rivalité. Les superpuissances et l'Afrique (1960-1985)*, París, La Découverte, 1986; J.-F. Bayart, *The State in Africa*, París, Karthala, 1984, y J.-F. Bayart, *La politique africaine de François Mitterrand*, París, Karthala, 1984.

[25] J.-F. Bayart, *The State in Africa*, op. cit., p. 208.

[26] D. B. Cruise O'Brien, “Les élections sénégalaises du 27 février 1983”, *Politique Africaine*, vol. 11, septiembre de 1983, p. 8.

[27] Bayart, *The State in Africa*, op. cit., capítulo VII.

[28] J. Ferguson, *The Anti-Politics Machine: “Development”, Depolitization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[29] Para un análisis más profundo y matizado de la transición de Benín, cf. R. Benégas, “*La démocratie à pas de caméléon*”. *Transition et consolidation démocratique au Bénin*, mimeografiado, París, IEP, 1998, quien particularmente critica la noción de la “multilateralización de la revolución pasiva” planteada en el prefacio a la versión inglesa de J.-F. Bayart, *The State in Africa*, op. cit., p. xiii, y T. Bierschenk y J.-P. Olivier de Sardan (coords.), *Les pouvoirs au village. Le Bénin rural entre démocratisation et décentralisation*, París, Karthala, 1998.

[30] R. Marchal, *The Somali Post Civil War Business Class*, mimeografiado, Nairobi, 1996, y R. Marchal y C. Messiant, *Les chemins de la guerre et de la paix. Fins de conflit en Afrique orientale et australe*, París, Karthala, 1997.

[31] R. Marchal, “Les mooryaan de Mogadiscio. Formes de la violence dans un espace urbain en guerre”, *Cahiers d'Études Africaines*, 130, XXXIII-2, 1993, pp. 295-320; R. Bazenguissa-Ganga, “Milices politiques et bandes armées à Brazzaville. Enquête sur la violence politique et sociale des jeunes déclassés”, *Les Études du CERI*, 13, abril de 1996; P. Richards, *Fighting for the Rain Forest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*, Oxford y Portsmouth, James Currey/Heinemann, 1996; “Lumpen-culture and Political Violence; The Sierra Leone War”, *Afrique et Développement*, XXII, núm. 3-4, 1997; “Disciplines et déchirures. Les forms de la violence”, *Cahiers d'Études Africaines*, 150-152, XXXVIII-2-4, 1998; S. Ellis, *The Mask of Anarchy: The Destruction of Liberia and the Religious Dimension of an African Civil War*, Londres, Hurst & Co., 1999.

[32] C. S. L. Chachage, “The Meek Shall Inherit the Earth but not the Mining Rights. The Mining Industry and Accumulation in Tanzania”, en P. Gibbon (coord.), *Liberalised Development in Tanzania*, Upsala, Nordiska Afrikainstitutet, 1995, pp. 37-108.

[33] B. Hibou, *L'Afrique est-elle protectionniste? Les chemins buissonniers de la libéralisation extérieure*, París, Karthala, 1996; B. Hibou (coord.), *La privatization des états*, París, Karthala, 1999; Banégas, “*La démocratie à pas de caméléon*”, op. cit.

[34] Sobre la noción del Estado rizoma, cf. J.-F. Bayart, *The State in Africa*, op. cit., pp. 218 y ss., y sobre la creación de estructuras de sombra de poder, J.-F. Bayart, “*L'Afrique invisible*”, *Politique International*, 70, invierno de 1995-1996, pp. 287-299 y, con S. Ellis y B. Hibou, *The Criminalization of the State in Africa*, Oxford y Bloomington, James Currey/Indiana University Press, 1999, así como W. Reno, *Corruption and State Politics in Sierra Leone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, quien plantea la idea de un “Estado sombra”.

[35] J.-F. Bayart, *The State in Africa*, *op. cit.*, pp. 36-37. Semejante modelo teórico tiene que ser matizado, particularmente a la luz de la historiografía de la conducta campesina. Cf. Cooper *et al.*, *Confronting Historical Paradigms*, *op. cit.*, pp. 231 y ss.

[36] Cf. O. Vallée, “La dette publique est-elle privée? Traités, traitement, traité: Modes de la dette africaine”, *Politique Africaine*, 73, marzo de 1999, pp. 50-67, y varias obras de C. Messiant, quien ofrece una versión mucho más detallada de la economía política y la historia del gobierno de Angola que la que puede darse aquí: cf. especialmente C. Messiant, “La Fondation Eduardo dos Santos (FESA). À propos de l’investissement, de la société civile par le pouvoir angolais”, *Politique Africaine*, 73, marzo de 1999, pp. 82-101; C. Messiant, “Angola, les voies de l’ethnicisation et de la décomposition”, *Lusotopie*, 1994 a 1995; C. Messiant, “Angola, entre guerre et paix”, en R. Marchal y C. Messiant, *Les chemins de la guerre*, capítulo 4, y C. Messiant (coord.), *L’Angola dans la guerre*”, *Politique Africaine*, 57, marzo de 1995.

[37] Miller, *Way of Death*, *op. cit.*

[38] Cf. especialmente K. N. Chaudhuri, *Asia before Europe: Economy and Civilization in the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[39] Frank, *ReOrient*, *op. cit.*, p. 277, y el capítulo VI en general.

[40] Lonsdale, “States and Social Processes”, *op. cit.*, p. 139.

[41] Una tentación a la que el presente autor no siempre ha logrado resistir: véase “L’historicité de l’état importé”, en J.-F. Bayart (coord.), *La greffe de l’état*, pp. 20 y ss., mientras que A. G. Frank sigue aún sucumbiendo a ella (en *ReOrient*).

[42] D. Hochraich, *L’Asie, du miracle à la crise*, Bruselas, Complexe, 1999.

[43] Por ello, en mi libro *The State in Africa* (p. xx) evité dedicar todo un capítulo al lugar de África en las relaciones internacionales, como se hace en virtualmente cualquier obra comparable. Sobre la necesidad de sobreseer la distinción entre lo interno y lo externo, cf. B. Badie y M.-C. Smouts, *Le retour du monde. Sociologie de la scène internationale*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992, y J. N. Rosenau, *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

[44] Ellis, *The Mask of Anarchy*, *op. cit.*

[45] Desde mediados de la década de 1980 Crawford Young y Thomas Turner ya se estaban refiriendo a la “declinación” del Estado en una notable monografía sobre el sistema político de Zaire: *The Rise and Decline of the Zairean State*, Madison, University of Wisconsin Press, 1985. Esta idea ha sido explorada, después, en obras de sociología histórica, sociología del desarrollo y teoría de las relaciones internacionales y la globalización; cf., por ejemplo, I. W. Zartman, *Collapsed States: The Disintegration and Restoration of Legitimacy and Authority*, Boulder, Lynne Rienner, 1995; S. Strange, *The Retreat of the State: Diffusion of Power in the World Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; J. S. Migdal, *Strong Societies and Weak States; State-society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton, Princeton University Press, 1990; C. Clapham, *Africa and the International System: The Politics of State Survival*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; B. Badie, *La fin des territoires*, París, Fayard, 1995 y *Un monde sans souveraineté*, París, Fayard, 1999. El equivalente periodístico ha sido popularizado por R. D. Kaplan, “The Coming Anarchy”, *Atlantic Monthly*, febrero de 1994, pp. 44-76, quien comienza con una discusión sobre la guerra en Sierra Leona y se basa en el estudio militar de M. van Creveld, *On Future War*, Londres, Brassey’s, 1992.

[46] Cf., por ejemplo, el análisis del comercio exterior de África en Hibou, *L’Afrique est-elle protectionniste?*, y, sobre la inversión extranjera directa, F. Bost, “L’Afrique subsaharienne, oubliée par les investisseurs”, *Afrique Contemporaine*, 189, primer trimestre, 1999, pp. 41-61.

[47] Cf. J. Ferguson, *Expectation of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, Berkeley, University of California Press, 1999.

[48] Sobre este punto, cf. J. N. Rosenau, *Turbulence in World Politics. A Theory of Change and Continuity*, Princeton, Princeton University Press, 1990, p. 103. Sobre la privatización del Estado y de las relaciones externas, cf. las obras de B. Hibou, especialmente su ensayo en Bayart, Ellis e Hibou, *The Criminalization of the State*, así como las siguientes obras editadas por ella: “La privatisation de l'état”, *Critique Internationale*, 1, otoño de 1998; “L'état en voie de privatization”, *Politique Africaine*, 73, marzo de 1999; *La privatization des états*. Sobre la privatización de la seguridad, véanse especialmente P. Chapleau y F. Misser, *Mercenaires S. A.*, París, Desclée de Brouwer, 1998; G. Mills y J. Stremlau (coords.), *The Privatization of Security in Africa*, Johannesburgo, South African Institute of International Affairs, 1999; J. Cilliers y P. Mason (coords.), *Peace, Profit or Plunder? The Privatization of Security in War-torn African Societies*, Halfway House, Institute for Security Studies, 1999; W. Reno, *Warlord Politics and African States*, Boulder, Lynne Rienner, 1998.

[49] F. De Boeck, “Domesticating Diamonds and Dollars: Identity, Expenditure and Sharing in Southwestern Zaire (1984-1977)”, en B. Mayer y P. Geschiere (coords.), *Globalization and Identity. Dialectics of Flow and Closure*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 177-209.

[50] R. Marchal, “Les mooryaan de Mogadiscio”, *op. cit.*, p. 299.

[51] F. Cooper, “Africa and the World Economy”, *African Studies Review*, 24, 2-3, 1981, pp. 1-85.

[52] Lonsdale, “States and Social Processes”, *op. cit.*, p. 139.

[53] A. G. Hopkins, “The ‘New International Economic Order’ in the Nineteenth Century: Britain’s First Development Plan for Africa”, en Law (coord.), *From Slave Trade to “Legitimate” Commerce*, p. 249. Véase también la renovación de un debate sobre el imperialismo británico provocada por la publicación del estudio en dos volúmenes, obra de P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, Londres, Longman, 1993, y especialmente R. E. Dumett (coord.), *Gentlemanly Capitalism and British Imperialism: The New Debate on Empire*, Harlow, Addison Wesley Longman, 1999.

[54] P. Minard, *La fortune du Colbertisme. État et industrie dans la France des Lumières*, París, Fayard, 1998, y D. Dessert, *Argent, pouvoir et société au Grand Siècle*, París, Fayard, 1984.

[55] Bayart, *The State in Africa*, *op. cit.*

[56] Hibou (coord.), *La privatisation des états*, *op. cit.*

[57] Los ejemplos de Eritrea y Somalilandia no refutan esta observación, porque su independencia (o casi independencia, en el segundo caso) se efectuó sobre la base de un retorno a las fronteras coloniales. Por otra parte, rebeliones como las de Casamance (en Senegal) o de la franja de Caprivi (en Namibia) tienden más directamente a la integridad territorial del Estado, sin constituir ninguna amenaza realmente grave. ¡En Casamance el MFDC rechaza el término “separación” y en cambio aspira al de “independencia”, basando su reclamación en el hecho de que Zinguinchor estuvo ocupado por Portugal de 1641 a 1886! La posición adoptada por los frentes de “liberación” en Cabinda, Angola, es bastante similar.

[58] “Crisis in Central Africa”, *Africa Today*, 45, 1, 1998, especialmente el artículo de C. Newbury, “Ethnicity and the Politics of History in Rwanda”, pp. 7-24; L. H. Malkki, *Purity and Exile: Violence, Memory and National Cosmology Among Hutu Refugees in Tanzania*, Chicago, University of Chicago Press, 1995. El sobresaliente informe compilado por Africa Watch y la Fédération Internationale des Droits de l’Homme demuestra que el genocidio de tutsis de Ruanda, en 1994, pudo parecer legítimo a muchos hutus, y así logró obtener su participación, ya que fue organizado por el Estado, como bien se sabía; véase Human Rights Watch, *None Must Live to Tell the Tale*, Nueva York, 1999.

[59] G. Levi, *Le pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIe siècle*, París, Gallimard, 1989; B. von Krustenstjern y H. Medick, *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der*

*Dreissigjährige Krieg aus der Nähe*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998, comentado por O. Christin en *Le Monde*, 30 de octubre de 1998.

[60] Las referencias son, respectivamente, a las obras de Alf Lüdtke, especialmente en el volumen del que es coordinador, *Histoire du quotidien*, París, Coord. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1994, y Michel de Certeau, *L'invention du quotidien*, París, UGE, 1980. [Hay edición en castellano: *La invención de lo cotidiano*, traducción de Alejandro Pescador, México, UIA, 1999, 2 t.]

[61] F. Cooper, “Africa and the World Economy”, *op. cit.*, p. 22.

[62] Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, II, *op. cit.*, p. 21.

[63] G. Deleuze, *Pourparlers, 1972-1990*, París, Coord. De Minuit, 1990, p. 156 (refiriéndose a la obra de Foucault).

[64] Foucault, *La volonté de savoir*, *op. cit.*, p. 81.

[65] Foucault, *Dits et écrits*, IV, p. 785. Para mayor exploración de este tema, véase Bayart, “Fait missionnaire et politique du ventre”, *op. cit.*

[66] M. Foucault, *Le souci de soi*, París, Gallimard, 1984, p. 138.

[67] Berman y Lonsdale, *Unhappy Valley*, *op. cit.*, pp. 234-235; Conklin, *A Mission to Civilize*, *op. cit.*

[68] Véase, por ejemplo, sobre Francia, C. Guerin, *L'utopie scouts de France*, París, Fayard, 1997, y para Suiza, P. Harries, “Missionary Endeavour and the Politics of Identity in Switzerland”, *Le Fait Missionnaire*, 6, septiembre de 1998, pp. 39-69.

[69] A. Mbembé, *La naissance du maquis dans le Sud-Cameroun (1920-1960)*, París, Karthala, 1996, capítulo 8, sobre el “contrato moral” entre colonizadores y colonizados, expresado por medio de metáforas de parentesco.

[70] M. Weber, *Sociologie des religions*, París, Gallimard, 1996, pp. 142, 279, 333.

[71] Foucault, *La volonté de savoir*, *op. cit.*, pp. 162-163.

[72] Cf., por ejemplo, G. Kitching, *Class and Economic Change in Kenya: The Making of an African Petite-bourgeoisie*, New Haven, Yale University Press, 1980.

[73] Weber, *Sociologie des religions*, *op. cit.*, p. 138

[74] Dos monografías recientes resultan particularmente reveladoras sobre estos puntos y contribuyen a una naciente escuela de historiografía, interesada por los procesos de su subjetivación, más que por las relaciones sociales de clase o los movimientos de masas sociales y políticas: T. Ranger, *Are We Not Also Men? The Samkange Family and African Politics in Zimbabwe, 1920-1964*, Harare, Cape Town, Portsmouth y Londres, Baobab/David Philip/Heinemann/James Currey, 1995, y J. Iliffe, *East African Doctors. A History of the Modern Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[75] Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, II, *op. cit.*, pp. 79-80 y 401.

[76] J.-F. Bayart, “L'invention paradoxale de la modernité économique”, en J.-F. Bayart (coord.), *La réinvention du capitalisme*, París, Karthala, 1994, capítulo 1, y *L'illusion identitaire*, pp. 231 y ss.

[77] Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, vol. II, capítulo 5; véase también el debate sobre la “invención de la tradición”, especialmente Hobsbawm y Ranger (coords.), *The Invention of Tradition*; A. Smith, “The Nation: Invented, Imagined, Reconstructed?”, *Millennium*, vol. 20, núm. 3, 1991, pp. 353-368; T. Ranger, “The Invention of Tradition Revisited: The Case of Colonial Africa”, en T. Ranger y O. Vaughan (coords.), *Legitimacy and the State in Twentieth Century Africa. Essays in honour of A. H. M. Kirk-Greene*, Macmillan, Londres, 1993, pp. 62-111.

[78] *Marchés Tropicaux et Méditerranéens*, 18 de septiembre de 1987: 2548.

[79] G. Althabe, *Oppression et libération dans l'imaginaire. Les communautés villageoises de la côte orientale de Madagascar*, París, Maspero, 1969.

[80] Deleuze, *Pourparlers*, op. cit., p. 93.

[81] James Clifford, *The Predicament of Culture: Twentieth-century Ethnography, Literature and Art*, Cambridge, Harvard University Press, 1998, p. 15.

[82] *L'illusion identitaire*, op. cit., pp. 207 y ss.

[83] N. Monnier, “Stratégie missionnaire et tactiques d'appropriation indigènes. La mission romande au Mozambique, 1888-1896”, *Le Fait Missionnaire*, núm. 2, diciembre de 1995, p. 55; Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, vol. I, op. cit., pp. 186 y ss.

[84] D. Peclard, “Ethos missionnaire et esprit du capitalisme. La mission philafricaine en Angola, 1897-1907”, *Le Fait Missionnaire*, 1º de mayo de 1995, p. 76.

[85] Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, vol. II, op. cit., pp. 219-220.

[86] Comaroff y Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, capítulo 4; B. Weiss, *The Making and Unmaking of the Hara Lived World: Consumption, Commoditization and Everyday Practice*, Durham, Duke University Press, 1996, pp. 220 y ss.

[87] Véanse especialmente François Raison-Jourde, *Bible et pouvoir à Madagascar au XIXe siècle, Invention d'une identité chrétienne et construction de l'état 1780-1880*, París, Karthala, 1991, p. 218; J. D. Gandoulou, *Dandies à Baongo. Le culte de l'élégance dans la société congolaise contemporaine*, París, Harmattan, 1989; P. M. Martin, *Leisure and Society in Colonial Brazzaville*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 171-172, 154; T. Ranger, *Dance and Society in Eastern Africa 1890-1970. The Beni Ngoma*, Londres, Heinemann, 1975; A. Cohen, *The Politics of Elite Culture*, Los Ángeles, University of California/Los Angeles Press, 1981.

[88] Hibou, *L'Afrique est-elle protectionniste?*, op. cit. Cf. también B. Orlove (coord.), *The Allure of the Foreign: Imported Goods in Postcolonial Latin America*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997.

[89] B. Meyer, “Commodities and the Power of Prayer: Pentecostalist Attitudes Towards Consumption in Contemporary Ghana”, en Meyer y Geschiere (coords.), *Globalization and Identity*, op. cit., pp. 151-176; A. Ashforth, *Madumo. The Story of a Man Bewitched*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.

[90] Lonsdale, “States and Social Processes”, op. cit.; Cooper, “Africa and the World Economy”, op. cit.

[91] Y. Ouologuem, *Le devoir de violence*, París, Le Seuil, 1968.

[92] Young y Turner, *The Rise and Decline of the Zairean State*, op. cit., pp. 3 y ss. La pintura zaireana ha sido minuciosamente analizada por B. Jewswiecki, B. Jules-Rosette y J. Fabian; véase especialmente J. Fabian, *Remembering the Present. Painting and Popular History in Zaire*, Berkeley, University of California Press, 1996.

[93] C. Darlington y A. Darlington, *Africa Betrayal*, Nueva York, David McKay, 1968, p. 173; D. Bigo, *Pouvoir et obéissance en Centrafrrique*, París, Karthala, 1988, p. 169.

[94] *Le Monde*, 25 de mayo de 1983.

[95] Citado por Berman y Lonsdale, *Unhappy Valley*, op. cit., p. 107. Cf. también pp. 238-239.

[96] T. Ranger, *Peasant Consciousness and Guerrilla War in Zimbabwe. A Comparative Study*, Londres y Berkeley, James Currey/University of California Press, 1985, p. 292; P. Doornbos, “La révolution dérapée. La violence dans l'état du Tchad (1978-1981)”, *Politique Africaine*, núm. 7, septiembre de 1982, pp. 5-13.

[97] Cf. especialmente C. Geffray, *La cause des armes au Mozambique. Anthropologie d'une guerre civile*, París, Karthala, 1990; S. E. Hutchinson, *The Nuer Dilemmas: Coping with Money, War*

*and the State*, Berkeley, University of California Press, 1996; Ellis, *The Mask of Anarchy*, *op. cit.*

[98] Citado por Bigo, *Pouvoir et obéissance*, *op. cit.*, p. 169.

[99] M. Detienne y J.-P. Vernant, *Les ruses de l'intelligence. La métis des grecs*, París, Flammarion, 1974, p. 57.

[100] Luc de Heusch, *Le roi ivre, ou l'origine de l'état*, París, Gallimard, 1972.

[101] F. Eboussi Boulaga, *La crise du Muntu. Authenticité africaine et philosophie*, París, Présence Africaine, 1977, pp. 15-16.

[102] J. W. Roberts, *From Trickster to Badman: The Black Folk Hero in Slavery and Freedom*, Filadelfia, University of Pennsylvannia Press, 1989.

[103] Richards, *Fighting for the Rain Forest*, *op. cit.*

[104] Sobre las propiedades históricas de las sociedades africanas, *cf.*, por ejemplo, I. Kopytoff (coord.), *The African Frontier: The Reproduction of Traditional African Societies*, Bloomington, Indiana University Press, 1987; S. Berry, *No Condition is Permanent: The Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993; J. I. Guyer (coord.), *Money Matters: Instability; Values and Social Payments in the Modern History of West African Communities*, Portsmouth y Londres, Heinemann/James Currey, 1995; Weiss, *The Making and Unmaking of The Haya Lived World*, *op. cit.*; J. I. Guyer, “Traditions of Invention in Equatorial Africa”, *African Studies Review*, vol. 39, núm. 3, 1996, pp. 1-28; Richards, *Fighting for the Rain Forest*, *op. cit.*

[105] K. Bennafla, “La fin des territoires nationaux?”, *Politique Africaine*, núm. 73, mayo de 1999, pp. 24-49.

[106] G. ter Haar, *Halfway to Paradise. African Christians in Europe*, Cardiff, Cardiff Academic Press, 1998; P. Gifford, *Christianity and Politics in Doe's Liberia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[107] G. ter Haar, *Spirit of Africa. The Healing Ministry of Archbishop Milingo of Zambia*, Londres, Hurst & Co., 1992.

[108] Lüdtke, *Histoire du quotidien*, *op. cit.*, p. 6.

[109] B. O. Ogot, “Revolt of the Elders: An Anatomy of the Loyalist Crowd in the Mau Mau Uprising”, *Hadith*, núm. 4, 1972, pp. 134-148. Véanse también el comentario de la obra de Ogot por F. Cooper, “Conflict and Connection”, y Berman y Lonsdale, *Unhappy Valley*, *op. cit.*

[110] *Le Figaro*, 5 de agosto de 1999, p. 8.

[111] J.-P. Sartre, “Préface”, en F. Fanon, *The Wretched of the Earth*, traducción al inglés de C. Farrington, Nueva York, Grove Press, 1968, p. 7. [Hay edición en castellano: *Los condenados de la tierra*, traducción de Julieta Campos, México, FCE, 2001.]

[112] S. Zappi, “De plus en plus de jeunes étrangers isolés cherchent l'asile en France”, *Le Monde*, 7 de marzo de 2000, p. 7.

[113] A. Apter, “IBB = 419. Nigeria, Democracy and the Politics of Illusion”, en J. Comaroff y J. Comaroff (coords.), *Civil Society and the Political Imagination in Africa: Critical Perspectives*, Chicago, University of Chicago Press, 1999, pp. 267-307.

[114] A. Mbembe, “Provisional Notes on the Postcolony”, *Africa*, núm. 62, 1992, pp. 3-37, y “The Banality of Power and the Aesthetics of Vulgarity in the Postcolony”, *Public Culture*, vol. 4, núm. 2, 1992, pp. 1-30; B. Hibou, “The Social Capital of the Fraudulent State, or the Ruses of Economic Intelligence”, en Bayart *et al.*, *The Criminalization of the State*, *op. cit.*, pp. 69-113.

[115] J.-F. Bayart (coord.), *La greffe de l'état*, parte 2, sobre el “debate indio”, con colaboraciones de C. Hurtig, M. Gaborieau, S. Kaviraj, J. Manor y C. Jaffrelot.

[116] I. Pardo, *Managing Existence in Naples: Morality, Action and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 170.

[117] C. Coulon, “La tradition démocratique au Sénégal. Histoires d'un mythe”, en C. Jaffrelot (coord.), *Démocraties d'ailleurs. Démocraties et démocratisations hors d'Occident*, París, Karthala, 2000, pp. 67-92.

[118] C. Coulon, “La tradition démocratique”, p. 75.

[119] “Crime et politique en démocratie”, *Critique Internationale*, núm. 3, primavera de 1999, pp. 122-174.

[120] A. Appadurai, “Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy”, *Public Culture*, vol. 2, núm. 2, 1990, pp. 1-24.

[121] B. Badie, *Un monde sans souveraineté. Les états entre ruse et responsabilité*, París, Fayard, 1999.

## 2

# El crimen transnacional y la formación del Estado

La publicación de *La criminalisation de l'état en Afrique* [*La criminalización del Estado en África*], en 1997 en su edición francesa, y en 1999 en la de lengua inglesa,<sup>[1]</sup> desgraciadamente ha hecho más escándalo, en el mundito occidental-africano de lo “políticamente correcto”, que inaugurado un debate digno de ese nombre. En general la obra fue mal recibida y, nos atrevemos a decir, mal leída. Como es de rigor, sus autores fueron acusados de reducir África a la corrupción, o el crimen al África, despreciando toda verosimilitud para quien hubiese leído sus trabajos anteriores. Y precisamente los críticos más acerbos, al no poner en perspectiva ese breve ensayo junto con sus otras publicaciones, multiplicaron los contrasentidos. No es éste el lugar de responder en detalle, tarea que dejaremos para un artículo próximo. Baste por el momento poner las cosas en su punto, lo que debería alcanzar para centrar bien la discusión.

<sup>[2]</sup>

La necesidad de trabajar sobre la “criminalización del Estado” —y no sobre el Estado “criminal”, “mafioso”, “kleptócrata” o algo por el estilo— se nos impuso a todos, a comienzos del decenio de 1990, a partir de nuestras investigaciones o reflexiones en curso, y no para planear sobre un “aire de los tiempos”. Rechazábamos (y seguimos rechazando) los falsos dilemas entre el “afropesimismo” y el “afrooptimismo” y, dicho sea de paso, nos parecen fútiles las acusaciones de racismo o de condescendencia etnocéntrica que profieren contra nosotros aquellos de nuestros lectores que se esfuerzan por encerrarnos en discusiones ociosas. Un historiador especialista en Madagascar, en África del Sur y en la vida religiosa al sur del Sahara; un economista que por entonces estaba terminando una tesis sobre la liberalización del comercio exterior en los países de la zona franca;

un polítólogo comparatista que había intentado una problematización del Estado en África, observábamos, por una parte, una interferencia cada vez más evidente de la frontera entre lo lícito y lo ilícito y, por la otra, el desarrollo de actividades consideradas como criminales tanto por el derecho internacional como por las legislaciones nacionales. Ahora bien, esas evoluciones nos parecían indisociables de la historicidad propia del Estado en África y, al mismo tiempo, de los procesos de globalización más inmediatos, incluso en su dimensión discursiva. Por ejemplo, remitían a la historia del combate nacionalista, al “estar a caballo” sobre las posiciones de poder y los puestos de acumulación, a algunos de los repertorios culturales o “géneros discursivos” de la acción política, así como a la instrumentalización de los programas de ajuste estructural y de sus enunciados por las clases o los grupos dominantes, precisamente en el marco de sus estrategias de poder y de acumulación. Incluso remitían al desplazamiento de las luchas sociales con la mira en el control de los nuevos recursos de la extroversión en ese contexto de interferencia de la frontera de lo lícito y de lo ilícito que recubre el proceso de “privatización del Estado”. Dicho de otra manera, nos situamos en un trámite de sociología histórica de lo político, o de economía política en el sentido en que lo entendía Max Weber, y no en el de una taxonomía neoweberiana de inspiración parsoniana, con su concepto clave de neopatrimonialismo, que algunos de nuestros escritos rechazaban explícitamente.

Se trataba, pues, de reflexionar sobre un proceso histórico, a costa, por cierto, de un anglicismo en la versión francesa del libro —la “criminalización” del Estado— y no sólo en su acepción jurídica estricta (la operación de incriminación) sino como momento de su “formación”, por retomar la noción de Bruce Berman y de John Lonsdale. De allí se sigue que una serie de reproches que se han dirigido contra nosotros son infundados. No redujimos África a sus “élites”, como tampoco, desde luego, redujimos éstas al “crimen”. Nos interesamos en la “formación” del Estado al capricho de la acción del conjunto de los grupos sociales, y no simplemente en su “construcción” por intermediación de estrategias y de políticas públicas explícitas. Estamos preocupados por el surgimiento de un sistema de desigualdad y de dominación y, en la medida en que conceptualizamos éste en los términos foucaltianos de una “gobernametalidad”, resulta incoherente reprocharnos nuestro apego al

“individualismo metodológico”.<sup>[3]</sup> Como adversarios de la “ilusión identitaria”, evidentemente rechazamos toda lectura culturalista. Claro que un mayor sentido del humor (o, a falta de éste, un mejor conocimiento de nuestros trabajos) hubiese ayudado a nuestros críticos a comprender que utilizamos el concepto de “capital social” de manera irónica, en una época en que Robert Putnam, criticado por los historiadores y los polítólogos especialistas en Italia —nuestros colegas— era cooptado como intelectual orgánico de la “buena gobernanza” y del “etnodesarrollo” en el ámbito de la banca mundial. La incomprensión del trámite de la sociología histórica o de la economía política en algunos de nuestros lectores alcanza su punto culminante cuando ven una contradicción entre la formulación de los criterios de “criminalización del Estado” que nosotros planteamos —y que, por cierto, no se toman el trabajo de discutir— y nuestra conclusión, según la cual, en definitiva, raros son los Estados subsaharianos que responden al conjunto o a la mayor parte de esas normas. ¿No es lo indicado en la investigación científica plantear una hipótesis —en nuestro caso, la de la “criminalización del Estado”— y ponerla a prueba, dispuestos a reconocer que puede resultar errónea o que deba matizarse? ¿No es la mejor respuesta a todos los que nos reprochan aprisionar al África en el determinismo de una “trayectoria histórica” cerrada en sí misma y fijada en un “tipo ideal”, despreciando lo que hemos escrito en otra parte? ¿No es la mejor refutación del contrasentido que no evitan nuestros censores en cuanto al “corazón de las tinieblas”? Este último, en Conrad —y es así como lo citamos— no designa al África en sí misma, sino su inserción en la economía-mundo de la que Kurtz se hace siniestro cortesano y cuyo narrador era el testigo horrorizado.

Allí está, en todo caso, el “corazón” del contrasentido. Nuestro propósito no era “africanista” sino absolutamente comparativo. Consistía en aportar una piedra suplementaria al análisis de la formación del Estado en el contexto de su “privatización”, en ese momento de globalización que estábamos considerando. Allí están los hechos, que cada quien es libre de querer negar, si así lo desea, pero que nosotros habíamos recogido en el curso de terrenos precisos y de investigaciones efectuadas cada quien por su lado o en misiones comunes, aun si las colecciones en las que se publicó el libro en sus dos versiones o la naturaleza de las fuentes a las que tuvimos acceso no nos permitieron presentar estas últimas de modo sistemático. Y luego viene la interpretación o la problematización a las que da lugar la

agrupación de esas informaciones. Nosotros nos esforzamos por poner el acento en la constitución o la perpetuación de las relaciones de poder y de acumulación que, por su naturaleza misma, son conflictivas y que, menos que nunca, no son disociables del entorno regional o mundial en el cual se inscriben.

Desde ese punto de vista, la incapacidad de algunos de nuestros críticos para discutir los procedimientos económicos y financieros de ese proceso de “criminalización del Estado” resulta bastante frustrante. Desde luego, es más fácil intentar unos falsos procesos ideológicos. Sin embargo, tal es sin duda el problema, y he aquí al menos un punto de acuerdo “en el corazón” de la polémica. La cuestión de la eventual “criminalización” del Estado en África es del mismo carácter que la que se plantea en el resto del mundo, y no tiene nada que ver con una “africanidad” esencialista, como se nos imputa pensar. Se relaciona con la historicidad particular de la formación del Estado en el modo de producción capitalista. Acusarnos de hablar de África en un libro consagrado a África es una curiosa estratagema ofensiva. No menos desconcertante es ofuscarse porque se hable de “crimen” en un ensayo que toma a éste como objeto. ¿Se sospecha que los libros que tratan del hecho religioso o de la guerra en África reducen el continente a esos fenómenos? Es material de polémica estéril, de modo que vayamos a los hechos. ¿Qué se puede decir de novedoso sobre esta combinatoria entre la globalización y, singularmente, las políticas de liberalización económica y financiera de las que es portadora, la formación del Estado y las prácticas “criminales”, con respecto al derecho internacional o las legislaciones internacionales? La interrogación merece ser actualizada, pues desde la aparición de *La criminalisation de l'état en Afrique* el tema ha florecido en los debates y las disputas que suscita la mundialización.

En la proliferación de las “mafias” a favor de la liberalización económica y financiera, de la renta del narcotráfico y de la revolución de las telecomunicaciones, toda una bibliografía denuncia uno de los principales peligros a los que se enfrentaría la democracia. Las *joint ventures* establecidas entre los diferentes “medios” nacionales o etnonacionales —por ejemplo entre la mafia siciliana, los *mafya* de la CEI, las tríadas chinas, los cárteles colombianos, los narcotraficantes nigerianos — suelen citarse como otras tantas manifestaciones, si no de un gigantesco complot transnacional contra la soberanía legítima del Estado, al menos sí de su erosión mecánica bajo la presión del mercado y de la desviación de

éste.<sup>[4]</sup> La “cumbre de Praga” entre asociaciones de malhechores rusos e italianos, en 1993,<sup>[5]</sup> revistió así un alcance simbólico: en el apogeo de la globalización, los gángsters de todos los países estarían uniéndose para sacrificar la virtud de la república en el altar del crimen organizado.

Ahora bien, las investigaciones o los análisis mejor documentados desmienten semejante fantasmagoría, cuyas metas ideológicas o de seguridad a veces son transparentes.<sup>[6]</sup> Los actores de la “criminalidad transnacional global” no constituyen una categoría sociológica homogénea, ni desde el punto de vista de su organización interna, de sus repertorios culturales o de sus especializaciones, ni del de sus objetivos o sus campos de intervención. Estos últimos siguen siendo las más de las veces, por cierto, nacionales o locales, en lugar de estar realmente “mundializados”.<sup>[7]</sup> Por lo demás, nada indica que la proporción entre los asuntos legales y los asunto ilícitos —que, por cierto, están íntimamente imbricados, y no opuestos en una extranjerización recíproca— haya aumentado drásticamente, y las estimaciones del “producto criminal bruto” no se basan en ninguna metodología seria.<sup>[8]</sup> En fin, los grandes fenómenos políticos generalmente correlacionados con esta supuesta progresión de la criminalidad transnacional, en particular la corrupción y la guerra civil, no se reducen a eso. Uno de ellos procede, en primer lugar, del funcionamiento del mercado mundial, a iniciativa de las empresas más reputadas o de las administraciones públicas; la otra, de historias sociales tan complejas que son objeto de interpretaciones doctas pero contradictorias, como ocurre con el conflicto en Sierra Leona, que en todo caso no se reducen a problemas de “avidez” o de “quejas”, y que nos perdone Paul Collier, uno de los economistas de más renombre en la banca mundial.<sup>[9]</sup>

En suma, el “gran relato” del crimen transnacional global no resiste un examen de los hechos.<sup>[10]</sup> Donde el crimen entra en acción no necesariamente socava al Estado, la que sigue siendo una de sus funciones. Desde ese punto de vista, Susan Strange se equivocó al excluir la hipótesis de una “reconstrucción, sobre una base transnacional, de la especie de coexistencia simbiótica entre el Estado y el poder de la mafia que se reprodujo durante tanto tiempo en Italia, en China, en Colombia y en otras partes”.<sup>[11]</sup> La liberalización de las economías rusa o subsahariana y su integración en el mercado mundial ilustraron muy bien, durante los años noventa, la alianza entre las élites políticas y las élites depredadoras nacionales, por una parte, los bancos y las instituciones financieras e

internacionales, por la otra, bajo la mirada interesada, indiferente o impotente del Grupo de los 7. Los “oligarcas” y sus colaboradores poderosos que se han beneficiado de las privatizaciones de la época eltsina, o, en menor escala, los *feymen*, esos bandoleros que prosperan en los rincones de la restauración autoritaria del presidente camerunés Paul Biya, operan en la interfaz del Estado y de la globalización, obteniendo sus recursos del apoyo de personalidades bien ubicadas en el régimen y de sus dudosas actividades en el extranjero.[\[12\]](#)

Asimismo, el gobierno norteamericano no le ha hecho ascos a subcontratar su política de contención de la Unión Soviética en Afganistán a los servicios secretos pakistaníes, a los partidos o a los comandantes islámicos de la región y a redes musulmanas transnacionales, aceptando que esta *covert action* sea financiada no sólo por donativos de las familias principescas de la península arábiga o de simples creyentes, sino también por el comercio del opio.[\[13\]](#) En los meandros de esta “descarga”, el Bank of Credit and Commerce International (BCCI), fundado en 1972 por un financiero pakistaní tan tenebroso como carismático, Agha Hasan Abedi, y con apoyo del soberano de Abu Dhabi, el jeque Zayed, se especializó en la estafa financiera, en detrimento de sus depositarios, y ayudó a jefes de Estado a sacar la riqueza de su país, trabajó de la mano con Saddam Hussein y con Manuel Noriega y se entregó al tráfico de influencias en Washington o en Londres, beneficiándose de la ceguera y de la complacencia, si no de la complicidad, de la Reserva Federal Norteamericana, del Banco de Inglaterra, de la CIA y de la City.[\[14\]](#) Desde el punto de vista financiero, al-Qaeda es el cirujano de ese montaje que atestigua la reconstitución de la “coexistencia simbiótica”, en su dimensión transnacional y global, del Estado y del crimen.[\[15\]](#)

Este último lleva ya tiempo unido a la acumulación económica, a la regulación o a la centralización política, al control social de los pobres, de los opositores o de los detenidos, al ejercicio de la justicia y de la coerción, a la práctica de la guerra, a la reivindicación nacionalista, revolucionaria o democrática y, asimismo, a la represión de éstas. Figuras como el corsario, el pirata o el bandido —por ejemplo, el *shifta* etíope, el *gardan kolof* (“cuello grueso”) iraní, el *yakuza* japonés, el *celali* o el *agha* otomano, el berberisco argelino, el *mafioso* siciliano— nos ofrecen ejemplos clásicos. Sus herederos siguen manteniendo ese comercio ambivalente con el Estado, como lo demuestran al menos las situaciones de Japón, de Italia o de

Turquía. Sin embargo, no desaprovechan las oportunidades que abre la globalización, sobre todo en materia de comercio de estupefacientes, de tráfico de seres humanos o de contrabando de tabaco. La simultánea inscripción del crimen en el espacio nacional y en el proceso de mundialización aparece, de manera elocuente, a través de las colaboraciones más o menos duraderas que se establecen entre los “medios”, los servicios secretos, las policías, los ejércitos y sus fuerzas suplementarias, las élites políticas y diversas empresas —como compañías aéreas, armadoras, refinerías o productores de cigarrillos—, sobre todo cuando esas colusiones se entablan a la sombra de sanciones multilaterales declaradas en nombre del mantenimiento de la paz o de la no proliferación.

La deriva delictuosa de las economías balcánicas que ha ocupado la crónica de estos últimos años es una de las resultantes de las movilizaciones nacionalistas, de la creación de nuevos Estados sobre las ruinas de Yugoslavia, de la intervención de diferentes diásporas y de las medidas adoptadas por las Naciones Unidas o la Unión Europea en contra de quienes provocaron las guerras. La aplicación de esas sanciones, que varía de un país a otro, ha permitido a algunos de ellos, que estaban al margen o que gozaban de un régimen más favorable —especialmente Macedonia y Montenegro— presentarse como intermediarios entre el mercado mundial y Serbia, a la par o de manera complementaria con los otros Estados de la región —Grecia, Bulgaria, Rumania—, que contribuían a eludir el embargo que pesaba sobre las autoridades de Belgrado. La cooperación entre los dirigentes (o algunos de sus padres), los malhechores, las milicias, los partidos nacionalistas de Montenegro, de Serbia y de Bosnia-Herzegovina, han monopolizado el control de la importación y de la exportación fraudulentas de cigarrillos y del *dispatching* de inmigrantes clandestinos provenientes de Turquía, de Irán, de China, con destino a la Unión Europa vía Croacia. Las élites gubernamentales de los países vecinos que estaban implicadas en esos tráficos han obtenido de ello influencia diplomática ante Serbia, pero también ante Rusia, y ventajas en forma de comisiones o de beneficios comerciales. En el propio Belgrado la “concesión de contrabandos”, en particular de divisas extranjeras, fue un instrumento de autofinanciamiento de las fuerzas de seguridad, y al mismo tiempo de clientelismo político.<sup>[16]</sup> Charles Tilly veía claro, pues, al presentir que “la analogía entre la práctica de la guerra y la formación del Estado, por una

parte, y del crimen organizado, por la otra, está volviéndose trágicamente pertinente".<sup>[17]</sup>

A pesar de todo, la hibridación transnacional del Estado y del crimen no se limita al juego de actores circunscritos en circunstancias particulares. Parece un orden sistémico, que constituye uno de los engranajes del conjunto del Estado y del capitalismo mundial. En todo caso, es uno de los elementos de su geografía. La circulación de productos o de capitales ilícitos continúa pasando por el cedazo de la instancia estática a la cual confiere, aquí o allá, una parte de su vigor. ¿Cuál habría sido el destino de Chipre si no se hubiese beneficiado de la llegada de inversiones tenebrosas provenientes de Medio Oriente —en particular de Líbano durante la guerra civil— y de la Unión Soviética, desde el decenio de 1980, así como de los ingresos anexos de actividades francamente criminales, como la trata de seres humanos, que era uno de sus centros? Ahora bien, por intermediación de los bancos, de la bolsa, de las numerosas sociedades *offshore* y del sector de la inmobiliaria de otro Estado, en este caso Grecia, este dinero fue definitivamente "lavado" a los ojos de la Unión Europea, al mismo tiempo que flujos financieros o cantidades considerables de efectivo, provenientes de Rusia, de Ucrania, de Albania, de Yugoslavia y de otros países balcánicos. La propia economía helénica se benefició, de paso, en proporción no desdeñable. Así comprendida, la adhesión a la Unión, el ingreso a Eurolandia —¡"oh cuán honorables etapas desde el punto de vista de la buena gobernanza"!— se confunden en parte con gigantescas operaciones de *money laundering*. "Europeización *borderline*", dice irónicamente Béatrice Hibou, poniendo el acento en el "papel de las márgenes" en la integración del Viejo Continente y en sus relaciones con su medio.<sup>[18]</sup>

Asimismo, sería ilusorio tratar de explicar el crecimiento económico de Tailandia, de Singapur o de la China del Sur, y los acuerdos de poder entre actores políticos o entre grupos sociales que lo han hecho posible, si no se tuvieran en cuenta el contrabando y el fraude con Indonesia, ni la aportación de flujos ilícitos, especialmente de estupefacientes, provenientes de la vecina Birmania y de su transferencia hacia los mercados que representan otros Estados y que delimitan sus respectivas burocracias, en particular sus policías y sus aduanas: a saber, Japón, los Estados Unidos y la Europa Occidental.<sup>[19]</sup> El "neorregionalismo" a menudo toma la forma de esos binomios, asociando el "vicio" con la "virtud". Así, Romain Bertrand

recuerda que los “espacios carentes de herederos” de los archipiélagos del sureste de Asia, que se hicieron famosos por el asunto de los “rehenes de Jolo” en 2000, se articulan con los “intereses bien comprendidos” de los Estados de la región, y especialmente con su “privatización”: “Son extensiones en las cuales [ésta] se encuentra en su apogeo, es decir, donde se observa una cesión o una delegación de las prerrogativas de la realeza a actores ‘privados’ (las redes de la mafia, las grandes compañías concesionarias que trabajan en el sector de la madera, de los hidrocarburos o de los minerales)”; dicho de otra manera, zonas sobre las cuales descansa todo un fragmento de la economía política de los régímenes establecidos. [20] Con mucha razón, los compara con los “espacios de no Estado” (*non-state spaces*), relativamente inaccesibles, como las montañas, los pantanos o los bosques más densos que, según el antropólogo James Scott, han abrigado desde hace siglos a sociedades “cimarronas”, pueblos de fugitivos unidos con los reinos por un “mecanismo homeostático”:

Las montañas del sureste de Asia son “antiEstado”, al menos tanto como “no Estado” o “todavía no Estado”. Se pueblan, durante largos períodos históricos, de desertores, de quienes han evadido los impuestos y los servicios obligatorios, y de refugiados de la servidumbre, de derrotados en las luchas faccionales y de parias de todas clases, por no hablar de los disidentes religiosos, de los ermitaños, de los miembros de sectas heterodoxas que, podría decirse, representan a los “intelectuales orgánicos” marginados, añadiendo una dimensión simbólica al rechazo *práctico* del poder central que esas comunidades encarnan. La periferia montañosa del sureste de Asia es el negativo de la sociedad del centro, en términos de ecología, de práctica religiosa, de estructura social, de gobierno y de demografía. Y, sobre todo, por su población de fugitivos y de disidentes. [21]

Sin embargo, esos espacios de fuga y de disidencia han mantenido una relación sinérgica con el Estado, y con la economía-mundo en la cual se situaba —como bien lo han mostrado los historiadores y los antropólogos a propósito del “bandidismo social”— en el imperio otomano o en el nomadismo en el mundo del océano Índico y en el Asia central. [22] Y en la actualidad ocurre lo mismo.

Con mayor benignidad, se ha mostrado la recurrencia de los Estados contrabandistas en África, que hacen las veces de pulmones comerciales para los polos adyacentes de un crecimiento (relativamente) “virtuoso”. No obstante, algunos de ellos —en particular las Seychelles, Swazilandia, Lesotho, la Guinea Ecuatorial— explotan sin complejos los lucrativos filones de la economía internacional del crimen, especialmente del tráfico de estupefacientes. [23] Además, la explotación coercitiva o la exportación

fraudulenta de recursos minerales, animales o humanos están también allí estrechamente imbricadas con las redes políticas del Estado rizoma o de los movimientos armados que codician su control.<sup>[24]</sup> De igual manera, así es toda la ambigüedad de una ciudad-Estado como Dubai, alquilada por la competitividad de su zona franca y censurada por la opacidad de su bazar del oro, la que habría facilitado las maniobras de al-Qaeda y la proliferación de la tecnología nuclear de Pakistán.<sup>[25]</sup>

En definitiva, se confirma que la estructuración regional o global del sistema de Estados coincide, al menos parcialmente, con la expansión de las relaciones transnacionales, materiales o inmateriales, informales o ilícitas, e incluso que, más precisamente, emana de éstas. Consiste en un ajuste de formaciones nacionales cuyas relaciones recíprocas, a la vez intergubernamentales e intersociales, aseguran la fungibilidad de lo legal y de lo ilegal por medio de empresas, de bancos, de redes —criminales o no —, contribuyendo, a la vez, a la cristalización de la idea estatal y de su economía.

No es posible ocultar esta evidencia argumentando que los ejemplos invocados representarían en cierto modo las márgenes o las escorias del proceso de globalización, pues, en su propio centro, el “dinero sucio” favorece la consolidación de la potencia pública. En la mayor parte de las democracias occidentales financia los mecanismos de representación política. Esta interpretación no tiene nada de anecdótica, dado que un patrón como Silvio Berlusconi, cuyo enriquecimiento inicial está rodeado de misterio, asciende a la cabeza del gobierno italiano y allí organiza su propia impunidad. Incluso en Francia, al menos dos hombres, que desempeñaron las funciones de ministro del Interior, y que encarnaron con vigor la fibra “soberanista”, se beneficiaron de la larguezza de Estados “bandidos” o célebres por su “segunda economía”, así como de redes de asuntos transnacionales a veces tenebrosos, o francamente delictuosos; y una compañía petrolera como la Elf, una de las primeras empresas nacionales, durante largo tiempo sirvió de relevo a la política extranjera del Elíseo, de cobertura de los servicios secretos, de interfaz con regímenes africanos por lo menos equívocos, y *last but not least*, de instrumento de enriquecimiento ilegal. En seguida, la obsesiva invocación y la puesta en escena del “dinero sucio” (y de su “lavado”) acreditan la construcción ideológica de esta categoría sociológicamente improbable de la “criminalidad organizada transnacional” que justifica el exorbitante refuerzo de los poderes de la

policía o de diferentes administraciones represivas, en detrimento de las libertades, con el falaz pretexto de la lucha contra las “mafias” y pese al hecho de que los nuevos textos legislativos, redundantes, resultan ineficaces contra un enemigo cuya existencia dista mucho de estar demostrada.<sup>[26]</sup>

Desde la aparición de *La criminalisation de l'état en Afrique* se ha verificado, así, que las prácticas transnacionales de la criminalidad contribuyen a la formación del Estado, al sur del Sahara como en el resto del mundo, y que su elaboración fantasmagórica en el registro de la “globalización” no es su menor aportación a la centralización del poder. Vista desde este ángulo, la ecuación habitual entre la inmigración y la inseguridad, tanto en Europa o América como en los propios países africanos, no sólo revela la xenofobia ambiental. Se trata, pues, de una manifestación, como tantas otras, de esta banalización del “Estado de excepción” que ha denunciado el filósofo Giorgio Agamben.

---

[1] J.-F. Bayart, S. Ellis y B. Hibou, *La criminalisation de l'état en Afrique*, Complexe, Bruselas, 1997, y *The Criminalization of the State in Africa*, Oxford, Londres y Bloomington, The International African Institute/James Currey/Indiana University Press, 1999.

[2] Véanse especialmente, entre las reseñas críticas más profundas, A. R. Mustapha, “States, Predation and Violence: Reconceptualizing Political Action and Political Community in Africa”, Kampala, X Assemblée Générale du Codesria, 8-12 de diciembre de 2002, taller “État, identité politique, violence politique”, y D. F. Bryceson, “Of Criminals and Clients. African Culture and Afro-pessimism in a Globalized World”, *Canadian Journal of African Studies*, 34 (2), 2000, pp. 418-442 (así como la reseña de A. A. Abdi, *ibid.*, pp. 454-456). Y, para ejemplos de reseñas particularmente virulentas, ya que no inteligentes, véanse *African Studies Review*, 21 (1), junio de 1999, pp. 20-21; *The International Journal of African Historical Studies*, 32 (2-3), 1999, pp. 465-466; *Review of African Political Economy*, 26 (80), junio de 1999, pp. 305-306.

[3] Mustapha, “States, Predation and Violence”, *op. cit.* Sobre ese punto preciso me permito remitir al lector a J.-F. Bayart, *Le gouvernement du monde. Une critique politique de la globalisation*, París, Fayard, 2004.

[4] Véanse, en el seno de una inmensa bibliografía, y en géneros muy distintos, S. Strange, *The Retreat of the State. The Diffusion of Power in the World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, capítulo 8, y *Mad Money When Markets Outgrow Governments*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1998, capítulo 7, o J. de Maillard, *Le marché fait sa loi. De l'usage du crime par la mondialisation*, París, Fondation du 2 Mars, Mille et une Nuits, 2001.

[5] S. Handelman, *Comrade Criminal. Russia's New Mafiya*, New Haven, Yale University Press, 1995, p. 257.

[6] Véanse, por ejemplo, los trabajos del Institut de Criminologie de Paris, Université Paris-II/Panthéon Assas, y las obras de la colección *Criminalité Internationale* en las Presses Universitaires de France, bajo la dirección de Xavier Raufer.

[7] D. Gambetta, *The Sicilian Mafia. The Business of Private Protection*, Cambridge, Harvard University Press, 1993 [hay edición en castellano: *La mafia siciliana. El negocio de la protección privada*, traducción de Isabel Vericat Núñez, México, FCE, 2007]; F. Varese, *The Russian Mafia, Private Protection in a New Market Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

[8] G. Favarel-Garrigues, J. Cartier-Bresson, H. R. Friman *et al.*, “Mafias, banques, paradis fiscaux: La mondialisation du crime”, *L’Économie Politique*, núm. 15, 3er trimestre de 2002.

[9] R. Marchal y C. Messiant, “De l’avidité des rebelles. L’analyse économique de la guerre civile selon Paul Collier”, *Critique Internationale*, núm. 16, julio de 2002, pp. 58-68. Sobre la guerra de Sierra Leona, véanse el debate, a menudo bastante polémico, entre P. Richards, *Fighting for the Rain Forest*, *op. cit.*, y los diferentes colaboradores de “Lumpen Culture and Political Violence: The Sierra Leone Civil War”, *Afrique et Développement*, XXII (3-4), 1997, así como M. C. Ferme, *The Underneath of Things. Violence, History, and the Everyday in Sierra Leone*, Berkeley, University of California Press, 2001, y “Liberia, Sierra Leone, Guinée: La régionalisation de la guerre”, *Politique Africaine*, núm. 88, diciembre de 2002, pp. 5-102. Sobre el caso liberiano, véase S. Ellis, *The Mask of Anarchy. The Destruction of Liberia and the Religious Dimension of an African Civil War*, Londres, Hurst, 1999.

[10] R. T. Naylor, *Wages of Crime. Black Markets, Illegal Finance, and the Underworld Economy*, Ithaca, Cornell University Press, 2002.

[11] Strange, *The Retreat of the State*, *op. cit.*, p. 121.

[12] J. Sgard, *L’économie de la panique*, París, La Découverte, 2002, capítulo 4; S. Handelman, *Comrade Criminal*, *op. cit.*; V. Volkov, *Violent Entrepreneurs. The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*, Ithaca, Cornell University Press, 2002; J. R. Wedel, “Tainted Transactions, Harvard, the Chubais Clan and Russia’s Ruin”, *The National Interest*, primavera de 2000, pp. 23-34; D. Malaquais, “Arts de feyre au Cameroun”, *Politique Africaine*, núm. 82, junio de 2001, pp. 101-118.

[13] A. W. McCoy, *The Politics of Heroin. CIA Complicity in the Global Drug Trade*, Nueva York, Lawrence Hill Books, 1991.

[14] *The BCCI Affair*, “A Report to the Committee on Foreign Relations, United States Senate, by Senator Kerry and Senator Hank Brown”, Washington, D. C., diciembre de 1992; P. Truell y L. Gurwin, *False Profits. The Inside Story of BCCI, the World’s Most Corrupt Financial Empire*, Boston, Houghton Mifflin, 1992.

[15] *Le Monde*, 25 de septiembre de 2001, p. 5.

[16] F. Debié, “Les relations internationales illicites dans les Balkans occidentaux: État, criminalité et société”, *Le Revue Internationale et Stratégique*, núm. 43, otoño de 2001, pp. 102-111.

[17] C. Tilly, “War Making and State Making as Organized Crime”, en P. B. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (coords.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 186.

[18] B. Hibou, “L’intégration européenne du Portugal et de la Grèce: Le rôle des marges”, en S. Mappa (dir.), *La coopération internationale face au libéralisme*, París, Karthala, 2003, pp. 87-134, y “L’historicité de la construction européenne: Le secteur bancaire en Grèce et au Portugal”, *Les Etudes du CERI*, núm. 85-86, abril de 2002; S. Raffy, “Prostitution: Les nouvelles filières de l’esclavage”, *Le Nouvel Observateur*, 25 de noviembre de 1993, pp. 12-31.

[19] McCoy, *The Politics of Heroin*, *op. cit.*; P. Phongpaichit, S. Piriyanangsang y N. Treerat, *Guns, Girls, Gambling, Ganja. Thailand’s Illegal Economy and Public Policy*, Chiang Mai, Silkworm Books, 1998; W. G. Huff, *The Economic Growth of Singapore. Trade and Development in the*

*Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, en especial pp. 280-281; S. Mydans, “Sex King Sees Staid New World”, *International Herald Tribune*, 31 de julio de 2003, pp. 1 y 5; F. Bobin, “À Ruili, le trafic d’héroïne birmane prospère avant que la drogue ne parte vers l’Occident”, *Le Monde*, 10 de enero de 2003, p. 4; observación personal (Kunming y la frontera sino-birmana, septiembre de 1993).

[20] R. Bertrand, “L’affaire de la prise d’otages de Jolo: Un exemple de criminalisation du politique en Asie du Sud-Est”, *La Revue Internationale et Stratégique*, núm. 43, otoño de 2001, pp. 40-47, así como ““Asal Bapak Senang”: Tant qu’il plait à Monsieur. Le gouvernement pastoral comme matrice et alibi de la privatisation de l’état en Indonésie”, en B. Hibou (dir.), *La privatisation des états*, París, Karthala, 1999, capítulo 9.

[21] J. C. Scott, “La montagne et la liberté, ou pourquoi les civilisations ne savent pas grimper”, *Critique Internationale*, núm. 11, abril de 2001, pp. 86-104, y en especial 103-104. La expresión de *non-state spaces* es de Anna Tsing, *In the Realm of the Diamond Queen: Marginality in an Out-of-the-way Place*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

[22] K. Barkey, *Bandits and Bureaucrats. The Ottoman Rule to State Centralization*, Ithaca, Cornell University Press, 1994; M. E. Meeker, *A Nation of Empire. The Ottoman Legacy of Turkish Modernity*, Berkeley, University of California Press, 2002; K. N. Caudhuri, *Asia before Europe. Economy and Civilisation of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, capítulo 9.

[23] Véanse, por ejemplo, J. Roitman y G. Roso, “Guinée Équatoriale; Être ‘off shore’ pour rester ‘national’ ”, *Politique Africaine*, núm. 81, marzo de 2001, pp. 121-142; D. B. Coplan, “A River Through it: The Meaning of the Lesotho-Free State Border”, *African Affairs*, 100 (398), enero de 2001, pp. 81-116.

[24] Bayart, Ellis e Hibou, *La criminalisation de l’état en Afrique*, *op. cit.*

[25] *Le Monde*, 23 de octubre de 2002, p. 3; *ibid.*, 26 de febrero de 2003, p. 12; *ibid.*, 19-20 octubre de 2003, pp. 12-13; *International Herald Tribune*, 18 de febrero de 2002, pp. 1 y 7, y 13 de febrero de 2004, p. 2; R. Marchal (dir.), *Dubaï, cité globale*, París, CNRS Éditions, 2001.

[26] M. L. Cesoni (dir.), *Criminalité organisée: Des représentations sociales aux définitions juridiques*, Ginebra, Bruselas y París, Georg/Bruylant/LGDJ, 2004; G. Favarel-Garrigues, “‘Crime organisé transnational’ et lutte anti-blanchiment”, en J. Laroche (dir.), *Mondialisation et gouvernance mondiale*, París, Iris/PUF, 2003, pp. 161-173; “La création d’un dispositif institutionnel anti-blanchiment en Russie”, en G. Favarel-Garrigues (dir.), *Criminalité, police et gouvernement en Europe post-communiste*, París, L’Harmattan, 2003.

### 3

## Los enojados (y enojadas) de los estudios poscoloniales

En los noventa se presentaba en Brazzaville un grupo musical, los Très Fâchés [Muy Enojados]. Desconfiada, la seguridad los convocó para saber contra quién estaban enojados. “Pues, ¡contra el imperialismo, desde luego!”, respondieron. Hoy, los partidarios franceses de los estudios poscoloniales también parecen enojados, a juzgar por la lectura de un libro reciente, *Ruptures postcoloniales. Les nouveaux visages de la société française* [Rupturas poscoloniales. Los nuevos rostros de la sociedad francesa], bajo la dirección de Nicolas Bancel, Françoise Bernault, Pascal Blanchard *et al.* (París, La Découverte, 2010, citado como *Rp*). Pero el blanco de su cólera es un tanto incierto, aunque ellos lo designen por su nombre —Romain Bertrand, el FASOPO, su servidor— o, acaso más elípticamente, “nuestros colegas de la calle Monsieur-le-Prince” (?); “dos universitarios especialistas en cuestiones migratorias, uno de los cuales acaba de publicar una obra en las ediciones Belin y ha intervenido en las reuniones del CERI sobre los ‘poscoloniales en debate’ en abril de 2010”.<sup>[1]</sup>

La polémica forma parte de los repertorios universitarios legítimos, y sería tan estúpido como descortés ofenderme por ello. Pero es necesario que se mantenga razonada y que no se base en acusaciones infundadas ni en amalgamas injustificadas. Por higiene mental, tengo la costumbre de no responder a los insultos, sobre todo cuando provienen de amigos. Me atendré, pues, al debate intelectual, esforzándome por ocultar mi hilaridad cuando se afirma que “no existe en Francia ningún equivalente de los *postcolonial studies*, aplicado a la historia de las metrópolis. Tal es una historia que no tiene ni voz ni voto” (*Rp*: 16-17). Los directores de ese volumen, ¿no han publicado ya varios títulos en una editorial muy de moda, de la plaza de París? ¿No han sido sus análisis abundantemente transmitidos

por diferentes periódicos o revistas y por las ondas de *France Culture*? En el mundo universitario francés hay autores más desdichados. Tengo la sensación de escuchar nuevamente a Alain Finkielkraut quejarse, hace algunos años, de verse boicoteado por los medios comunicativos franceses cuando sus intempestivas opiniones sobre las afueras de las ciudades provocaron una bronca...

El mayor error fáctico que contienen los ataques de *Ruptures postcoloniales*<sup>[2]</sup> consiste en asimilar la refutación de los *postcolonial studies* al rechazo de la “revolución epistémica” a la cual apelaba Dipesh Chakrabarty o, peor aún, a la defensa del asedio de la nación francesa. En lo que a mí concierne, esta acusación me parece fuera de lugar, teniendo en cuenta mis habituales tomas de posición, así como los torrentes de lodo que me merecen de parte de la extrema derecha o de la derecha soberanista.<sup>[3]</sup> Por lo demás, resulta bastante significativo que Achille Mbembe y yo hayamos reaccionado inmediatamente y de manera similar después del discurso de Nicolas Sarkozy en Dakar, en julio de 2007, sin ponernos de acuerdo.<sup>[4]</sup> Pasmado me deja que Florence Bernault me haya clasificado entre los “nuevos Darwin” de la república (*Rp*: 171 y ss.) que le tienen pavor a su “identidad nacional” (“No sólo se trata de hablar técnicamente o de discutir sobre conceptos, sino de salvar el pellejo del país”). Mucho trabajo le cuesta a Florence, por cierto, citar uno solo de mis renglones como base del deslizamiento que hace de mis trabajos para unirlos a los de Bertrand Badie, Dominique Schnapper, Jean-Pierre Rioux o Jean-Loup Amselle, a quienes hace referencia y hacia los cuales puedo sentir respeto profesional, pero con quienes mis divergencias teóricas son públicas y notorias. Para todo el que conoce los debates en ciencias sociales, esa amalgama es surrealista.

### Can the postcolonial studies speak? and hear?<sup>[\*]</sup>

Más importante aún es que Florence Bernault, quien me ha parecido decididamente más inspirada en sus notables investigaciones como historiadora del África central, oculta mis escritos anteriores, en los cuales he desarrollado puntos convergentes con algunas de las preocupaciones de

los estudios poscoloniales, cuando no comete un contrasentido respecto a ellos. Así, el tema de la “banalidad”, con el cual yo comenzaba *L'état en Afrique. La politique du ventre [El Estado en África. La política del vientre]*, París, Fayard, 1989, y que por entonces sonó como una provocación, pretendía, precisamente, rechazar toda aprehensión tropical de las sociedades africanas, considerándolas en tanto que sociedades “como cualquier otra” y cuya única singularidad era la de su propia historicidad, y negarme a aglutinarlas al modo de una “otredad” radical, en lo cual los autores de la introducción a las *Ruptures postcoloniales* están en perfecto acuerdo conmigo (véase, por ejemplo, la p. 17). Por otra parte, Florence Bernault relaciona curiosamente la noción de “banalidad”, esa “herramienta forjada a finales de los años setenta por Jean-François Bayart como instrumento de las sociedades políticas africanas”, con mi apreciación de los estudios poscoloniales.<sup>[5]</sup> Ya se habrá comprendido que esas dos banalidades no tienen nada que ver la una con la otra.

Asimismo, el tema de la hibridación, tan recurrente en los *postcolonial studies*, es omnipresente en mis escritos desde la década de 1980 — singularmente en *L'illusion identitaire [La ilusión identitaria]*, París, Fayard, 1996 —, lo que no tiene nada de sorprendente, ya que nuestras referencias teóricas a menudo son comunes, comenzando por lo que se ha llamado la *French theory* y la antropología posmoderna. Los autores de la introducción de *Ruptures postcoloniales* escriben, igualmente, que “si no se termina nunca con la negociación de la identidad política, la cuestión fundamental no es la de la alternativa entre lo universal abstracto y el particularismo” (p. 33). En ese mismo libro, que recusaba los conceptos de identidad y de cultura, yo afirmaba que “la universalidad equivale a la reinvenCIÓN de la diferencia” y que “no hay ninguna necesidad de convertir a ésta en antecedente de aquélla”: “La alternativa no está entre el universalismo por uniformación, despreciando la diversidad de las ‘culturas’, y el relativismo por la exacerbación de las singularidades ‘culturales’, a costa de algunos valores fundamentales” (*L'illusion identitaire*, p. 243). También es sorprendente que los directores de *Ruptures postcoloniales* citen el texto de Foucault, sobre la *Aufklärung*, el mismo que yo cité en *L'illusion identitaire* cuando definía la “modernidad” (respectivamente p. 29 y pp. 240-241 de nuestras dos obras).

Podría multiplicar los ejemplos de conclusiones o de hipótesis que desde hace 30 años comparto con los *postcolonial studies* (o con la

antropología posmoderna), por haberlos leído y haber dialogado con algunos de sus representantes. Me pregunto, pues, por las acusaciones que me hacen, tal vez por desconocimiento de causa, ya que *Le gouvernement du monde. Une critique politique de la globalisation* [El gobierno del mundo. Una critica política de la globalización], París, Fayard, 2004, así como *L'illusion identitaire* (disponibles ambos, sin embargo, en inglés), parecen ignorados por mi muy enojada colega. Además, su lectura (o tal vez su relectura) le habría evitado creer que yo pretendo ser el fundador de la “sociología histórica de lo político” (Rp: 165, especialmente la nota 24), puesto que no dejo de citar a Tocqueville, Marx, Max Weber, Gramsci, Edward P. Thompson, Barrington Moore, Richard Bendix, Perry Anderson, ¡y que nunca he pretendido inventar nada! También le habría evitado escribir: “Y como la sociología histórica de lo político se concentra, pese a sus negativas, en la gobernanza, las instituciones y los grupos sociales ‘portadores de las transmisiones hegemónicas’<sup>[6]</sup> (léase, los dominantes), no hemos salido del albergue de los prejuicios de la realeza” (Rp: 173). Esto es como si yo no hubiera desarrollado nunca la problemática de lo “político por abajo” entre 1979 y 1983, afín a los *subaltern studies* y a la *microstoria*, así como a la historia *from below* de la revista *Past and Present*, pero sobre todo a la *Écriture de l'histoire* [Escritura de la historia] de Michel de Certeau y a las obras de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Paul Veyne. Como si yo no lo hubiera prolongado mediante el enfoque de la enunciación de lo político, a partir de 1984. Como si yo no hubiese retomado, a comienzos de los años noventa, la distinción entre la construcción y la formación del Estado que hacen Bruce Berman y John Lonsdale, obsesiva en mis escritos. Como si yo no hubiera hecho del Estado una definición gramsciana en términos del Estado integral, y no institucional y normativa, en tanto que “gran fetiche de los pensadores políticos franceses” (Rp.: 176). Como si el objeto de mi predilección no fuera, desde mi primer libro *L'état au Cameroun* [El Estado en Camerún], París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1979, la “investigación hegemónica” que me he esforzado por captar, mediante las prácticas de la cultura material y sus técnicas del cuerpo, en mis libros personales y en una obra codirigida con Jean-Pierre Warnier, *Matière à politique. Le pouvoir, les corps et les choses* [Lugar a la política. El poder, los cuerpos y las cosas], París, Karthala, 2004.

En fin, para todo el que haya leído esas páginas, resulta falso sostener que la investigación francesa se ha negado a reflexionar sobre el Estado colonial —siempre en el sentido gramsciano del concepto— y la reverberación de éste en el seno de las metrópolis.<sup>[7]</sup> Asimismo, Florence Bernault habría hecho bien en consultar el *État colonial, noblesse et nationalisme à Java. La tradition parfaite [Estado colonial, nobleza y nacionalismo en Java. La tradición perfecta]*, París, Karthala, 2005, un libro de 800 páginas, de Romain Bertrand, cuya colaboración buscó “en vano” en el número “L’état colonial” que él codirigió en *Politix* (Rp: 165, nota 22). Ciertamente, no se puede leerlo todo por falta de tiempo. Pero la ignorancia relativa, desgraciadamente inevitable en nuestro oficio, no autoriza la malignidad inútil.

Así, mi frase crítica sobre los *postcolonial studies* se sostiene. No es que los ignore. Pretenden ser “conceptos circulantes” (Rp: 34), pero yo no formo parte del grupo que dice “¡Circulen, no hay nada que ver!” Sin embargo, persisto y vuelvo a afirmar lo que dije durante el coloquio organizado en el CERI por Marie-Claude Smouts los días 4 y 5 de mayo de 2006: “Desde el punto de vista de las ciencias sociales, los estudios poscoloniales son, a la vez, útiles, superfluos, bastante poblemente heurísticos y políticamente peligrosos”.<sup>[8]</sup> Para preparar una sesión de los London Debates dedicada a ese tema, en la School of Advanced Studies, en la que yo debía participar el 14 y el 15 de mayo, releí *Les études postcoloniales, un carnaval académique [Los estudios postcoloniales, un carnaval académico]*, París, Karthala, 2010, citado *infra* como *Ep*, que había publicado dos meses antes y cuya versión inicial causó la furia de los directores de *Ruptures postcoloniales*. Para decirlo sin reticencias, mi ensayo me pareció bastante moderado, y no retiraré ni una palabra de sus renglones, ni de mi comunicación oral durante el coloquio del CERI (el texto publicado es una transcripción escrita, y de allí su tono ágil). Me asombra que lo que es posible en Londres —a saber, una discusión razonada y tranquila con los adeptos de los *postcolonial studies*, como aquella que acabo de vivir— no lo sea en París.

Más aún me asombra que los directores de *Ruptures postcoloniales*, tan dispuestos a arrastrarme por el lodo de mi traición social, hayan aceptado el capítulo de Anne McClintock.<sup>[9]</sup> En efecto, ese texto expresa precisamente una posición idéntica a la mía, sin provocar sus furias (Rp: 96-104):

Una parte de los estudios poscoloniales se ha levantado contra la noción imperial de tiempo lineal. Y sin embargo, tanto como la exposición, el término poscolonial insinúa la figura misma del desarrollo lineal que pretendía exorcizar [p. 102]. La escena poscolonial sólo se despliega a costa de una suspensión hipnótica de la historia, como si los acontecimientos históricos definitivos hubiesen precedido a nuestra época y no estuvieran apenas forjándose. Si la teoría promete descentrar la historia por la hibridez, el sincretismo, la multidimensionalidad del tiempo, y así sucesivamente, la singularidad del término hace un recentramiento de la historia global en torno de la rúbrica única del tiempo europeo. El colonialismo regresa en el momento mismo de su desaparición [p. 102]. El prefijo “pos” encierra, así, las culturas en un tiempo preposicional aun cuando se situaran más allá del colonialismo. El término confiere al colonialismo el prestigio de la historia propiamente dicha. El colonialismo se convierte, así, en el marcador determinante de la historia [...] En otras palabras, las múltiples culturas de ese mundo no se caracterizan, positivamente, por lo que las distingue, sino por la relación subordinada y retrospectiva que mantienen con el tiempo lineal europeo. De igual manera, el término denota una cierta reticencia a renunciar al privilegio que permite aprehender el mundo a través del prisma de una abstracción aislada y ahistórica. Revisando la reciente cosecha de artículos y de libros dedicados al poscolonialismo, llama la atención el hecho de que el término rara vez se emplee para hacer referencia a una multiplicidad [p. 103]. De manera más problemática, la ruptura histórica sugerida por el prefijo “pos” desmiente, a la vez, las continuidades y las discontinuidades que han dado forma a las herencias de los imperios coloniales europeos y británico (por no mencionar las potencias imperiales islámicas, japonesa, y otras más). En el mismo momento, las diferencias políticas *entre* las culturas se encuentran subordinadas a la distancia temporal que las separa del colonialismo europeo [p. 103]. ¿Puede decirse, de manera sensata o teóricamente rigurosa, que la mayor parte de los países del planeta comparten un pasado común o una condición única común que podría llamarse la condición poscolonial o la poscolonialidad? La historia plural de la colonización de África es también, en gran medida, la historia de las múltiples colisiones entre los imperios europeos y árabes, y la miríada de Estados dinásticos y de culturas africanas. ¿Se podrá comprender mejor a esos países diciendo que han sido exclusivamente formados por la experiencia “común” de la colonización europea? De hecho, aunque hayan sido profundamente transformados por la colonización de numerosas culturas de África, de América del Sur, del Caribe o de Asia, no necesariamente tienen como preocupación principal su contacto anterior con el colonialismo europeo [p. 103]. Mi asombro no se debe tanto a la sustancia de la teoría poscolonial —que en gran parte me parece admirable— cuanto a la orientación de la disciplina en proceso de formación, así como a las teorías y las transformaciones concomitantes de la enseñanza, estructuradas alrededor de un término monológico y singular, utilizado de manera ahistórica y abrumado por una imagen del progreso lineal heredado del siglo XIX [pp. 103-104].

¡Tendrán que explicarme por qué los mismos autores que aceptaron esos renglones en su obra se indignan por los que escribí yo en *Les études postcoloniales. Un carnaval académique!*! Lo que les molestó ¿fue el título, o la metáfora del carnaval, o la observación según la cual los *postcolonial studies* participan “en la reproducción de la hegemonía colonial, en particular en la de las categorías identitarias nacidas de ésta [...] no sin invertirlas, naturalmente” (Ep: 66), y que aparecen como “un momento de liberación que en nada pone en peligro al ascendente del utilitarismo

triunfante del *rational choice* en la universidad americana o noratlántica” (Ep: 67)? Pero Anne McClintock hace la misma observación:

El imperialismo se desarrolló como un proyecto contradictorio y ambiguo, determinado tanto por las tensiones en el seno de la política metropolitana y los conflictos internos de las administraciones coloniales —en el mejor de los casos, una serie de episodios *ad hoc* y oportunistas— como por las diferentes culturas y los contextos en los cuales hacían irrupción los colonizadores, así como por las reacciones y las resistencias contrastadas que suscitaban. Por consiguiente, yo dudo de que los binomios establecidos —colonizadores/colonizados, sí mismo/otro, dominación/resistencia, metrópoli/colonia, colonial/poscolonial— sean capaces de dar cuenta de las tenaces herencias del imperialismo, por no hablar siquiera de ofrecer estrategias de resistencia. Históricamente derivados del maniqueísmo metafísico de las Luces —imperiales ellas mismas—, *esos binomios se arriesgan simplemente a invertir, en lugar de derribar, las formas dominantes del poder* [p. 104, cursivas mías].

¿No puede decirse en francés cualquier verdad? Y para hacerla legítima, ¿no deben los subalternos valerse de la mediación de la lengua del nuevo *imperium* intelectual? Y la arrogancia cultural que les atribuyen algunos de los autores de las *Ruptures postcoloniales*, ¿no es el signo imborrable de la insolencia del indígena, así sea nuevo? Temo que el caso de los *postcolonial studies* se agrave, en mi opinión y en la de algunos otros, por esa paradoja.

La dificultad del intercambio con esa corriente es que pretende ser todo, su opuesto incluido. Cuando se trata de sermonear, se presenta en singular; cuando se somete al ejercicio ordinario de la crítica científica, cae en el plural, lo que produce frases de esta índole: “Como puede verse, *el* pensamiento poscolonial es *un* pensamiento de *múltiples* entradas” [Rp: 21, cursivas mías]. ¡Terminemos! ¿Sí o no existen los estudios poscoloniales? *Can the postcolonial studies speak?* En caso afirmativo, ¡que no respondan por medio de invectivas a las objeciones que se les hagan!

### Sobre la predicación en un medio autista

Pero el autismo exige una paciencia infinita. Sigamos argumentando. El problema se debe, sin duda, a la pluralidad de los registros en los que se sitúan los fanáticos de la secta. Los estudios poscoloniales proceden, en parte, de los estudios literarios. A ese respecto, confieso mi incompetencia, lo que no me impide ser un gran lector y admirador de las novelas derivadas de esta sensibilidad, especialmente las de lengua inglesa. Es bastante normal que los autores que participan en esa corriente prefieran los textos, y

también es bastante normal que los sociólogos de lo político no se satisfagan con ellos, pues tienen por objeto las prácticas. Además, los estudios poscoloniales pretenden derivarse de un humanismo crítico del que yo observaba, en mi ensayo, que “es tónico, pero fuera de propósito en una primera etapa” (*Ep*: 38), la de las ciencias sociales que constituían mi rasero. Sobre ello, Achille Mbembe, a la manera de los sociólogos, nos ofrece de nuevo una bella ilustración en el capítulo 22 de *Ruptures postcoloniales* (y en su capítulo 15, tomado de un texto más antiguo), al invitarnos a reconocer lo “impensado de la raza”. Nunca he ocultado mis propias afinidades con este radicalismo filosófico. Al fin y al cabo, ¿no fui yo el primer editor de su obra *De la postcolonie [Sobre la poscolonial]*, aparecida en Francia un año antes de la edición norteamericana, en la colección “Les Afriques”, de la cual yo era director en ese entonces? Por ejemplo, soy uno de los franceses que han celebrado el movimiento social de los suburbios de noviembre de 2005, pues no veo por qué se negaría a los jóvenes, que se consideran ofendidos en su dignidad cívica, los mismos medios de protesta que se admiten por parte de los campesinos o de los pescadores del “cuerpo tradicional francés”, como dice el senador Longuet. Si no quieren cometer un gran contrasentido, los partidarios de los estudios poscoloniales no deberían ocultar esta línea de convergencia, por muy molesta que sea a sus ojos (y a sus premisas).<sup>[10]</sup> Y deben resignarse a la idea de que no tienen el monopolio de la radicalidad ni el de la ambición de una necesaria revolución epistémica, de la que sólo lamento, mientras nadie demuestre lo contrario, que no la hayan conducido mejor. Por último, interviene el plano de las ciencias sociales sobre el cual expresé mis reservas acerca del punto de vista de este enfoque tan “banal”, querida Florence, de la sociología histórica de lo político. Aquí, los equívocos son, sin duda, de orden disciplinario. La mayoría de los partidarios de los estudios poscoloniales proviene de los estudios literarios o de la historia, y no necesariamente están familiarizados con conceptos de la sociología histórica de lo político por medio de los cuales me expreso.<sup>[11]</sup>

Pondré un ejemplo. Eric Fassin, americanista de renombre y viejo cómplice mío, me reprochaba amigablemente la expresión “emociones arrabaleras” que empleo en la introducción a mi ensayo *Les études postcoloniales, un carnaval académique*, y que él consideró condescendiente. “¡Claro que no!”, le contesté. Se trata de un guiño a la fórmula del antiguo régimen, las “emociones frumentarias” que designaban

lo que hoy se llamaría los motines del hambre, y de un guiño a la elaboración del concepto de economía moral que inspiraron al gran historiador de la formación de la clase obrera inglesa, E. P. Thompson, una de las referencias de los *subaltern studies*. Dicho de otra manera, me proponía dar sus cartas de nobleza a ese movimiento social de noviembre de 2005, por una parte científicas, por la otra políticas, arrancándolo a las interpretaciones polémicas y relativas a la seguridad que lo descalificaban, inscribiéndolo en la doble narrativa de la historiografía marxista y de la historia nacional francesa. Los equívocos de esta clase son inevitables entre todos nosotros, provenientes de horizontes distintos, y no por eso es necesario enseñar las garras para disiparlos.

Dicho más extensamente, las diferencias en la recepción de los estudios poscoloniales en Francia y en el Reino Unido —cuando existen: los mismos críticos se entienden en las dos orillas del canal (o del océano Atlántico)— encuentran una buena parte de su explicación en la historicidad de las sociedades y de sus respectivos planteles universitarios. Conocemos el lugar de los *cultural studies* y la influencia, del otro lado del canal, de E. P. Thompson, quien reintrodujo la esfera de las prácticas culturales, en particular las religiosas, en el análisis de las relaciones sociales de producción.<sup>[12]</sup> Su impacto fue menor en Francia, aun si Richard Hoggart fue traducido allí —mucho antes que E. P. Thompson— y si Georges Balandier sembró, en el debate antropológico del hexágono, los granos de la escuela de Manchester, con un profundo aporte, en su *Sociologie actuelle de l'Afrique noire* [*Sociología actual del África negra*], una soberbia ilustración de la *agency* de las sociedades colonizadas. En cambio, ahí se llevó a cabo una reflexión crítica paralela o convergente: por una parte, y en una perspectiva neoalthusseriana, por Nicos Poulantzas, y por la otra, por Bourdieu, Foucault y Certeau. La recepción diferenciada de los *postcolonial studies* en los dos países es tributaria de sus respectivas tradiciones intelectuales, lo cual carece de importancia, ya sea colonizado o poscolonial.

Esta recepción diferenciada también es tributaria de la configuración histórica y de las políticas en materia de inmigración de Gran Bretaña y de Francia. Simplificando, a grandes rasgos —y todos sabemos hasta qué punto esta distinción es casi tan rebatible como la oposición canónica entre la *indirect rule* y la administración directa que se atribuye a los dos imperios—, el modelo del multiculturalismo británico es distinto del de la

integración a la francesa. Puede que sea cierto o posible. Pero, sobre todo, me parece que la separación de los cultos y del Estado, en 1905, es una singularidad francesa que deberíamos tener doblemente en cuenta desde el punto de vista que nos ocupa. En primer lugar, contribuyó a “indigenizar” a los indígenas, ya que no se aplicó a las colonias, especialmente no en Argelia, donde se exploró una forma neootomana de subordinación del islam al Estado. En segundo lugar, descalifica, borra u oculta, eventualmente de manera autoritaria, como se puede ver hoy en los proyectos de ley sobre la *burka*, uno de los modos de presencia social de los originarios de las antiguas colonias.

Por otra parte, los antiguos *dominions*, en particular Australia y la India —subpotencia colonizadora tanto como sociedad colonizada—,[13] fueron las primeras matrices de los *postcolonial studies* en el dominio de los estudios literarios o de la historia. En el imperio colonial francés no se encuentra un equivalente de este género de posesiones. Fuese cual fuere su importancia en los itinerarios profesionales de los administradores de las colonias o en el reclutamiento de cuadros imperiales indígenas, Argelia no ocupó un lugar similar en la arquitectura global del imperio de color de rosa, no más que el Senegal o Dahomey. Asimismo, un Aimé Césaire escoge la “departamentalización” antes que la independencia, la cual a veces fue impuesta a líderes nacionalistas que no la querían y que llegarían a ser los heraldos de la “Francáfrica”, a la manera de Félix Houphouët-Boigny o de Léon Mba. Por último, el verdadero resorte del imperialismo británico fue financiero y liberal,[14] orientación sobre la cual los *postcolonial studies* se muestran, por cierto, taciturnos y que, a fin de cuentas, se impone menos en el caso francés, cualesquiera que fuesen los grandes éxitos del Banco de Indochina y de la banca otomana.

En lugar de razonar de manera abstracta y normativa sobre la propensión de nuestros diferentes países a endosar o a abandonar los estudios poscoloniales, más valdría interrogarse sobre las condiciones históricas concretas de su circulación, ya que las mismas quieren ser circulantes. Séame permitido aquí deplourar nuevamente que éstas renuncien en Francia a la ambición inicial de los *subaltern studies*, “salvar la historia de la nación” según el bello título de Prasenjit Duara,[15] dedicándose a un discurso taciturno de la república sobre sí misma. La lectura de las *Ruptures postcoloniales* no me permite esgrimir esta objeción.

Tampoco me permite estar seguro de que mis críticos capten bien lo que he escrito. Así, Florence Bernault cree pillarme en una contradicción a la que me condenaba mi burlón deseo de “confundir la hipótesis de las herencias coloniales” (*Rp*: 169). Para empezar, lo repito, se equivoca al pensar que estoy desestimando la parte del legado en las metrópolis, de lo que trataba el capítulo 4 del *Gouvernement du monde* (*Rp*: 170, en especial la nota 39). Sencillamente, que se apoya en el informe del FASOPO —modestísima sociedad culta y subsidiaria, transformada por las circunstancias en hidra universitaria, ¡para gran estupor de su presidente!— para afirmar que tenía por objeto explícito el legado en las sociedades antes colonizadas. Esto es lo que se llama construir su objeto. Luego, mi propósito nunca fue negar el legado colonial sino comprender su historicidad, y especialmente la historicidad de su reproducción, identificando los repertorios de lo político que ha engendrado, desenredando los modos de su enunciación e identificando sus grupos portadores, todo ello en los términos de la sociología weberiana, por una parte, y de mi problemática de la enunciación de lo político, por la otra. Permítaseme citarme, ya que parece que fui leído con demasiada rapidez:

El paso del momento colonial al Estado contemporáneo es el de un engendramiento contingente. Plantear entonces la hipótesis de la continuidad del uno al otro no equivale a condenarse a validarla. El supuesto encadenamiento, la concatenación de lo colonial a lo poscolonial, procedería menos de la necesidad de la causalidad que del azar de las prácticas sociales y de su ambivalencia, o de la arbitrariedad de los contextos históricos. Y, en los hechos, toda continuidad está tejida por discontinuidades, como hemos escrito a menudo.[\[16\]](#)

Florence Bernault es libre de pensar todo lo malo que quiera de esta “puntillosa mecánica teórica”, de este “laborioso revestimiento lexical”. Es libre de no encontrarle ninguna ventaja comparativa en relación con los “progresos empíricos de los nuevos estudios coloniales y poscoloniales” (*Rp*: 168-169, nota 34). Pero, además de que deberá convencer de ello a Anne McClintock, eso no tendría que autorizarla a hablar de “tácticas de disolución” (*Rp*: 168), a no ver allí más que el “reflejo de un viejo inconsciente científico colonial y etnocéntrico” (*Rp*: 170), a burlarse de un “verdadero tejido de contradicciones” (*Rp*: 169) que no existe más que en su mente, al no comprender algunos de los imperativos del método de la sociología histórica de lo político. ¿Pueden identificarse los actores que aseguran la transmisión del legado colonial? ¿Cuál es la rastreabilidad de éste, si así puede decirse? ¿Qué sentido hemos de dar a esta expresión?

¿Cuál es el contexto histórico en el cual se enuncia ese legado? En pocas palabras, ¿cuáles son las “relaciones genéticas concretas que inevitablemente revisten un carácter individual propio” (Max Weber) y que no permiten subsumir la noción genérica de la poscolonialidad? Fue con esta acepción que utilicé el concepto de trayectoria de lo político en *L'état en Afrique*, y hablé a ese respecto de la larga duración de la “política del vientre”, cuya mención por Florence Bernault no contradice en nada mi crítica de los estudios poscoloniales, contrariamente a lo que ella afirma (Rp: 167).

Nuestro objetivo debe ser tratar de comprender el “acontecimiento” y no la “esencia” de lo poscolonial: “puesto que el momento colonial es histórico, habita la conciencia de aquellos que lo han sobrevivido o que nacieron después que se desvaneció, pero la relación que éste mantiene con aquél es del orden de la enunciación, y no de la determinación” (Rp: 98). Pero yo agravo mi caso, ya que, una vez más, doy pruebas de arrogancia y de provincialismo al citar a Gilles Deleuze.

En el estado actual de mis reflexiones no estoy capacitado para decir algo mejor que lo que ya he escrito, y que lo que Romain Bertrand ha publicado sobre el tema, o lo que han propuesto otros colegas, trabajando sobre esas cuestiones como historiadores o como sociólogos, los unos tomados por su cuenta y los otros ignorados por los coautores de las *Ruptures postcoloniales*. La verdadera cesura entre éstos y yo mismo se debe a la manera de aprehender la historicidad de las sociedades. Ellos creen en su coherencia, en la determinación, en la efectividad de los textos. Yo pienso que las sociedades resurgen del régimen de inconclusión y de ambivalencia, que la contingencia es reina en la historia, que las prácticas son soberanas. Estos diferendos podrían ser pacíficos. El hecho es que no lo son, y que desde hace algunos años los investigadores que no abrazan la opinión de los *postcolonial studies* de inmediato se vuelven sospechosos de ser agentes de la identidad nacional, o de “tener miedo” por la república, por su propia supremacía intelectual, por su comodidad epistémica. Habiendo dado testimonio, por derecho propio, contra Charles Pasqua, puedo decir sin jactancia, y teniendo en mente el título de una novela de Niccolo Ammaniti —que precisamente me hizo leer Romain Bertrand—: “¡No tengo miedo! *Io non ho paura*”. No tengo miedo, no le deseo mal a Francia, pero frente al dogma me muestro escéptico porque el contribuyente me paga por ello. Pecador incurable, no iré al velorio.

---

[1] Después de una investigación profunda, creo poder señalar que se trata de Sylvain Laurens, cuya presencia, en efecto, fue señalada el 14 de abril de 2010 en el número 56 de la calle Jacob, y que es el autor de la excelente obra *Une politisation feutrée. Les hauts fonctionnaires et l'immigration en France*, París, Belin, 2010: [www.ceri-sciencespo.com/reunion\_affiche.php?id=49 y, para el registro de ese debate: www.ceri-sciences-po.org/ceriffr/kiosque.php#1.

Sin embargo, el interesado desmiente ser un fragmento de Camille Trabendi, autor “ficticio” de la revista *Agone* cuya prosa manifiestamente no es apreciada por los directores de *Ruptures postcoloniales* (*op. cit.*, p. 16, nota 17): [blog.agone.org/post/2010/05/18/Postcolonial-Business-1.

[2] O bien, dirán sus autores, sus contraataques, pues tan persuadidos están de que quienes los critican rechazan la “legitimidad” misma de los estudios poscoloniales, y casi su derecho a expresarse (*Rp*: 34, nota 48), al no admitir otra regla de la higiene universitaria, la del empleo público de la razón, este arte burgués de la *Öffentlichkeit*.

[3] Sin remontarse a *La politique africaine de François Mitterrand*, París, Karthala, 1984, ni a mi denuncia, desde los años ochenta, de la política de inmigración de la derecha y de la izquierda, de la implicación francesa en el genocidio de los tutsi ruandeses o del orden nacional-liberal, invito a mis denostadores a (re)leer, entre otras cosas, mi artículo “Obscenité franco-tchadienne”, en *Le Monde* del 13 de febrero de 2008, o los textos siguientes: www.lemonde.fr/politique/article/2009/11/06/jean-francois-bayart-il-n-y-a-pas-d-identite-francaise\_1263548.823448.html; www.fasopo.org/reasopo/n15/chronique.pdf; www.fasopo.org/reasopo/n7/societespolitiquescomparees7\_chronique.pdf; www.fasopo.org/reasopo/n4/alterecoavril.pdf.

Los invito también a conocer mi última obra, *L'Islam républicain, Ankara, Téhéran, Dakar*, París, Albin Michel, 2010, cuya conclusión debería satisfacer a los autores de *Ruptures postcoloniales*, aun cuando llego allí por los caminos de la sociología histórica del político, y no por los de los *cultural studies*: www.albin-michel.fr/fiche.php?EAN= 9782226 187 260; www.mediapart.fr/club/blog/jean-francois-bayart/180510/lislam-est-il-soluble-dans-la-republique.

Y de nuevo, la violencia de las reacciones que suscitan mis análisis no me sitúa claramente en el bando de los “nacional-republicanos”: www.mediapart.fr/club/blog/jean-francois-bayart/180510/lislam-est-il-soluble-dans-la-republique; www.lemonde.fr/politique/article/2009/11/06/jean-francois-bayart-il-n-y-a-pas-d-identite-francaise\_1263548\_823448.html.

[4] Véase mi “Y a pas rupture, Patron!”, en J.-P. Chrétien (dir.), *L'Afrique de Sarkozy. Un déni d'histoire*, París, Karthala, 2008, pp. 31-34 y, en el mismo volumen, el capítulo, mucho más elaborado, de Achille Mbembe.

[5] “Reducidos a la nada los grotescos, una conclusión solar se eleva: bajo la aparente innovación de los *postcolonial studies*, éstas son de una constante *banalité* [nota 14: Herramienta forjada a finales de los años setenta, etcétera].”

[6] ¡*Sic!*! Romain Bertrand y yo hablamos en realidad de “transacciones hegemónicas imperiales”: un caso de negociación, precisamente, incluida la identitaria.

[7] Cf. por ejemplo el capítulo 4 del *Gouvernement du monde*, o también el capítulo 7 de *L'état en Afrique*, y hasta la última parte de *La politique africaine de François Mitterrand*.

[8] En M.-C Smouts (dir.), *La situation postcoloniale. Les postcolonial studies dans le débat français*, París, Presses de Sciences Po, 2007, p. 269.

[9] Anne McClintock, como es bien sabido, es la autora de *Imperial Leather, Race, Gender and Sexuality in the Colonial Context*, Nueva York, Routledge, 1995.

[10] Así, estoy de acuerdo en muchos puntos con Didier y Eric Fassin (dirs.), *De la question sociale à la question raciale, Représenter la société française*, La Découverte, París, 2006.

[11] La definición del intelectual orgánico en Gramsci que proponen los autores de la introducción de *Ruptures postcoloniales* (p. 29) está distorsionada: “El papel del intelectual orgánico consiste en dar un sentido común a las experiencias y los ‘sentires’ fragmentados de los dominados”. Ya veremos *infra* que la ira de Florence Bernault contra mí proviene en parte de su incomprendición de la sociología política de las líneas de continuidad, cuyo lugar no se trata de negar en la historicidad de las sociedades, pero que no depende de la “determinación” por la sencilla razón de que no participa en el orden de la causalidad.

[12] Véase, por ejemplo, A. Mattelart y E. Neveu, *Introduction aux cultural studies*, París, La Découverte, 2003.

[13] Véase T. R. Metcalf, *Imperial Connections, India in the Indian Ocean Arena, 1860-1920*, Berkeley, University of California Press, 2007, y mi reseña: [www.fasopo.org/reasopo/n1/metcalfcr.pdf](http://www.fasopo.org/reasopo/n1/metcalfcr.pdf).

[14] P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, Londres, Longman, 2001.

[15] P. Duara, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

[16] J.-F. Bayart, “Les chemins de traverse de l’hégémonie coloniale en Afrique de l’Ouest francophone: Anciens esclaves, anciens combattants, nouveaux musulmans”, *Politique Africaine*, 105, marzo de 2007, p. 206.

[\*] ¿Pueden los estudios poscoloniales hablar? ¿Y escuchar?

# Índice

- Prólogo
- 1. África en el mundo: una historia de extroversión
  - La dependencia como modo de acción
  - Estrategias de extroversión
  - La historicidad de la extroversión
  - La deficiente evidencia del estereotipo hegeliano
  - Las instituciones sociales de la globalización
  - La gramática de extroversión y dependencia
  - Conclusión
- 2. El crimen transnacional y la formación del Estado
- 3. Los enojados (y enojadas) de los estudios poscoloniales
  - Can the postcolonial studies speak? and hear?
  - Sobre la predicación en un medio autista

**A**frica está envuelta en la bruma de los prejuicios y los lugares comunes. Es usual considerar al continente negro como incorregiblemente subdesarrollado y crónicamente dependiente del resto del mundo, pero al mismo tiempo suele asignársele un papel marginal en el concierto de las naciones, acaso porque es difícil ver en los Estados africanos las características apetecibles al paladar político de Occidente. En los ensayos de este breve libro, Jean-François Bayart desmonta algunos de los mitos que impiden la comprensión de lo que sucede en los países al sur del Sahara y a la vez plantea un modelo de análisis que puede resultar fructífero entre nosotros. Contrario al victimismo que suele aquejar a los estudiosos de África, el autor pone en duda las teorías de la dependencia, tan influyentes en América Latina, y aventura una tesis sobre la función que el crimen organizado ha tenido en la formación de los Estados. El volumen se cierra con una irónica refutación de las opiniones frecuentes en los estudios poscoloniales, tan en boga en los Estados Unidos y Europa.

**Jean-François Bayart** (1950), doctor en ciencias políticas, es investigador en el Centre d'Études et de Recherches Internationales, del que fue director entre 1994 y 2000, y profesor en la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne. Entre sus obras destacan *L'État en Afrique. La politique du ventre* (1989) y *L'Illusion identitaire* (1996). Participó en la creación de las revistas *Politique Africaine* y *Critique Internationale*.

